



NO soy
la

*Teresa
Cameselle*

*Bella
Durmiente*

Phoebe

NO SOY LA BELLA DURMIENTE

TERESA CAMASELLE

Copyright O 2014 by Teresa Cameselle Rodríguez

© de esta edición: 2014, ediciones Pámies. S.L. C/ Mesena, 18 28033 Madrid phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-1543-37-8 BIC: FR

Diseño de la colección y maquetación de cubierta: Javier Perea Unceta Ilustración de cubierta y rótulos: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal: M-33624-2013

Impreso por TECNOLOGÍA GRÁFICA, S.L.

Impreso en España

*Para mis dos amores, Diego y Laura.
Acordaos de mirar siempre el lado bueno de la vida. Y no os olvidéis de reír, bailar y
cantar.*

Érase una vez...

En una tierra muy, muy lejana, donde se alimentan a base de percebes, empanadas, cerdos domésticos y caña destilada en los galpones traseros; donde no hay fiesta completa si no se dedica a algún manjar autóctono y donde las escaleras no sirven sólo para subir y bajar, sino que depende de la hora, el momento y otro sinfín de circunstancias; en este extraño lugar, en el que los romanos descubrieron el fin del mundo conocido, Finisterre, y bautizaron como Gallaecia, lugar casi desconocido para los que nunca han estado en él, y al que siempre vuelven quienes lo conocen, se celebra un día grande, entre todos los días grandes, que vienen siendo todos los santos conocidos y por conocer.

A ese día grande, el 25 de julio, le llaman el Día del Apóstol, y es festivo en todo el territorio; las verbenas, comilonas y quemas de fuegos de artificio se cuentan por doquier, pero donde más se celebra es precisamente en la ciudad donde el Apóstol, Santiago el mayor, descansa, l/a ciudad, que se fundó sobre el Campo de la Estrella, que relucía indicando el sepulcro del santo: Santiago de Compostela.

Si además el Apóstol cae en domingo, como en este año de 2010, la festividad se multiplica, con una ventaja que sólo se concede en contadas ciudades en el mundo: el Jubileo, una ceremonia religiosa en la que se perdonan todos los pecados.

Todos, todos...

Las botas de ante no se llevan bien con el café

Santiago de Compostela. 23/07/10. 10.00 horas.

Las mujeres tenemos formas curiosas de reaccionar ante la presencia de cierto tipo de espécimen masculino. Me estoy refiriendo concretamente a ese hombre que hace que se te descuelgue la mandíbula, se te aflojen las rodillas y se te fundan las neuronas. Y todo eso a pesar de que el tío en cuestión tenga, como en este caso, aspecto de no haber dormido en veinticuatro horas, barba de tres días y unos vaqueros zarra-pastrosos combinados con una camiseta desteñida por todo atuendo. Claro que cuando bajo tan cutre embalaje, se encuentra el cuerpo glorioso de un dios griego y un rostro que haría palidecer a Hugh Jackman, con diez años menos, quizás empieces a comprender por qué una oficina llena de mujeres jóvenes, inteligentes e independientes, se llega a alborotar como un gallinero ante la llegada de “él”.

—Alerta 2, chicas. Anabel se está tirando el café por encima de sus nuevas botas de ante.

Solía apartó la vista de la pantalla del ordenador y comprobó que, efectivamente, Anabel había decidido bautizar su calzado con un oloroso y humeante café recién hecho. ¿Otra vez Sergio? Tendría que prohibirle asomar por la agencia, por lo menos hasta que Anabel aceptase ir a una terapia psicológica o se buscara un novio, o algo que la curase de aquel embobamiento que ya duraba dos meses. Y todo por una sola cita, que ni siquiera fue gran cosa según ella misma había reconocido. Mujeres...

—¡Haz algo, Sofía! —le gritó Carmela, al tiempo que arrancaba la taza de café de la mano de Anabel y la sacudía para que saliese del trance.

—Ya voy. Ni que fuera culpa mía...

—Viene a verte a ti, como siempre —bufó su compañera, mientras arrastraba de un brazo a la semicomatosa del café, camino del baño—. ¿Y tú por qué llevas botas de ante en julio?

—Es que por la mañana estaba muy nublado —lloriqueó Anabel, sorbiendo por la nariz.

—Ya, y que ayer te fuiste a las rebajas y no pudiste esperar para estrenarlas, ¿a que sí?

La otra sacudió la cabeza a los lados, alborotando los rizos demasiado decolorados, que le daban aspecto de la típica rubia con pocas luces. A su lado, Carmela, que apenas le llevaba dos años y era una morena alta e imponente, parecía un sargento tratando de imponer disciplina a un recluta atolondrado.

—Sí, sí, a verme a mí —murmuró Sofía por lo bajo cuando las dos desaparecieron por la puerta del baño.

Salió de detrás de la mampara que la ocultaba de la entrada para encontrarse con la sonrisa perezosa de Sergio que estaba preguntando por ella a la recepcionista. Contuvo apenas las ganas de decirle a su nueva empleada que dejase de mordisquear la tapa del bolígrafo mientras repasaba de arriba abajo con ojos lánguidos al recién llegado.

—Aquí está mi chica —dijo Sergio con voz rasposa, apoyando una cadera contra el mostrador de cristal tras el que Mar, la nueva, lo seguía devorando sin disimulo.

—¿Este es tu novio, Sofía? Vaya, no me extraña que lo tuvieras tan calladito. Si yo fuera tú, no lo dejaría salir sólo a la calle.

—Sergio-no-es-mi-novio —masculló con el tonillo de quien ha repetido mil veces la misma frase, al tiempo que agarraba al intruso por un brazo y tiraba de él para obligarle a seguirla hacia su mesa.

—Ya voy cariño —dijo Sergio, dejándose llevar mientras guiñaba un ojo a la recepcionista—.

Me encanta cuando se pone así de dura...

—¿Cómo de dura? —preguntó Mar antes de que la pareja desapareciera tras la mampara, arrancando una pequeña car-cajada a Sergio.

—Creo que me gusta tu nuevo fichaje.

—Está a prueba —aclaró Sofía, preguntándose si podía echar a la nueva por coquetear con los clientes. Claro que Sergio no era un cliente. Pero no podía permitir que coquetease con él de esa manera, en horas de trabajo, delante de sus narices...

—Sofíaaaaa. —Sergio agitó una mano delante de sus ojos hasta que la hizo volver al presente, con lo que se acentuó aún más su ceño fruncido.

—Vale, ¿qué tripa se te ha roto ahora?

—Estamos de mal humor hoy, ¿no?

—Tengo mucho trabajo.

—Bah, pasa de todo y vente a tomar café... o tila... no sé, parece que te hace falta relajarte. Otro día te vienes conmigo a la piscina.

En ese momento se dio cuenta de que Sergio llevaba una mochila deportiva a la espalda, de que tenía aún el pelo mojado por una ducha reciente, y de que olía como en esos anuncios de desodorante, donde las chicas se vuelven locas al paso del protagonista. Sacudió la cabeza para tratar de des-pejarse, respirando hondo ante el inesperado aumento de la temperatura de la oficina.

—No puedo perder el tiempo, Sergio, al contrario que tú, algunos tenemos un horario, clientes esperando, este maldito mes de julio en el que todo el mundo quiere viajar, a donde sea, cueste lo que cueste, pero mejor si es barato, bonito, exótico e inolvidable, por ese orden.

—Sofía levantó los dedos para ir enumerando—. Y a veces parece que no hay suficientes aviones, ni hoteles, ni siquiera excursiones en autocar a Portugal, para cubrir la demanda de tantos viajeros. De verdad que no es normal lo que viaja la gente en este país y eso que la situación económica no es la mejor... —Sofía se detuvo, tomó aliento y miró con gesto envenenado a Sergio, que había abierto un folleto de viajes al Caribe y lo estaba hojeando, ignorando por completo su monólogo—. Está bien, Sergio, dime que quieres y acabemos de una vez.

—¿Me puedes decir cuándo demonios vuelve Vicente de su viaje?

—¿Vicente? —Descendió una vez más a la tierra, tratando de olvidar sus agobios laborales, para centrarse en la pregunta de Sergio. Vicente, sí, su inagotable casero, aquel con pinta de abuelito de serie televisiva que viajaba más que el Papa de Roma—. Vicente tenía que haber vuelto ya. —Se giró hacia la pantalla de su ordenador y pulsó unas cuantas teclas, hasta comprobar que, efectivamente, tenía fecha de regreso para dos días atrás.

—Ya no puedo con su gato. Tan manso y dormilón que parecía el maldito bicho, y desde que se fue Vicente se ha convertido en Godzilla. Me revuelve los papeles, me araña los sofás, se duerme en mi cama y mea en todas partes menos en el dichoso cajón de arena. ¡Esta noche no ha parado de maullar ni un minuto! Mira qué ojerás.

Sergio se apoyó sobre su mesa, acercándose tanto a ella que casi sus rostros se tocaban. Sintió la tentación de revol-verle el pelo, agarrarlo por el cuello y plantarle un beso en todos los morros. Afortunadamente, sólo fue un momento de debilidad.

—¿Toda la noche maullando? ¿Y cómo lo sabes si tú no llegaste antes de las cinco?

El muy sinvergüenza dio marcha atrás, se recostó en la silla, y mostró una sonrisa taimada.

—Mmm, Sofía cariño, ¿ahora me espías?

—Sí, claro, me paso la noche con el ojo puesto en la mirilla esperando para verte llegar. —Notó que enrojecía y para disimular volvió a consultar la pantalla del PC. No había duda,

Vicente tenía que estar de vuelta en casa el miércoles, y estaban a viernes.

—¿Qué pasa entonces con Vicente? —preguntó Sergio, que por una vez parecía haberse dado cuenta de que ella que-ría cambiar de tema.

—Ni idea, pero con lo aventurero que se nos ha vuelto el abuelo últimamente, a saber en qué andará metido.

—¿Y si le ha pasado algo?

—No seas agorero.

—Me extraña que no haya avisado de que se iba a retrasar. El domingo aun me llamó para ver como estaba su Tesoro y si le echaba de menos.

No pudo resistir una risita ante el nombre del dichoso gato. El felino había sido un regalo de la hermana de Vicente, que se lo entregó bañado, perfumado, con un gran lazo rosa al cuello y bautizado con aquel cursi nombrecito.

—¿No te pidió que se lo pusieras al teléfono?

—Casi.

Sergio se arrellanó aún más en su silla y cruzo las piernas, de forma que sus gastados vaqueros marcaron cada músculo de sus fuertes piernas y su... Al darse cuenta de adonde estaba mirando, se giró bruscamente en su silla, haciendo caer el bote de bolígrafos, que quedaron esparcidos por toda la moqueta.

—Mierda —masculló, arrodillándose en el suelo para re-coger el estropicio. Su falda nueva, que maldita fuera la hora en que a algún diseñador se le ocurrió recuperar la moda de la falda tubo, no le permitía otra postura más digna.

—Te ayudo —se ofreció Sergio, agachándose a su lado, mirándole las piernas sin disimulo—. Esa falda debería estar prohibida.

—¿Qué dices?

—Conlleva riesgo de infarto entre la población masculina, por no hablar de que puede provocar accidentes de tráfico y otras catástrofes varias...

—No dejes volar tu imaginación. —Levantó la cabeza cuando una puerta se abrió al fondo del pasillo. Anabel y Carmela salían juntas del baño, la primera compungida mi-rándose sus botas beige llenas de lunares color café—. Aquí el único que provoca catástrofes eres tú.

—¿Yo? —Sergio se volvió para ver a las chicas acercarse, mostrándoles su mejor sonrisa de chico de anuncio—. Anabel, qué botas tan originales. Carmela, me encanta tu nuevo corte de pelo.

—Sergio, encanto, con comentarios de ese tipo empezaré a pensar que eres gay —aseguró Carmela con su mejor gesto de soy-inmune-a-tus-encantos.

—Corazón, si quieres cenamos juntos esta noche para discutir tus equivocadas apreciaciones sobre mi persona.

Carmela olvidó a la sargento que llevaba dentro y apoyó la cadera contra la mesa, mostrando su mejor sonrisa de los tiempos en que aún estaba disponible, para disgusto de Sofía. Dios, ¿es que ninguna mujer en aquella oficina era capaz de resistirse a sus encantos? Claro que si se ponía a enumerarlos, le llevaría el día, empezando por su casi metro noventa de estatura, su pelo color chocolate, sus ojos grandes tan oscuros como el cabello, la nariz recta, la boca casi tan perfecta como la de Jonathan Rhys-Meyers, pero con un toque más canalla, más masculino...

—Guapo, no te olvides de que estoy casada y tengo dos hijos —decía Carmela, al tiempo que le lanzaba un puntapié con disimulo.

Sofía ahogó un quejido y se incorporó, con el bote de los bolígrafos entre las manos.

—Yo no soy celoso.

—Qué predecible. Por cierto, esa bolsa que tienes en la mano es un regalo para mi hijo Iago, no vaya a ser que te guste y te la quieras quedar.

Sergio abrió la bolsa que había recogido de debajo de la mesa de Sofía mientras buscaban los bolígrafos y vio en su interior una enorme toalla de playa de un color amarillo chillón, con un espantoso personaje de dibujos con forma de esponja retratado por todas partes.

¿Ahora me llamas infantil? Te puedo demostrar que ya no soy el niño que te tiraba de las coletas en el colegio.

¿Tirarme tú de las coletas? Si te sacaba una cabeza.

Sergio se enderezó, para demostrar cuánto habían cambiado las cosas con los años, y cruzó los brazos sobre el pecho, mientras dedicaba una mirada condescendiente a Carmela, que resopló con fastidio al ver que tenía que levantar la cabeza para mirarle a la cara.

Sofía bufó irritada ante tal intercambio de coquetería, descarada por parte de Sergio y socarrona de su compañera. Un ruidito como de globo que se deshinchaba le hizo recordar que Anabel también estaba presente, en el justo momento en que la pobre huía de vuelta al cuarto de baño.

—Jefas, se acabó el descanso matinal —anunció Mar, asomándose desde recepción—. No sé si habéis puesto alguna nueva oferta en el escaparate, pero han entrado tres clientes juntos y todos tienen prisa.

—Vale. Carmela tú ocúpate del primero. Mar ve al baño y trata de reanimar a Anabel, como si le metes la cabeza debajo del grifo, con agua bien fría. Sergio, fuera de aquí, vete a casa y haz como que trabajas para variar. Yo atenderé al segundo y le pondré un café al tercero.

—Cuando te pones mandona me gustas aún más.

Sergio lanzó un beso a Sofía, le guiñó un ojo a Carmela y pasó por delante de Mar abriendo mucho los ojos ante su generoso escote. Cuando por fin salió de la agencia, fue como si un vendaval de aire caliente hubiera revolucionado el local.

—¿Qué le pasa a Anabel? —acertó a preguntar Mar, abanicándose con una mano.

—Mal de amores. Corre. Dile que la necesitamos.

Cuando todos desaparecieron de su vista, Sofía apoyó las manos con las palmas abiertas sobre su escritorio y respiró hondo. Cada vez que le veía era una prueba. Y le veía casi todos los días. ¿Por qué había vuelto a Santiago? ¿Por qué había alquilado el único piso libre de su edificio? Eran preguntas que no le podía hacer sin meterse en aguas profundas y peligrosas. El pasado estaba ahí, no podían negarlo, y aún dolía. Como una cicatriz antigua que no puedes tocar, porque conserva la sensibilidad del daño recibido.

Se pasó las manos por la melena, alisándosela. No tenía tiempo para comprobar si ofrecía un aspecto presentable para sus clientes, no estaban las cosas como para hacerles esperar y tentar su paciencia. Ensayó su sonrisa profesional, enderezó la espalda como le había enseñado su madre y caminó pisando fuerte y segura hacia la zona de recepción. La prueba de aquel día había concluido. O eso se creía ella.

En el baño, Anabel estaba apoyada contra la pared, con la mirada perdida y la boca haciendo más pucheros que un Nenuco.

—Me temo que tienes trabajo —dijo Mar, con poco tacto y menos respuesta—. Esto... Anabel, ¿es cierto que Sergio no es el novio de Sofía?

—¿Por qué lo dices? —preguntó la otra entrecerrando los ojos con desconfianza.

—Porque lo parecen, ya sabes, la forma de pelearse, es como si conocieran de toda la vida.

—Y es que se conocen de toda la vida. De pequeños eran vecinos, fueron al mismo colegio y al mismo instituto. Hasta que Sergio y sus padres se fueron a vivir a Madrid. Su padre es político, diputado o algo así. —Anabel lanzó un suspiro de lo más teatral y comenzó a

retocarse el maquillaje ante el espejo.

Entonces... entre ellos ¿nada de nada?

—Creo que fueron algo novios en el instituto, pero nada serio.

—Y ahora ¿vuelven a ser vecinos?

—Sí, una casualidad. A Sergio le apetecía volver a Santiago después de tantos años y al llegar alquiló el ático encima del apartamento de Sofía.

—¿Seguro que fue casualidad? —Anabel miró a la recepcionista desde el espejo y sorprendió su gesto taimado.

—¿Y a ti por qué te importa tanto? Bueno, da igual, no hace falta que me lo digas. A todas nos pasa igual cuando vemos a Sergio por primera vez. —Con gesto airado, Anabel se limpió el rímel corrido y arrojó el pañuelo a la papeler—. Pero te lo advierto, él coquetea con todas pero no toma en serio a ninguna. Salvo a Sofía, claro.

Cuando salió del baño, Mar se quedó mirándose en el espejo. Ella no tenía nada que ver con sus tres jefas: las pobres rondaban ya la treintena, si es que no la habían traspasado. Carmela, que era una tía bastante enrollada, se casó muy joven, nada más terminar los estudios, y tenía dos crios gemelos que la volvían loca, todo el día arriba y abajo con ellos. Anabel parecía dispuesta a luchar contra el paso del tiempo, siempre iba muy mona, algo escotada y con la falda muy corta para su edad, pero era resultona y simpática, cuando no se le daba por los melodramas como aquel. Y Sofía, bueno, esa era la rival a vencer. Estaba buenísima, tanto que Mar pensaba que si un día se decidía a montárselo con una tía, escogería a una de su estilo. De esas que tienen cada curva en su sitio y no le sobra ni le falta ningún kilo. Con una brillante melena castaña, que se empeñaba en domar a base de plancha, pero que se le rizaba y ondulaba con la mínima humedad, y la humedad, en Santiago, es mucha. Ojos bonitos, boca preciosa. Sí, la verdad es que hacía una pareja perfecta con Sergio, los dos parecían sacados de un catálogo de modelos, o de una de esas comedias románticas americanas. Seguramente Anabel tenía razón, y aquellos dos acabarían liados tarde o temprano. Mar no se hacía ilusiones, pero tampoco estaba dispuesta a bajar la guardia. Aún.

Sofía y el perro del hortelano

Santiago de Compostela. 23/07/10. 20.00 horas.

A última hora de la tarde, mientras recogía su mesa, Sofía resoplaba de puro agotamiento. Por suerte al día siguiente era sábado y comenzaban sus cortas vacaciones. Una semana que necesitaba para descansar y olvidar apuros y preocupaciones. Había planeado pasar el fin de semana en la casa de su madre, en la playa de Cabio, su favorita de siempre; así podía combinar las obligaciones del amor filial con el placer de visitar un lugar de ensueño.

Después de toda la semana embutida en una ciudad como Santiago de Compostela, pura piedra y monumentos, tan hermosa como agobiante con su constante ajeteo de turistas -los que vienen por el ambiente y el marisco— y peregrinos —los que llegan con los pies llenos de ampollas y aún tienen tiempo para jalear el vaivén del botafumeiro en la catedral—, lo que más necesitaba ahora eran espacios abiertos y llenar los pulmones de delicioso aire marino. Cerró los ojos y visualizó la arena blanca y fina de la playa, sus pies descalzos hundiéndose en ella, escuchó el suave rumor de las olas que le traían el aroma a salitre y las gaviotas chillando en un cielo azul de ensueño. Se arrellanó en la silla mientras sus músculos se relajaban, una sonrisa placentera se extendió por sus labios al tiempo que dejaba escapar un suspiro de placer.

—Sea lo que sea, es muy bueno —dijo una vocecita insi-diosa que no formaba parte de su fantasía.

—¿Qué quieres, Mar? No me dirás que ha venido algún cliente de última hora.

—Tranquila, ya he cerrado y está todo listo y recogido. Anabel y Carmela han salido escopetadas para hacer unas compras. Sólo quedamos tú y yo. Eres libre para una temporada, ¿no?

—Sí, me toca hacer novillos. Lo siento por vosotras.

Comprobó que había apagado el ordenador y se levantó, caminando hacia el perchero para recoger su chaqueta y su bolso.

—Esto... Supongo que tienes el teléfono de Sergio.

—¿El teléfono de Sergio? —Se extrañó Sofía como si le estuviera preguntando la hora de salida del último vuelo para Marte. Esta chica era el colmo. No hacía ni quince días que estaba en la agencia y ya quería ligarse a su Sergio. ¿Su Sergio? Era hora de empezar a preocuparse por su pérdida de neuronas ante tamaño lapsus. No era “su” Sergio. Ese era el problema. Sergio no era de nadie más que de sí mismo.

—Si no te importa... Pensaba llamarlo y quedar con él para tomar algo.

Le lanzó una mirada inquisidora, que la recepcionista aguantó con gesto despreocupado. Sin evitar un gesto crítico, revisó su pelo muy corto, irregular, teñido de un rojo brillante, la ristra de pequeños pendientes que le recorría toda

la oreja derecha, y su cuerpo menudo, como de niña aún sin desarrollar.

—¿Por qué me iba a importar? —Abrió el bolso y rebuscó en su interior tratando de encontrar su teléfono entre paquetes de pañuelos, cosméticos, el monedero, las llaves de casa y del trabajo, la agenda y un millón de cosas más imprescindibles que todas llevamos en el bolso (que sí, que son imprescindibles, todas ellas)—. Pues no, creo que no lo tengo, parece que me he dejado el móvil en casa.

Mar se retocó el flequillo y se miró las uñas con frío interés mientras Sofía se ponía la

chaqueta. Sabía lo que estaba pensando, que no quería darle el teléfono de Sergio, y tenía razón, no quería dárselo. Estaba cansada y harta y no tenía ya paciencia para los coqueteos de su empleada y su... esto... su vecino. Eso era.

—Bueno, ya se lo pediré a Carmela o a Anabel.

—Si tienes un poco de sensibilidad procura no hablarle de Sergio a Anabel, bastante mal lo ha pasado la pobre.

—No es culpa mía si está colada por él y no consigue que le haga caso.

Sofía no podía entender aquella insensibilidad. Ciertamente que hacía poco que se conocían, y para ella las tres solo eran sus jefas, las que le iban a pagar un bonito sueldo a fin de mes por fingir una sonrisa y ofrecer una palabra amable a cada cliente que entrase en la agencia. De todos modos, podía mostrar algún tipo de solidaridad femenina.

—El problema es que sí le hizo caso. Salieron una vez. Una cita. Eso es todo lo que Sergio está dispuesto a dar a una chica. No le van las relaciones largas ni muchísimo menos los compromisos.

Intentaba que sus palabras no sonaran a consejo ni mucho menos a sermón maternal, tampoco se llevaban tan tos años, pero en el fondo le daba pena que a Mar acabase ocurriéndole lo mismo que a Anabel.

—Una cita no estaría mal. Tampoco te creas que quiero ca-sarme con él. —Mar se alejó con un contoneo chulesco hacia su mesa, recogiendo su mochila y su cazadora de cuero negro.

—Mira, no quiero ser pesada, pero Sergio es... ¿cómo decía aquel anuncio de patatas fritas...?

—¿"No puedes comer solo una"? —Mar lanzó una car-cajada que le sonó a Sofía como un exceso de confianza en sí misma—. Te aseguro que si quedo con él, pienso comer hasta hartarme.

Suficiente. Volvió a su mesa y abrió en un cajón haciendo como que buscaba algo, mientras respiraba hondo para cal-marse, para no agarrar a Mar por los pelos y sacarla de la agencia a rastras. Ella era una persona pacífica, sensata, tran-quila. Bien, sigue así, el aire entra en los pulmones lentamente, y sale de nuevo, despacio, relájate, abre las manos y deja de pensar en buscar un cuchillo, una sierra o cualquier otro elemento cortante, que esto no es una ferretería, por Dios. Lo estás logrando...

—¿Y ahora quién será? —preguntó en voz alta Mar en cuanto el teléfono de la agencia comenzó a sonar—. ¿Lo cojo o no?

—Ya lo cojo yo —masculló, descolgando el auricular.

Al otro lado sonó la agradable voz de Esteban, su contacto con la mayorista de viajes con la que más trabajaba. Sonrió inevitablemente al oír su inconfundible tono áspero de fumador, mezclado con el dulce seseo caribeño. Le encantaba aquel hombre, y sólo le conocía de hablar con él por teléfono, aunque muchas veces se había imaginado cómo sería. Se lo imaginaba alto, moreno, mayor que ella, treinta y muchos, quizá casi cuarenta...

Salió de su ensueño y aterrizó de golpe en la realidad cuando comprendió lo que le estaba contando. Esteban, hijo de emigrantes gallegos, había nacido en Caracas, pero llevaba años viviendo en España, por eso había confiado en él para averiguar el paradero de su casero, tenía muy buenas amistades aún en Venezuela. Pero aquello no podía ser. ¿Vicente detenido en la aduana? Su encantador abuelito que debía estar ya en casa mimando a su gato, retenido como un vulgar ladrón, tal vez sin comer ni dormir decentemente desde hacía días. No, no podía ser, tenía que hacer algo, tenía que salvarlo. Se despidió de Esteban, que prometió seguir en contacto con la embajada para hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudarle, y colgó el teléfono aún en estado de shock.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mar, asomando tras la mampara, mirando al mismo tiempo su reloj como para re-cordarle que ya era hora de cerrar definitivamente la agencia.

—No, nada. —Dentro del bolso sonó un timbre atronador. Mar apretó la boca con gesto de fastidio—. Parece que al fin no me he dejado el móvil en casa —anunció con una sonrisa que no admitía réplica. Cuando consiguió localizar el diminuto cacharro y contestar, la voz de Sergio le sonó acompañada de un estruendo de guitarras eléctricas—. ¿Estás en un concierto? —preguntó casi gritando.

—Qué va. Estoy en casa. Hoy no tengo ganas de salir y he preparado algo para cenar. Tengo empanada de zamburiñas, pimientos de Padrón y unas croquetas de Pescanova que saben casi iguales a las que hacía mi abuela. ¡Ah! Y una botella de Albariño a enfriar en la nevera. ¿Te apetece?

Apaga la música, por favor, casi no te oigo —suspiró cuando Sergio le hizo caso y los estridentes acordes de Born to be wild dejaron de perforarle los tímpanos—. ¿Qué dices de unas croquetas?

—Que dejes ya de trabajar y te vengas a cenar a mi piso.

—¿Y a qué se debe esta invitación?

—Que hoy te he visto muy cansada y estresada, y he pensado en cocinar para ti... Vamos, si no tienes otro plan.

Quiso decirle que sí, que tenía planes. Era viernes y ella era una mujer joven y soltera, qué demonios, debía de salir hasta el amanecer, divertirse y ligarse a un tío que estuviera tan bueno que le hiciese olvidar a su vecino del ático.

Su problema era que nunca se le había dado bien mentir.

—Vale, ya voy, estaba saliendo, además tengo que contarte algo muy grave.

—No me asustes.

—Es Vicente.

—Dime que ya está de vuelta y que hoy mismo se llevará al dichoso gato de mi casa.

—Pues va a ser que no. Vicente está detenido en Venezuela. Le acusan de contrabando de diamantes.

—¿Te lo puedes creer? Qué morro tiene la nueva, creo que no la soporto.

Carmela resopló mientras intentaba buscar una camiseta de su talla entre la pirámide que había sobre la mesa. A esas alturas de las rebajas de verano, Zara se parecía más a un mercadillo que a una auténtica tienda de moda. Sin embargo, al otro lado del pasillo, la zona marcada como prendas de “nueva colección” la atraía sin cesar con sus cantos de sirena. No sabía quién había sido el genio del marketing que había inventado aquella estrategia: prendas rebajadas, casi de regalo, revueltas y sobadas a un lado; y al otro todo un catálogo de modelitos nuevos, flamantes, embaucadores.

—Tengo que pensar en los niños —se dijo en voz alta—. Dentro de un mes hay que comprar los libros del colegio, y si nos vamos una semana a la playa, y a la vuelta los uniformes y...

—¿De qué hablas? —preguntó Anabel desconcertada.

—Nada, cosas mías.

—Hija, es que no me prestas atención.

—Que sí, Anabel, que Mar es una fresca, y que Sergio va detrás de cualquier falda que le pasa por delante.

—Pero si Mar no llevaba falda...

—Ya, pero llevaba una camiseta con escote hasta el om-bligo. No seas tonta. —Carmela dejó de revolver y le puso una mano sobre el hombro a su amiga, que apenas pudo contener un par de hipidos mientras sus ojos se humedecían—. Ya sabes que Sergio no es para ti ni

para ella.

—Ahora me dirás otra vez que está colgado por Sofía.

—De toda la vida.

—¿Entonces es verdad que fueron novios en el instituto?

Carmela asintió mientras tiraba de Anabel hacía la zona de “nueva colección”. Necesitaba un rato de relax y de ropa bien ordenada, limpia y planchada. Aunque no se iba a comprar nada. Prohibido. Stop.

—Eran inseparables —consiguió decir mientras su vista se paraba en un bolso ideal, precisamente el que necesitaba, de piel color camel, a juego con sus nuevas sandalias, el único capricho que se había dado aquel verano. Sí, era perfecto. Dio la vuelta a la etiqueta cruzando mentalmente los dedos y al momento lo dejó caer como si quemara. Por Dios, ¿era un bolso de Zara o de Chanel?

—¿De esas parejitas que siempre están por los rincones metiéndose mano?

—De esas.

—Ya. —Anabel suspiró y trató de hacerse la fuerte—. ¿Y qué pasó?

—Al terminar el instituto, la familia de Sergio se trasladó a vivir a Madrid, y hasta ahora.

—Pero ¿no siguieron en contacto? A esas edades te da muy fuerte, lo tuvieron que pasar fatal.

—La verdad es que sí.

Carmela dejó de mirar ropa de tallas y precios imposibles y, enlazando el brazo de Anabel, caminaron juntas hacia la salida. Un tibio rayo de sol las recibió mientras se dirigían hacia la Alameda. Cruzando el atestado paso de peatones, se introdujeron en la zona vieja donde la avalancha de turistas y peregrinos amenazaba con engullirlas.

—Nunca entenderé a Sofía —dijo Anabel cuando, después de una pequeña escaramuza, lograron sentarse ante la barra de uno de los locales de El Franco, donde les sirvieron dos cañas bien frías recibidas con un suspiro de agradecimiento. Carmela le había explicado que su amiga y soda había decidido cortar con Sergio para no sufrir por su ausencia—. ¿Por qué siempre tiene que ser tan sensata? Tan... ¿reprimida?

—Sus padres eran muy severos. —Carmela le dio otro sorbo a la cerveza mientras recordaba momentos de su ado-lescencia. Sofía y ella bailando por su habitación mientras Madonna cantaba Music. Intentaban imitar su look vaquero, en un mercadillo habían comprado sombreros de estilo cowboy, y mientras tarareaban sus canciones, se maquillaban ante el espejo. La gente de la Facultad de Periodismo organizaba una fiesta aquella noche y las habían invitado. Su primera fiesta con gente “mayor”, así que se pusieron cinco capas de rímel por ojo, se pintaron los labios después de perfilarlos más oscuros, se llenaron el pelo de espuma y lo secaron hacia abajo con un difusor, y por fin se colocaron los sombreros, se abrieron dos botones las camisas y salieron dispuestas a comerse el mundo. En la puerta las esperaba el padre de Sofía.

—¿No le dejaron ir? Qué faena.

—Nunca la dejaban ir a ningún sitio. Siempre estaban con la cantinela de que tenía que estudiar más, que tenía que subir nota, que nunca podría hacer una buena carrera si no conseguía una buena media.

—¿Pero qué querían que estudiara?

—Medicina.

—¿Medicina? Pero si Sofía es de las que se desmaya por una gota de sangre.

—Exactamente, eso fue lo que le pasó en el primer año de Facultad.

—Entonces, ¿lo intentó?

—Qué remedio. A su padre no podía decirle nunca que no.

—Cada vez me cae mejor.

—Bueno, el pobre está muerto, ahora no le podemos criticar. —Carmela terminó su caña y pidió al camarero que les pusiera dos más y unos pinchos de queso de Arzúa y jamón serrano.

—Y la pobre Sofía traumatizada de por vida.

—Tampoco tanto. Su padre aún vivía cuando abandonó Medicina y se pasó a Turismo. Para él fue una decepción, y no la apoyó en nada cuando le dijo que quería montar su propia agencia de viajes al acabar sus estudios. Aquel mismo verano sufrió un infarto fulminante y se fue sin hacer las paces con su hija.

Anabel asintió pensativa ante las cosas que iba descubriendo sobre su amiga. Había conocido a Sofía cuando buscaba socios para su negocio, ella era dos años mayor y trabajaba en una pequeña agencia, con lo que ya conocía el funcionamiento y no dudó en asociarse con Sofía y Carmela. Al momento se llevaron bien, y no habían tenido mayores tropiezos en los cuatro años que llevaban con su sociedad.

—Y a todo esto, ¿qué pinta Borja en esta historia?

—¿Borja? Borja no pinta nada.

Cruzar El Franco un 23 de julio era como adentrarse en la torre de Babel. Sofía saludó a la chica que ofrecía tarta de Santiago en la puerta de una pastelería a un grupito de ingleses octogenarios que la devoraron con una sonrisa golosa, embadurnándose la cara con el azúcar glass. Esquivó a cuatro italianos que casi le hicieron la ola al pasar, sin perder detalle del movimiento de sus caderas bajo la estrecha falda. Tuvo que detenerse a dar indicaciones a unas mochileras yanquis que se quedaron muy decepcionadas al saber que en la ciudad no había plaza de toros. Y, cuando intentaba seguir su camino, la frenaron de nuevo una avalancha de japoneses fotografiando el vivero de un restaurante donde varios bo-gavantes convivían amistosamente con una docena de nécoras y alguna centolla, a la espera de su destino fatal.

Por enésima vez miró la pantalla del móvil que llevaba en la mano, comprobando que no había ninguna llamada perdida y que todo funcionaba correctamente, a pesar del silencio al que la sometía el maldito aparato. Pulsó la tecla de rellamada, y después de uno segundos de silencio absoluto, la conocida voz grabada le rogó que dejara un mensaje en el buzón de voz.

—Borja, por favor, llámame cuanto antes, esto es muy serio. Vicente puede estar metido en un lío muy gordo, me preocupa que lo lleven a una de esas cárceles tercermundistas y... — Respiró hondo, tratando de olvidar todas las películas sobre turistas retenidos en países que ignoraban que existía una declaración de derechos humanos—. Sólo tú puedes ayudarle, por favor. Llámame. —Se mordió la lengua para no añadir “de una maldita vez”. Ese era su novio, el que se había ido al Caribe jurándole fidelidad y amor eternos. Y ahora ni siquiera le cogía el teléfono.

—¡Sofía! ¡Sofía!

Por encima del bullicio, la voz grave de Carmela le llegó inconfundible. Estiró el cuello para verla sentada con Anabel en la barra del bar de enfrente. Las dos le hacían gestos de que entrase.

—¡Tómame una caña con nosotras!

—Tengo prisa —dijo, parada en la puerta—. Yo... he que-dado.

—¿Quedado? ¿Con quién?

Detrás de ella se habían parado un par de alemanes enormes y rubicundos. No tuvo más remedio que entrar y hacerles sitio para que pasasen hacia el fondo del local.

—Bueno... no es una cita. —Le hizo gestos a Carmela para que no siguiera preguntando,

pero la otra no se daba por enterado.

—A ver, ¿has quedado o no has quedado?

—Es que Sergio...

—¿Has quedado con Sergio?

—¡Nooo!

—Aclárate, mujer.

Que se le ha dado por cocinar y me ha llamado para invitarme a cenar.

Cruzó los dedos a su espalda, sin atreverse a mirar a Anabel a los ojos.

—Sergio te ha invitado a cenar.

—Sólo porque le sobra comida...

—Ya.

Anabel no decía nada. Anabel, en realidad estaba demasiado callada. Las dos amigas la miraron inquisitivamente es-perándose lo peor. Pero la otra no les hacía ni caso, estiraba el cuello para ver mejor el fondo del bar.

—¿Anabel? ¿Se te ha perdido algo?

—¿Habéis visto cómo están los alemanes que entraron con Sofía?

—Demasiado grandes para mi gusto —se burló Carmela.

—No para el mío. Ay, pobres, si no saben por donde em-pezar a comer las nécoras.

Anabel se bajó de un salto de la silla, se pasó la mano por el pelo ahuecándolo, tiró un poco de la camiseta para aumentar el escote y lanzó una sonrisa conquistadora a sus dos amigas.

—Voy a practicar mi alemán, que lo tengo un poco oxi-dado.

—El francés vas a practicar tú, me parece —bufó Carmela mientras la otra se dirigía con paso firme hacia el fondo, lanzándoles un beso y meneando el culo sobre sus altísimas botas de ante.

—¿Crees que me ha oído?

—Supongo que por fin ha decidido pasar página con lo de Sergio.

—Ojalá, sería un alivio.

Carmela pagó la cuenta y salieron las dos de nuevo al bullicio de la calle, camino de la Catedral.

—¿Y tú? ¿Le vas a dar una oportunidad?

—Sabes que ahora Sergio y yo sólo somos amigos. —Miró al suelo para no meter el tacón en alguna de las juntas de las losas de piedra de la plaza, no sería la primera vez que se rompía uno de aquella manera, pero también para no mirar a la cara a Carmela—. Y además está Borja.

—No, Sofía, Borja no está. Borja no está desde hace más de un año. ¿Cuando fue la última vez que te llamo? ¿Te es-cribe aunque sea un correo electrónico? Dime.

—No tienes que ser tan cruel.

—Soy realista, cosa que tú no eres. Tu novio se fue, ca-riño, se largó a las quimbambas con viento fresco y no parece que vaya a volver.

Se mordió el labio para no reconocer que su amiga tenía razón. Borja se había ido con un contrato de seis meses en una empresa española de turismo en Venezuela, de eso hacía un año, y habían pasado meses desde su última llamada. Lo último que había sabido de él eran cortos mensajes de correo electrónico, en los que le decía que tenía muchísimo trabajo, que ya le habían ascendido en el bufete de asesoramiento legal de la empresa y que no sabía cuándo podría coger unas vacaciones para volver aunque fuera de visita.

—Quiero darle otra oportunidad. No voy a romper con él si no puedo verle la cara cuando lo

haga.

—Ay, Sofía, tú vives en otro mundo, hija. Eres como la Bella Durmiente, esperando que venga un príncipe azul a despertarte.

—Yo...

Es tardísimo —exclamó Carmela al oír las campanadas dando la nueve—. Te dejo, que Paco me va a matar como no llegue para ayudarle con los gemelos.

Arrepentida de haberle hablado tan seria, Carmela dio un breve abrazo a su amiga y un par de besos en las mejillas.

—Borja no es tu príncipe —le dijo aún, antes de irse—. Abre los ojos de una vez.

La mafia, un gato y una camiseta XL

Santiago de Compostela. 23/07/10. 21 horas.

Sofía cruzó la plaza del Obradoiro rumiando las últimas palabras de Carmela. En la fachada de la catedral, un buen número de operarios se afanaban en la gran instalación de fuegos artificiales que ardería la noche del sábado, víspera de la festividad del Apóstol. Al pie, a pesar de lo tarde que era, cuatro jubilados mira-obras se dedicaban a dar cumplidas instrucciones a los expertos pirotécnicos.

—Eso no arde en la vida, pero si casi no le ponen mecha —aseguraba uno.

—Los peores fuegos de la historia a este paso —contestaba otro.

Conteniendo una risa, saludó a Zapatones, que le hizo un guiño atusándose la larga barba gris. Los niños se acercaban a tirarle del hábito de peregrino y él les amenazaba con la vara. Al momento, un grupo de pelirrojos irlandeses le rodearon y se hicieron fotos con el anciano, tan conocido por cualquier peregrino como el mismísimo Apóstol Santiago.

—¡Las fotos no son gratis! —les gritó a los turistas en inglés, haciéndoles gestos para animarles a desembolsar unas monedas para Zapatones.

Unos minutos más tarde llegó a la calle de San Francisco, donde estaba su casa, bueno, su piso alquilado en realidad. El edificio, propiedad de su vecino Vicente, el Marco Polo gallego, era una sólida construcción de piedra, con galerías blancas en los pisos y una pequeña librería en el bajo, que a esas alturas llevaba cerrada más de una hora. Abrió el portal con su llave y subió las escaleras hasta el primero, donde vivía su casero, pensando en detenerse un momento en su casa, el segundo, para cambiarse, antes de subir a cenar con Sergio en el ático abuhardillado, cuarta y última vivienda del edificio. En el tercero vivía un matrimonio de pensionistas, sin hijos ni perro que les hiciese compañía siquiera, y que apenas se hablaban entre ellos. Era como si estuvieran momificados en vida.

Se olvidó de todos sus planes al ver a tres tipos de lo más sospechoso intentando forzar la puerta de la casa de Vicente.

—¿Qué creen que están haciendo? —preguntó sin detenerse a meditar la sensatez de hacer frente a aquellos presuntos delincuentes.

—Venimos visitar Vicente —aseguró uno, moreno y de largo bigote, con un acento que parecía sacado de alguna película de mafias rusas.

—Vicente está de viaje.

—Ya debería estar volviendo.

—Pues aún no ha vuelto.

Los tres tipos la miraron con fastidio. Los dos que no hablaban eran altos y con espalda de armario ropero. El del bigote, que tenía todas las papeletas para ser el jefe mafioso de aquella banda, era más delgado, bajito y lucía un feo tatuaje de una serpiente trepándole por el cuello.

—¿Tú eres hija?

—Vicente no tiene hijos.

—¿Tú mujer?

Sofía enarcó una ceja muy mosqueada ya con las preguntitas.

—¿Y vosotros quiénes sois? ¿Inspectores de Hacienda?

—No Inspectores. No Policía aquí. —El tipo del bigote se había puesto pálido o eso le

parecía a Sofía.

—Si tu amigo no deja de forcejear en la cerradura, me parece que sí va a haber Policía aquí.

El mafioso se movió, rápido y sibilino como su tatuaje, y la agarró por un codo con fuerza sorprendente.

—Tú calladita y no te pongas en líos.

—Se dice “te metas en líos”.

—¿Es hora clase de español? —El tío rio su propio chiste, acercándose más a Sofía y mostrándole sus dientes. Descubrió que no se los lavaba muy a menudo.

—Suélteme.

—Tú tienes llava casa de Vicente.

—¿Llava?

—Para abrir puerta.

—Se dice llave.

—No más clases. Tu abre puerta y cierra boca.

—¡No tengo la llave!

—¿Dónde vives tú?

—A ti te lo voy a decir.

-No queremos problemas.

Pues cualquiera lo diría.

—¿Sofía?

La aparición bajaba por las escaleras. Vestido con una de sus camisetas gastadas y los mismos vaqueros raídos de por la mañana. Al detenerse en el descansillo, Sofía comprobó con alivio que Sergio aún le sacaba media cabeza a los mañosos grandotes y dos cuerpos al pequeñajo bigotudo.

—Sergio. —No pudo evitar una sonrisa mitad de alivio mitad de arrobamiento al verlo llegar. A punto estuvo de musitar algo estúpido como “mi héroe”.

—Cariño, se enfría la cena.

—Qué pecado, para una vez que cocinas para mí. —Im-primiendo naturalidad a sus movimientos, se alejó del ruso siniestro y se colgó del brazo de Sergio—. ¿Has puesto el vino a refrescar?

—Lo tengo en una cubitera. —Sergio miró uno a uno a los tres elementos del descansillo, como memorizando sus rostros—. ¿Podemos ayudarles en algo, señores?

—Nada, que buscaban a Vicente, pero ya les he dicho que aún no ha vuelto, así que ya se iban. ¿Verdad?

El jefecillo hizo ademán de llevarse la mano al bolsillo, pero al fin desistió y le hizo señas a los dos esbirros para que le siguieran. Sofía contuvo el aliento hasta que escuchó el portal cerrarse a sus espaldas.

—¿Me puedes explicar qué pasa aquí?

—¡Tesoro!

—¿Qué?

—Ven aquí, bonito.

Sergio estuvo a punto de caer en la trampa y creerse que el apelativo cariñoso se lo dirigía a él, pero se contuvo en el último segundo, justo en el momento en que Sofía se agachaba para coger en brazos el gato de Vicente. Subió las escaleras tan contenta, haciéndole monerías al bicho, asegurando que era un chico muy bueno y que todas las barbaridades que Sergio le había contado sobre él eran exageraciones suyas.

—Sofía, dime de una vez qué pasaba con esos tíos tan raros.

—Ay, no sé, serían ladrones.

—¿Ladrones?

—Creo que querían entrar en la casa de Vicente.

—Tenemos que llamar a la Policía.

Ah, no. Esa noche no tocaba la Sofía responsable y formal. Esa noche le iba a demostrar a Carmela que ella no era ninguna princesita ñoña de cuento. Se iba a divertir y ningún aspirante a mafioso ruso de película de Tom Cruise le iba a estropear la cena.

—¿A la Policía por una tontería? No vale la pena, están muy ocupados, el domingo vienen los Reyes, o los Príncipes, o no sé quien muy importante, y Santiago está acordonado de punta a punta. Hay más seguridad aquí que en una convención de la ONU.

—¿Y si vuelven?

—No creo que se atrevan.

Entró en la cocina y respiró hambrienta el aroma a pi-mientos de Padrón recién hechos que Sergio le había pro-metido por teléfono.

—Mmm, esto promete —dijo, destapando el plato en el que se ocultaba el manjar.

—Pues sí —aseguró Sergio a su espalda, olvidándose ya de los mañosos de la escalera.

—Dime que no me estás mirando el culo.

—Sofía, con esa falda es imposible no hacerlo. Ya te lo dije.

Ahora me acuerdo que pensaba cambiarme, no quiero mancharme la camisa comiendo, es nueva.

Te dejaré una camiseta, si la cena sigue enfriándose no va a haber quien la coma, luego dirás que no sé cocinar.

—¿Una camiseta de las tuyas?

Sergio le guiñó un ojo y abrió la puerta de la terraza donde tenía algunas prendas a secar.

—Aquí tengo una recién lavada.

Le ofreció una camiseta tan grande que le serviría de ves-tido. De la firma Rei Zentolo, como casi todas las que lucía Sergio. Era roja y tenía dibujado un plato de pimientos con la leyenda “Little green hot peppers from Padrón. Ones are spicy anothers don't”.

—Muy bonita —bromeó Sofía.

—¡Venga! Cámbiate mientras termino de poner la mesa.

—¿Puedo ir a tu habitación?

—No hace falta, yo no miro.

—Ya.

—Mira que eres tacaña.

—Ya.

No esperó a que le diera permiso, se metió en el dormi-torio, sorprendida de encontrarlo bastante recogido, nada de ropa amontonada por los rincones ni calcetines sucios bajo la cama. Se quitó la camisa y la estiró sobre el respaldo de una silla. Como esperaba, la camiseta de Sergio casi le tapaba las rodillas. Su elegante falta de tubo asomaba apenas un dedo por debajo, y la verdad es que resultaba ridícula con aquella camiseta, así que en un raptó de audacia, se la quitó también. Luego le pareció que llevar sólo una camiseta con sandalias de tacón le daba aspecto de aspirante a reina de un concurso de camisetas mojadas, así que también se descalzó.

Sergio contuvo el aliento al ver aquellos pies pequeños y blancos, con las uñas pintadas de rojo, caminando hacia él. ¿Era posible que ella no tuviera nada feo, o simplemente poco atractivo, en todo su cuerpo?

—Ya podemos cenar —dijo Sofía, que parecía cohibida por su aspecto.

—El rojo te sienta bien —acertó a decir Sergio. El también se había quitado la camiseta gastada y manchada de salsa, y se había puesto una negra, lisa, que resaltaba más su piel morena y se ajustaba como un guante sobre sus bíceps. Por un momento hubiera jurado que Sofía le miraba con más apetito que a la fuente de empanada.

—¿Y ese Albariño?

—Estaba esperando por ti para abrirlo, quería que estuviera bien fresco.

Muy fresco. Lo estaba necesitando para apagar el calor que empezaba a sentir por dentro. Llevaba cinco meses en aquel apartamento, durmiendo casi sobre el dormitorio de Sofía. Fantasmando con ella, algo que, por cierto, no había dejado de hacer desde los quince años. Y ahora la tenía allí, en su casa, vestida sólo con una camiseta que no le llegaba a las rodillas, y luciendo una sonrisa de lo más prometedor.

—Te advierto que no me llevo bien con el alcohol; si me pongo a cantar, tendrás que dar explicaciones a los vecinos.

—Cariño, estamos solos en la casa, no hay vecinos. Sólo nosotros. —En ese momento Tesoro aprovechó para hacer notar su presencia con un hondo maullido de protesta—. Y el gato, claro.

“Sólo nosotros”. Sofía notó que se le erizaba la piel de la nuca. ¿Y si se atrevía? ¿Y si, por una vez, se dejaba llevar? Sergio había estado coqueteando con ella desde su regreso. Carmela se lo había dicho mil veces, y Anabel también lo había notado. ¿Por qué no divertirse un poco? Eran buenos amigos y esas cosas ocurren entre amigos, ¿no?

—No te gustan.

—¿Qué?

—Los pimientos.

—Sí, sí, claro, están buenísimos. —Sofía tomó uno por el rabito y se lo metió en la boca, mordiéndolo con gesto goloso y abriendo mucho los ojos para hacer ver su apreciación.

—¿Y el vino?

—Afrutado, mi favorito. —Sofía tragó a toda prisa el enorme bocado a medio masticar, por suerte este no picaba, y elevó su copa con una sonrisa—. Chin-chin.

—¿Mucho trabajo hoy?

—Muchísimo.

No tenía ganas de hablar de la agencia, ahora que estaba de vacaciones, pensaba desconectar por completo. Mientras daba buena cuenta de un trozo de empanada, miró a su alrededor, cotilleando las cosas de Sergio. No había estado en el ático desde su llegada, cuando subió a darle la bienvenida, y entonces todo estaba lleno de cajas. Ahora se veía ordenado, limpio y funcional. Mucho más de lo que podía decir de su propio piso. En la galería acristalada tenía su zona de trabajo, con un gran escritorio cubierto de libros y papeles, su portátil y unos auriculares enormes, forrados en negro, conectados a un diminuto Ipod.

—¿Está buena?

Asintió con la cabeza, mientras tragaba el último trozo de empanada, con la ayuda de media copa de vino.

—¿Y tu trabajo? ¿Cómo va?

—Hoy he terminado la traducción del último bestseller —Sergio puso los ojos en blanco—, y ya la he enviado a la editorial.

—No parece que te haya gustado mucho.

—Ni mucho ni poco, pero pagan bien y puntualmente. —Rellenó las copas tic ambos, mientras Solía comía una croqueta a pequeños mordiscos—. Ahora me tomaré unos días de

descanso, me los he ganado, mientras me confirman si han conseguido los derechos de una novela que es supervenías en Italia.

Le gustaba que le hablara de su trabajo; los dos eran grandes lectores y habían compartido muchos libros en sus tiempos de instituto, por eso no fue una sorpresa descubrir que Sergio había convertido aquella afición en su medio de vida. Traducía, principalmente novelas, para algunos sellos importantes, escritas en inglés o en italiano, dos idiomas que dominaba después de haber vivido largas temporadas tanto en Londres como en Roma.

Cuando tenían un momento para sentarse a hablar, tranquilamente, y él le contaba lo que había sido su vida todos aquellos años, primero en Madrid, luego en la Universidad en Salamanca, y después viajando por media Europa, Sofía le escuchaba embobada como una niña a la que le cuentan el mejor de los cuentos. Ella, que apenas había salido de Santiago en su vida, que sufría una fobia que le impedía subirse a un avión, sólo podía viajar con su imaginación o a través de las historias de otros.

—¿Conozco a ese autor italiano? El de las novelas juveniles, cómo se llama...

—No, no, no es conocido en España, aún.

Entonces Sergio le contó que el Conde Righetti era un anciano que se había pasado la vida escribiendo historias sobre su familia, una gran saga de decadentes aristócratas venecianos, y que ahora que estaban todos muertos y él era el último de la estirpe, se había decidido a airear sus trapos sucios, para regocijo de los lectores y buen negocio de su editorial.

Esperaré su novela con expectación.

—Y hablando de ancianos sorprendentes, Cuéntame lo de Vicente —pidió Sergio, entre bocado y bocado, sin dejar de rellenarle la copa en cuanto Sofía la vaciaba.

¿Vicente? A la cuarta copa, Sofía veía el piso mucho más iluminado que cuando había llegado, y a Sergio convertido en un modelo de pasarela. La culpa debía de ser de aquella camiseta tan ceñida que llevaba.

—El de la mayorista me dijo que ya le habían buscado un abogado.

—¿Un abogado? ¿Tal mal está la cosa?

—Tiene que ser un error. ¿Te imaginas a Vicente, la persona más pacífica y feliz que he conocido, convertido en un contrabandista?

—Pues no, la verdad. —Sergio se levantó para recoger los platos vacíos, que dejó en la pila de la cocina. Luego le ofreció a Sofía un trozo de tarta de chocolate helada, que ella se apresuró a devorar, sin hacer ascos a la copa de Oporto dulce que le sirvió para acompañarla. — Pero es muy raro, primero Vicente retenido en la aduana, y ahora esos tipos con pinta de mañosos buscándole.

—No creo que esté relacionado. Seguro que eran ladrones que se enteraron de que el piso lleva días vacío.

—Deberíamos de haber llamado a la Policía.

Sofía asintió con la cabeza, mientras chupaba a conciencia la cucharilla impregnada de chocolate, único resto que quedaba del postre que había hecho desaparecer en un parpadeo. Sergio estaba hipnotizado, observando como pasaba la punta de la lengua por toda la superficie del cubierto, y sólo reaccionó cuando ella se levantó de su silla para estirarse a lo largo y lo ancho de su sofá.

—He comido demasiado.

—Y bebido.

—También.

—Deberías de hacer ejercicio para quemar todo eso, o no te dejará dormir bien. —Sergio se acercó sonriéndole con gesto travieso.

—¿Y qué habíass penssado? ¿Tieness una bicicleta o algo assí? —Sofía sabía que el Albariño y el Oporto hablaban por ella, pero por una vez se estaba divirtiendo.

—Algo mucho más placentero, en realidad.

—¿Intentass aprovecharte de mí?

—No apeles a mi conciencia porque no la tengo.

Se arrodillo ante el sofá y estiró una mano para separarle un mechón de pelo que le caía sobre los ojos. Sofía se mordió el labio, coqueta, deseando no haber bebido tanto, para disfrutar de aquel momento como se merecía.

Sergio acercó su cara a la de ella, despacio, como si esperara que lo rechazase. Al ver que no lo hacía, le besó la frente y los párpados cerrados. Sofía ronroneaba mientras él iba dejando caer besos suaves, como plumas, por su cara y su cuello. Su boca era cálida y le provocaba unas ligeras cosquillas que le arrancaron una risita. Le rodeó el cuello con las manos y lo atrajo hacia su boca, parpadeando para verle mejor, aunque su rostro se empeñaba en volverse borroso y desdoblarse.

—Deja de moverte —le ordenó, recibiendo una risa en respuesta.

—Eres tú la que te retuerces como si te atacaran hormigas caníbales.

—¿Hormigass caníbales? ¿Dónde?

Sofía se incorporó de repente y sus frentes chocaron con un sonido hueco. Sergio se sentó en el suelo con un gemido, locándose la cabeza dolorida.

—Esto me pasa por tratar de seducir a una mujer que ha bebido demasiado.

—Ahora no disimules, tu plan era emborracharme, y te ha ssalido bien.

—Cariño, si me hubiera salido bien, no estaría con el culo en el frío suelo y con un dolor de cabeza y de... otras partes innombrables. ¿Sofía? Sofía, ¿estás durmiendo?

—No. Estoy dormida —respondió sin abrir los ojos—. No es lo mismo, aunque lo parezca.

En ese momento Tesoro saltó sobre el respaldo del sofá con un maullido, como si un ratón se le hubiera cruzado de-lante.

Minutos después, Sofía se retorció en el sofá llorando de risa mientras Sergio trataba inútilmente de recuperar la zapatilla deportiva que Tesoro le había robado para jugar con sus cordones. Cada vez que se acercaba haciéndole un mimo al gato, éste lo espantaba con un bufido.

—No entiendess nada de animaless —balbució Sofía mientras la habitación giraba alegremente a su alrededor.

—Sí que entiendo. Entiendo por qué los chinos cocinan gatos.

—Eso es una leyenda.

—Ya.

Sofía se tumbó boca arriba y tiró de su camiseta, intentado leer las letras impresas sobre su pecho, bizqueando los ojos. Cuando se cansó, empezó a tararear una canción, mientras los ojos se le iban cerrando de nuevo. Antes de dormirse, aún pudo ver a Sergio que se acercaba y se inclinaba hacia ella.

—Sergio, estás muy bueno, ¿sabes?

—Y tú eres preciosa.

—Pero ahora tengo que dormir.

—Eso parece.

—Mañana hablamos.

—Vale.

—...

Sergio recogió la mesa. Fregó los platos, los vasos, y abrigó la cocina. Algo tenía que hacer para dejar de mirarle las piernas a Sofía y apagar el fuego que amenazaba con quemarle cada vez que se daba la vuelta y la veía haciendo pucheritos en su sofá.

Cuando ya no le quedó nada por limpiar ni recoger, se acercó de nuevo al sofá a mirar a su bella durmiente. Aquella era otra Sofía muy distinta de la mujer trabajadora, competente, serena y formal que tan bien lograba representar la mayor parte del tiempo. Con aquella camiseta roja y blanca arrugada alrededor de su cuerpo esbelto, las largas piernas al aire, la melena que hacía rato se le había soltado de la coleta y se le enredaba sobre la cara y el cuello. Casi le recordaba a su novia del instituto, a aquella noche inolvidable...

Tenía que dejar de pensar en cosas así o necesitaría una ducha fría para irse a dormir. Respiró hondo un par de veces, sacó la cabeza por la ventana, mascando el frío nocturno, porque sí, en Santiago sigue haciendo fresco cuando anochece, incluso en julio, y por fin recobró un atisbo de cordura, lo suficiente para comprender que no podía dejar a Sofía durmiendo en aquel incómodo sofá.

Decidido a ser un caballero y mordiéndose las ganas, la levantó en brazos poniendo muchísimo cuidado y la llevó a la cama. Luego miró alrededor pensando desolado en dónde iba a dormir él. En el sofá no cabía, el suelo estaba muy duro, y la cama, con Sofía dentro, era el paraíso.

“En una cama grande. Podemos dormir los dos sin tocarnos”, se dijo, para acallar su conciencia. Pero, por una vez, sabía que no debía dormir desnudo. Buscó en el fondo de su armario un pijama que una vez le había regalado su madre, a pesar de que bien sabía que no los usaba. Tenía la camiseta más horrorosa que había visto en su vida, azul y blanca, con un barco en el medio del pecho. Ni por Sofía se pondría aquello. El pantalón, corto, era del mismo asqueroso azul desteñido. Tragó hondo y pensó que estaba comportándose como todo un caballero mientras se lo ponía.

La cama era grande, sí, la había escogido por eso. Pero en aquella hermosa noche de julio, el aroma de la mujer que dormía a su lado (¿Rosas? Seguro, a Sofía siempre le habían gustado las rosas), le envolvía como si estuviera en un jardín. La oyó suspirar mientras se removía buscando una postura cómoda y no pudo evitar la tentación de extender una mano, acariciarle el brazo, y enlazar su mano con la suya.

—Borja —susurró Sofía y la magia se rompió.

Sergio se dio la vuelta y pasó la noche entera sobre el larguero de la cama, rumiando su malhumor.

Sofía estaba en el aeropuerto. No sabía en qué aeropuerto, no conocía ninguno más que el de Santiago, pero aquel no se le parecía. La gente iba y venía con maletas y bultos extraños, sospechosos. Los pasillos se alargaban y se combaban a su alrededor mientras sus pies se movían inútilmente, incapaces de llevarla a su destino. Unas azafatas vestidas de azul se reían de ella, y de algún sitio salió un payaso que la miró con ojos de mafioso ruso. De repente Borja estaba a su lado, con la raya del pelo perfecta, su traje azul marino y su corbata granate, sonriéndole con vencido de su éxito. Del bolsillo sacaba una cajita y se la ofrecía. Sofía la abrió y encontraba un anillo con un diamante enorme, descomunal, tan grande que pensó que no podría levantar la mano si llevaba aquella joya en un dedo. Borja sonreía más, su boca ensanchándose, sus dientes tan blancos como en un anuncio de dentífrico. Y Sofía quería gritar, gritar, gritar...

La resaca, los vecinos ruidosos y un café con churros

Santiago de Compostela. 24/07/10. 9:00 horas.

Alguien estaba haciendo ruido ahí fuera, mucho ruido. Sofía se envolvió la cabeza con la almohada escupiendo una maldición, pero aquello no paraba. Dio dos vueltas sobre la cama y descubrió para su sorpresa que no estaba sola.

—¿Sergio? Ay, Dios. Ay, Dios.

Se sentó en la cama, mirándole dormir, aún impactada. ¿Tanto había bebido? Peor. ¿Por fin se había decidido y ahora no se acordaba de nada? A ver, la cena, sí. El albariño, dos botellas, sí. Luego el oporto, y aquella tremenda tarta de chocolate. Después vino el sofá, y Sergio acercándose con una sonrisita y... El gato, sí, el gato interrumpiéndolo todo. Y después... La nada, todo en blanco.

—Mierda.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué estamos durmiendo en la misma cama? Porque no hay otra en el apartamento, cariño —murmuro Sergio, sin abrir los ojos, con voz pastosa.

—Me emborrachaste.

—Perdona, pero eso lo hiciste tú solita.

—Y ahora no me acuerdo de nada.

—¿De nada? —Sergio abrió un ojo, mientras una sonrisa perezosa le estiraba la boca. Se giró despacio, mostrándole sin pudor ninguno su pecho desnudo, y acarició su pierna bajo las sábanas.

—Dime que no ocurrió lo que me temo.

—¿Por qué te lo temes? —preguntó Sergio abriendo ya los dos ojos, mientras la sonrisa se desvanecía.

—Porque... Eh... No sería buena idea.

—¿...?

—Tú y yo somos buenos amigos, no deberíamos complicar más las cosas.

—¿Es por ese novio tuyo? ¿Pocholo?

—Se llama Borja.

—Sabía que era algo muy pijo.

—Le prometí que lo esperaría.

—¿Cuánto, cinco meses, seis? Al menos hablaréis todo los días, ¿no? ¿Por teléfono o por mensajero? ¿Hacéis manitas virtuales?

—¡Y a ti que te importa!

—Me preocupa tu castidad, Sofía, seis meses son muchos meses sin catar carne fresca.

—No seas ridículo.

Ella se puso en pie y entonces volvió el ruido. Había alguien en el edificio, debajo de ellos, y no podía ser Vicente.

—Creo que los ladrones han vuelto.

—Pues ve y ofréceles el desayuno, y ya que estás, prepara algo para mí también.

—Qué mal despertar tienes.

—Sólo cuando me toca dormir con vírgenes inmaculadas.

—Eres imposible.

Sofía salió del dormitorio y se metió en el baño, esperando que cuando volviese a Sergio se le hubiera pasado el malhumor.

Después de lavarse la cara y tratar alisarse un poco el pelo, pensó que mejor sería bajar a su apartamento y darse una buena ducha. Quería quitarse de una vez aquella dichosa camiseta y ponerse algo decente. Volvió al dormitorio para buscar su ropa del día anterior, pero después de mucho re-volver, sus zapatos no aparecían por ningún sitio.

—¿Quieres dejar de hacer ruido? —protestó Sergio.

—Yo también tengo resaca y no me quejo tanto.

—Ahora volverás con lo de que te emborraché...

—¿Pero se puede saber qué bicho te ha picado? ¿Qué te he hecho para que ahora te pongas tan borde conmigo?

Sergio abrió los ojos y la vio parada al pie de la cama, con las manos en las caderas, sin darse cuenta de que así la enorme camiseta marcaba sus deliciosas curvas. De repente no supo por qué estaba tan enfadado. Se incorporó sobre los codos y dejó que la sábana resbalara hasta su cintura, mostrando su pecho desnudo y una línea de vello oscuro que desaparecía bajo la tela, como una interrogación. Disfrutó de la mirada admirativa de Sofía mientras la boca comenzaba a hacérsele agua.

—Ven aquí y te lo explico.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—Aquí cerquita.

—¿Me lo vas a decir al oído?

Sofía trepó a la cama, a cuatro patas, y se acercó a él ju-guetona. No sabía qué demonio la estaba invadiendo, y ni siquiera le podía echar la culpa a la bebida. A lo mejor tenía razón Sergio y seis meses de castidad eran demasiado tiempo.

—Te diré todo lo que quieras oír si a cambio tú me enseñas lo que llevas bajo esa camiseta.

—Qué descarado.

Descubrió que Sergio tenía un tatuaje, un poco más abajo del ombligo, a la derecha, cerca de la cadera. Se detuvo a ins-peccionarlo, pasando las yemas de los dedos con suavidad por su contorno.

—Mira quién habla.

Esa no era ella. La mujer que se había puesto a horcajadas sobre Sergio e inclinaba la cabeza ofreciéndole su boca no era Sofía. Ni en uno de sus sueños más calientes.

—La piscina te sienta bien —afirmó, deslizando una mirada de admiración por sus hombros anchos y el relieve de sus pectorales.

Aquello tenía que ser un sueño, decidió Sergio, ni siquiera se había despertado, sólo era una más de sus fantasías, y ella era, como siempre, la protagonista.

—Puedes tocar todo lo que quieras.

Le respondió con una sonrisa golosa, pasándose la punta de la lengua por los labios.

—Qué generoso.

—Por tu culpa no he dormido —le susurró Sergio, cuando sus labios ya casi se tocaban.

—¿Por mi culpa?

Sergio le puso las manos en los muslos desnudos, atra-yéndola hacia su boca, dándole besos breves alrededor de los labios, en el mentón, en el cuello.

—Me he portado como un caballero.

Su boca era caliente y suave. Sofía se inclinó hasta que sus pechos se tocaron. Sonrió

descarado ante la visión que le ofrecía el amplio escote de la camiseta. Apenas podía prestar atención a la delicia de tentar sus labios y a la sensación de sus curvas frotándose contra su pecho desnudo. Mordisqueó su labio inferior mientras sus manos subían por sus caderas, bajo la camiseta, más arriba, enmarcando su cintura estrecha, y aún más arriba, cercando el paraíso. Emitió un sonoro gruñido cuando por fin tomó sus senos, a la medida exacta de sus palmas, tan firmes como tiernos. Sofía estaba colgada de su cuello, y le pasaba la lengua por el labio superior, lentamente, como si lamiera una piruleta.

—Buen chico —le dijo sin despegarse de sus labios.

—¿Esta es mi recompensa?

—Si te sigues portando así de bien...

El estruendo en el piso de abajo esta vez fue de tal magnitud que toda la casa pareció temblar como en un terremoto.

Sofía se llevó una mano al corazón, sobresaltada, y le miró con gesto desenchajado.

—¿Han puesto una bomba?

—La verdad es que ha sonado como una explosión.

—Deberíamos llamar a la Policía.

—No, a la Policía no hasta que se resuelva lo de Vicente, pero algo habrá que hacer.

Sofía se puso en pie y Sergio, con un hondo suspiro que reflejaba su cabreo antes aquella interrupción, la siguió. Por Dios, estaba tan duro que le dolía hasta caminar, y ella no parecía en mejores condiciones, como si las piernas le fueran a fallar en cualquier momento. La tentación de tumbarla sobre la cama y lanzarse sobre ella de nuevo como el salvaje que llevaba dentro, era casi irresistible. Seis meses llevaba en Santiago, seis, esperando aquel momento. Y le daba igual si aquellos ladrones volaban la casa entera. Quería a Sofía, y la quería ahora.

Más golpes y crujidos. Y luego el alboroto se perdió en el interior de la casa de Vicente. A aquellos tipos no parecía importarles ni lo más mínimo si había alguien en la casa escuchando lo que hacían. Tanta desfachatez era preocupante.

—Encierra al gato en el baño, no quiero que se vuelva a escapar.

Tesoro ya sabía el truco de Sergio para evitar sus huidas y se resistió a entrar en el baño, pero al final Sofía lo agarró por el collar y le obligó a entrar. Se sorprendió de lo grueso y pesado que era el collar de piel que el bicho llevaba al cuello. Parecía más apropiado para un bulldog que para un gato de angora.

Al darse la vuelta descubrió sus zapatos detrás de la puerta del dormitorio. Se calzó y salió al descansillo, asomándose al hueco de la escalera para ver a Sergio, que bajaba despacio para no alertar a los mañosos, si es que eran ellos los que estaban armando tanto escándalo.

Decidió que no podía quedarse simplemente allí esperando, así que bajó tras él, imitando sus pasos, siendo todo lo silenciosa que pudo. Al llegar al primero comprobó que la puerta de la casa de Vicente estaba abierta. Por eso tanto ruido. Habían utilizado una palanca, destrozando la cerradura y el marco al mismo tiempo. ¿Y Sergio dónde estaba? ¿Dentro del piso? ¿Se habrían ido ya los ladrones?

Armándose de valor, se asomó al vestíbulo. Allí no había nadie y estaba oscuro, pero por debajo de la puerta de la co-cina se veía luz. Caminó sobre las puntas, conteniendo el aliento cada vez que el viejo piso de madera crujía bajo sus pasos, y logró llegar al fondo del pasillo. Apoyando la espalda en la pared, como hacen los policías en las películas, empujó la puerta con una mano y esperó. Ningún ruido. Asomó un poco la cabeza y vio a Sergio sentado en una silla, haciéndole gesto furibundos con los ojos para que ni se le ocurriera entrar.

Ya era tarde.

Uno de los mafiosos grandotes la agarró por las muñecas y la obligó a sentarse al lado de Sergio, atándole las manos con un paño de cocina retorcido. Frente a ellos, al otro lado de la mesa, estaba el jefecillo, atusándose sus largos bigotes con un gesto que le recordó la forma en que Tesoro se aseaba, la-miéndose lenta y delicadamente su pelaje.

—Pregunto última vez. Cuando Vicente vuelve.

—No lo sabemos. Se fue para un viaje muy largo.

—Tenía que volver martes, no mientas.

—Pero cambió sus billetes, decidió hacer un gran tour, ahora debe estar por... Uruguay, Paraguay, la verdad es que ni lo sé.

—Si mientes, te cortaremos bonita lengua, y tu amigo no necesitará protección para jugar rugby, ¿entiendes?

Asintió, tragando saliva. Sergio estaba callado y la miraba de un modo que parecía decir que ella también estaría más bonita en silencio. Pues no, no pensaba dejarse intimidar, con peores clientes había lidiado en su agencia. Decidió investirse de un aire de profesionalidad y autoridad, a pesar de que su arrugada camiseta y su pelo alborotado no ayudase mucho, y miró al mafioso con un gesto a medias entre la amabilidad y el fastidio.

—¿Y se puede saber qué quieren ustedes de Vicente? ¿Son... amigos suyos?

—Tenemos negocios. Vicente traer mercancía nuestra. Nosotros pagar generosos su viaje.

No podía creer lo que oía. ¿Entonces era verdad? ¿Su dulce ancianito era un contrabandista y así se pagaba sus constantes viajes? Aún no podía creerlo.

—¿Y se puede saber de qué mercancía estamos hablando?

—Tú muchas preguntas. Yo pregunto. Vicente guarda te-soro, ¿tú sabes dónde?

—Un tesoro, qué tontería. Vicente no tiene nada, aquí sólo viven él y su... gato.

El gato. Tesoro. Sofía tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse del bigotes en su cara. Vicente les había dicho que tenía un tesoro, y los muy tontos pensaban que era algo valioso.

—Nosotros encuentra caja fuerte. Estar vacía. Sólo pa-peles, fotos viejas.

Así que ese era el estruendo que había hecho temblar los cimientos del edificio. Los muy brutos habían utilizado algún explosivo para abrir la caja de Vicente.

—Pues si ahí no está su tesoro, será que no existe.

—Sí, existe. Vicente quedar con parte de mercancía, su parte. El guarda, por si acaso vacas flacas.

Ay Dios, que era verdad. Vicente conchabado con los ma-fiosos y quedándose parte del botín encima.

—Me parece que oigo una sirena —dijo Sergio, doblando la cabeza hacia la ventana para escuchar mejor—. Sofía, ¿cuándo tiempo dijo la Policía que tardaría?

—Unos minutos nada más; sí, son ellos —ella le siguió el juego y vio que el mafioso se lo tragaba.

—Nosotros marchamos ahora, pero volvemos por tesoro. Si vosotros son listos, ayúdanos a encontrarlo.

—Claro, amigo, cómo no. —Sergio le dedicó una mueca de desdén, sin dejar de mirarles mientras los tres mafiosos salían del piso.

—¿No llamaste a la Policía, verdad?

—Pues no.

—Mejor, el pobre Vicente está metido en un buen lío.

Sergio se puso en pie y comenzó a desanudar el paño con el que le habían envuelto las manos a Sofía. A él lo habían atado con un cordón de zapato por las muñecas, dejándole suficiente libertad en los dedos para deshacerle los nudos.

Una vez libres los dos, volvieron corriendo a su piso, sin aliento.

—No podemos quedarnos aquí, dijeron que volverían.

—¿Y a dónde podemos ir?

—¿Te apetece visitar a mi madre?

Después de una ducha rápida en su piso, y tras ponerse unos vaqueros y una camisa de su talla, Sofía se encontró mucho mejor. Volvió al piso de arriba donde Sergio también se había cambiado y la esperaba pensativo, ofreciéndole algo que tenía en la palma de la mano.

Miró desconcertada aquello que parecía un terrón de azúcar despachurrado, lo cogió, comprobando que pesaba más de lo que parecía y era bastante más duro que un azucarillo, y le dio varias vueltas entre los dedos, mirándolo al trasluz.

—Me lo dio Vicente antes de irse de viaje.

—¿Qué crees que es?

—Me dijo que era muy valioso. Que si un día encontraba a una chica que mereciera la pena, lo llevara a un joyero para que lo pulieran y lo engastaran en un anillo de compromiso.

—¿Bromeas?

—¿Crees que está el asunto para andar con bromas?

Siguió mirando aquella piedra blanca, rugosa, del tamaño de una avellana pequeña, sin creerse aún lo que Sergio sos-pechaba.

—¿Por qué te lo dio?

Para agradecerme que cuidara de Tesoro.

—Si lo llego a saber, me quedo yo con el gato —bromeó, tratando de quitarle importancia al tema.

—¿Pero tú no eras alérgica?

—Me curo rápido cuando hay diamantes por medio.

Diamantes. Los dos que se quedaron un momento pensativos. Lo que sólo parecía una estúpida confusión en la aduana venezolana, estaba resultando ser una verdad inimitable.

—Tenemos que irnos de aquí, antes de que los rumanos vuelvan.

—¿Qué rumanos?

—Tu amigo el de los bigotes y sus dos luchadores de sumo.

—¿Pero no son rusos? Para mí que tienen acento ruso.

—No, no son rusos, son rumanos.

—Y tú ¿cómo estás tan seguro?

Sergio sabía que lo que iba a decir no le beneficiaba en nada, así que adoptó una pose chulesca esperando acallar así las protestas de Sofía.

—Salí con una chica rumana durante algún tiempo.

—Una rumana, ya.

Sofía miró la piedra que tenía en su mano, luego a su alrededor, a la ventana, al televisor apagado, y de nuevo volvió la vista a Sergio, aunque evitando sus ojos. No podía decir nada, no tenía ningún derecho. Ella lo había dejado, segura de que su romance juvenil no tenía ningún futuro, práctica y sensata como siempre. ¿Y ahora que esperaba? ¿Qué hubiera sido fiel a su recuerdo durante todos aquellos años? Menuda estupidez.

—¿Qué te parece si llevamos ahora el diamante a un joyero, a ver que nos dice? —trató desesperadamente de cambiar de tema.

—Sí... eh... El padre de Carmela tiene una joyería cerca de Platerías.

—Sí, ya me acuerdo, no había pensado en él.

—Mejor alguien conocido, no podemos arriesgarnos a que nos hagan muchas preguntas.

—No, claro.

—Es un poco temprano. —Miró su reloj de pulsera y comprobó que apenas eran las nueve y media de la mañana, los mañosos rusos/rumanos la habían hecho madrugar en su día libre—. No sé tú, pero yo necesito un café.

Dio dos pasos hacia la puerta, contenida, digna, dispuesta a no hacer ninguna pregunta sobre aquella novia rumana de Sergio, pero un maullido lastimero que le llegó desde el baño la detuvo.

—Tesoro...

—¿Qué?

—Tú no, tonto, el gato. No podemos dejarlo aquí.

—Tiene comida y su cajón de arena. Los gatos no son como otros animales, se las arreglan bien solos.

—Pero y si vienen los... mafiosos. —Ni rusos ni rumanos, pensó, olvidémonos de las nacionalidades—. Si entran aquí y le hacen daño al gato... Pobre, no me lo perdonaría.

—No le van a hacer daño.

—Tenemos que llevarlo.

—¿Pero a dónde?

—No sé... A casa de Carmela no, que su hijo Iago es alérgico.

—¿Se lo llevamos a tu madre?

—¡No!

—¿También es alérgica?

Digamos que son los gatos los que le tienen alergia a ella.

—¿Entonces?

—Ya sé.

* * *

Aquella mañana en la ducha, Anabel aún fantaseaba con Bogdan y Andrei, sus dos conquistas de la noche anterior. Siempre se le habían dado bien los guiris, y para eso Santiago de Compostela, y más en Año Santo, era el paraíso. Un día te ligabas un francés, al otro un asiático, que también tienen su morbo, y a continuación un escocés, con faldita y todo, como en una novela romántica de highlanders.

Al salir se puso el albornoz y, mientras se secaba el pelo, se dedicó a tararear una canción pegadiza que siempre oía en la radio. Michi, el único macho con el que de momento compartía su apartamento, un relamido gato persa que le hacía el favor de dejarse cuidar por ella, salió como alma que lleva el diablo mientras Anabel trataba de llegar a unos agudos imposibles que también pusieron en fuga a una pareja de palomas que se habían parado en la repisa de la ventana abierta.

—Venga, si no canto tan mal. —Trató de congraciarse con Michi, buscándole en su escondite favorito, detrás del sofá, para hacerle unos mimos. El timbre de la puerta interrumpió el tierno momento.

De puntillas, Anabel se acercó a la entrada y puso un ojo en la mirilla. No le iba a abrir a cualquiera a esas horas de la mañana y en albornoz. Se sorprendió de ver a Sofía en el descansillo.

—Traigo café y churros —dijo la voz de su amiga desde el otro lado de la puerta—. Deja de espíarme y abre antes de que se enfríe el desayuno.

—¿Tú no te ibas a la playa? —preguntó Anabel tras abrir la puerta.

—Más tarde. Antes tengo que pedirte un favor.

Sofía indicó con un gesto de la cabeza hacia su derecha y Anabel vio que venía

acompañada. Sergio estaba parado en el descansillo, con cara de niño bueno y un precioso gato de angora en los brazos.

—Hasta la cocina. —Anabel extendió un brazo indicándoles la dirección y entonces descubrió la manga de su al-bornoz. Salió corriendo hacia su dormitorio jurando que volvía “en un momentito”.

Sofía puso sobre la mesa de la cocina el termo con el café y el paquete de los churros, mirando a su alrededor en busca de tazas y platos. Sergio intentó dejar a Tesoro en el suelo, pero al bicho se le erizaron todos los pelos y se agarró a su pecho con las uñas, hundiéndoselas en la camiseta y arañán-dole la piel.

—¿Y ahora qué coño te pasa a ti?

—Será por Michi. —Sofía le señaló con el mentón al gato persa que se había parado en la puerta, con cara de pocos amigos.

—Mira qué suerte, un amiguito para que juegues. —Trató de convencer Sergio a Tesoro, que se negó a bajarse de su regazo entre maullidos.

—Michi es muy desconfiado, además está acostumbrado a ser el rey de la casa. —Anabel apareció enseguida, ya vestida, con la melena rubia recogida en una coleta, y acarició la cabeza de su peludo amigo—. No sabía que tuvieras un gato.

—No es mío. Es de Vicente.

—¿Vuestro casero? ¿El que está de viaje?

—Me lo deja para que se lo cuide.

Anabel asintió y aceptó la taza de café que Sofía le ofrecía. Allí estaba pasando algo raro y esos dos no sabían por donde empezar a contárselo. Supuso que por fin se habían liado, bastante la había avisado Carmela, pero ella había decidido por fin pasar página. Y además tenía a su Bogdan y a su Andrei para ayudarle a hacerlo.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó por fin, sentándose a la mesa y mojando un churro en el café.

—Que nos vamos a la playa, y no podemos llevar a Tesoro, ya sabes, mi madre no soporta los animales, y están prohibidos en el arenal y...

—¿Por qué no lo dejáis en casa? Los gatos son muy case-ros, no les importa nada estar solos.

—Es que...

—Se ha roto una tubería —improvisó Sergio.

—Sí. Una... tubería general... Se ha inundado todo el edificio.

—¿Inundado?

—Bueno, ya sabes lo exagerada que es Sofía. —Sergio le dio un pisotón por debajo de la mesa para que rebajara la importancia a lo “ocurrido”—. Pero sí, hemos tenido una pequeña inundación, y ahora están allí los fontaneros, y no podemos dejar a Tesoro por medio.

—Pobrecito Tesoro. —Anabel hizo unos mimos al gato, lo que le ganó un maullido de protesta de Michi—. No te pongas celoso, tonto, si lo vais a pasar la mar de bien los dos juntitos.

A base de mimos y caricias, consiguió que los dos gatos se acercasen y, después de unos momentos de reticencia, empezaron a jugar con una pelota que les ofreció.

—¿Y si se matan entre ellos cuando te vayas al trabajo? —preguntó Sofía, preocupada.

—No será para tanto. —Anabel volvió a sentarse y se comió otro churro, con gesto despreocupado.

—¿Qué tal te fue ayer con los alemanes?

—No eran alemanes. —Cruzó una pierna y se inclinó hacia su amiga con una sonrisita de

suficiencia—. Eran rumanos.

—¿Es que nos han invadido los rumanos y yo sin enterarme? —Sofía miró a Sergio con gesto de fastidio, pero éste se encogió de hombros. Entonces se le ocurrió una idea preocupante. ¿Y si los rumanos de Anabel tenían algo que ver con los mafiosos? Trato de aparentar despreocupación antes de acribillarla a preguntas—. ¿Y qué hacen en Galicia? ¿Son peregrinos o turistas? ¿Qué te contaron?

—Ni peregrinos ni turistas. Me dijeron que habían venido por motivos de trabajo, pero chica, con el inglés macarrónico que hablaban no te creas que me enteré de mucho.

—¿Quedaste con ellos?

—Les di mi teléfono.

—Ay, Anabel, no puedes ir dándole tu teléfono al primero que pasa.

—No, no debería. —Anabel lanzó una mirada de desdén hacia Sergio, pero al momento recuperó la sonrisa—. Pero es que estaban muy buenos, uno tiene los ojos verdes, y el otro una sonrisa...

—Ten cuidado con lo que haces.

—Soy mayorcita y sé cuidarme.

—Quiero que me prometas que serás cuidadosa.

—Sí, mami.

—Vale. Ahora tenemos que irnos.

Anabel los acompañó a la puerta y se despidió asegurando que cuidaría muy bien de Tesoro. Mientras los veía alejarse no pudo evitar pensar que ninguno de sus rumanos tenía el culo de Sergio. Qué suerte tenía Sofía.

Un azucarillo muy caro y un compromiso inesperado

Santiago de Compostela. 24/07/10. 11 horas.

Luis, el padre joyero de Carmela, los había pasado a su despacho con mucho apuro y ojos desorbitados en cuanto vio la piedra en forma de azucarillo aplastado que Sofía puso sobre el mostrador.

—¿De dónde has sacado esto?

—Si se lo dijera no me lo creería.

—¿No será robado?

—No, creo que no.

—¿Crees o estás segura?

El joyero miraba la piedra con uno de esos aparatitos tan graciosos que se ponen en el ojo los tasadores de las películas de cine negro. Sofía procuraba no reírse, la situación no era de broma, pero todo aquello era demasiado absurdo como para tomárselo en serio.

—Es un regalo —dijo Sergio, impaciente por saber el veredicto sobre el valor de la dichosa piedra.

—¿Un regalo de algún jeque árabe?

—De un buen amigo. Suele viajar a países exóticos. Creo que compró esta piedra en Venezuela.

—Buena compra.

—¿Entonces es valiosa?

—Es un diamante.

A su lado, Sofía se agarró las rodillas para disimular su temblor. Intentó hablar, pero se había quedado sin voz. Sergio le puso una mano sobre las suyas, transmitiéndole su calma.

—Eso me dijo mi amigo. También me aconsejó que cuando encontrase a la chica adecuada, lo llevarse a pulir para engastarlo en un anillo.

—¿Ah, sí? —Luis Romero dejó a un lado su monóculo y dedicó una amplia sonrisa a la pareja sentada al otro lado de su mesa—. Enhorabuena, entonces.

No le dio a Sofía la oportunidad de desengañar al joyero, la agarró más fuerte de las manos, obligándola a soltar sus rodillas temblorosas, y le dedicó la sonrisa más empalagosa que pudo componer.

—¿Qué nos aconseja? Quiero un anillo muy especial, algo único. Como Sofía.

Le dedicó su mejor sonrisa de conquistador. Muy adentro, sin embargo, no estaba de tan buen humor como parecía. Le hubiera gustado que todo aquello fuera real. Era lo que pasaba cuando estaba demasiado tiempo cerca de Sofía: su mente calenturienta empezaba a imaginar cómo sería tener una verdadera relación con ella, algo más que aquel coqueteo que tan poco resultado le daba a pesar de sus múltiples intentos desde su regreso a Galicia.

—Con este material tan bueno y este tamaño, os aconsejo una talla princesa, de setenta y seis facetas, resulta más centelleante que el brillante redondo más común. —Romero acarició la piedra con gesto posesivo—. Tiene un brillo y una pureza excepcionales, sea cual sea la talla, vas a tener el anillo más espectacular que se haya visto en Santiago.

Sofía asintió forzando una sonrisa falsa, mientras Sergio le acariciaba las manos

entrelazadas. Sintió ganas de agarrar la lámpara de bronce que había sobre la mesa y atizarle con ella en toda la cabeza por obligarla a mantener aquella farsa.

—Dígame una cosa, sin que Sofía se entere. —Sergio se inclinó hacia delante con un guiño cómplice, haciéndole un gesto al joyero para que hiciera lo mismo—. ¿Debo de estar muy agradecido a mi amigo?

—Muy, muy agradecido. Agradecidísimo.

—¿Me lo puede decir en números?

—Unos treinta mil euros de agradecimiento.

—Entiendo. —Sergio se reclinó en su silla sintiendo que Sofía le clavaba las uñas en la palma de la mano. Cuando comprendieron lo que acababan de oír, ninguno de los dos pudo articular palabra.

—¿Queréis que os enseñe un muestrario para ver los tipos de talla?

Había guardado aquella piedra en su escritorio, como un amuleto; una broma de su casero, pensaba, seguro de que no tenía ningún valor. Ahora descubría que era dueño de una pequeña fortuna, pero no sabía qué hacer con ella. Un anillo para la chica adecuada, le había dicho Vicente, despidiéndole en la puerta de su casa. Ahora recordaba que había hecho un gesto, un guiño, mirando el tramo de escaleras que subía hacía el piso de Sofía.

—Lo cierto es que tenemos mucha prisa, ahora no podemos pararnos a decidir. Mejor lo pensamos y ya volveremos.

Sofía se puso en pie como impulsada por un resorte, des-haciéndose de la mano de Sergio que aún la sujetaba. Los dos hombres se levantaron también, con una sonrisa comprensiva del joyero ante la sorpresa que acababa de darles.

—Me encantará tallar personalmente esta piedra.

Romero le devolvió a Sergio el diamante y éste se lo entregó a Sofía, como si le quemase en la palma.

—Ha sido muy amable, gracias.

—No hay de que, Sofía, gracias a ti por escoger mi joyería, no solemos ver material así por aquí. Tengo que reñirle a mi hija por no haberme dicho que te casabas.

—No... Si es que... Ha sido algo repentino.

Les acompañó a la puerta, despidiéndose de ellos con mucha amabilidad y reiterándoles su enhorabuena, momento que Sergio aprovechó para enlazarla por la cintura. Nerviosa, Sofía se separó la melena de la cara, aprovechando para meter el codo entre Sergio y ella, obligándole a mantener la distancia.

—Adiós, entonces —dijo, tensa.

—¿Sabes que has perdido un pendiente?

—¿Un pendiente? —Sofía se llevó la mano a la oreja que había dejado al descubierto al retirarse el pelo, comprobando que era cierto lo que el joyero le decía—. Ay, Dios, si son mis favoritos. ¿Dónde lo habré perdido? ¿Estará en tu casa?

—No sé, cariño, con la noche tan movida que hemos tenido, se te puede haber caído en cualquier parte.

Sofía enrojeció bajo la mirada cómplice del padre de Carmela, que por supuesto había pensado lo peor de aquellas palabras. Sergio le abrió la puerta, mirándola con cara de no haber roto un plato. Le gustaba hacerla rabiar un poco; prefería a la Sofía enfadada y combativa que a la profesional seria y competente. Y teniendo en cuenta el lío en el que estaban metidos, iban a necesitar mucho ese mal carácter. Cualquier cosa antes que volver a ver la mirada angustiada que tenía en la casa de Vicente, cuando lo descubrió atado y a merced de los rumanos. Tenía una cuenta pendiente con ellos, a la primera oportunidad le iban

a pagar por haber asustado así a Sofía.

Se despidieron del joyero y caminaron bajo los soportales con sus gruesos arcos de piedra, Sofía tocándose el lóbulo desnudo, pensando dónde habría perdido su joya favorita.

—No te preocupes tanto. Con lo que vale la dichosa piedra de Vicente, puedo comprarte los pendientes más caros de la joyería.

—Es que estos me los regaló mi abuela cuando hice la primera comunión.

Sergio quiso hacer una broma, pero notó que ella estaba disgustada de verdad, así que la envolvió en sus brazos y la besó en el pelo, prometiéndole que en cuanto se arreglara el asunto de los rumanos, pondrían todo el edificio patas arriba hasta que apareciese su pendiente.

Fue un momento tierno, acompañado de las risitas de un grupo de colegialas asiáticas que pasaban por un lado, y de las miradas reprobatorias de dos monjas que cruzaban en dirección contraria. Sergio las ignoró a todas y se dedicó a disfrutar de la sensación del cuerpo cálido de Sofía, suave, relajado, entre sus brazos. Con un suspiro entrecerró los ojos, pero al momento volvió a abrirlos para comprobar algo que había captado apenas, casi fuera de su campo de visión.

Desde la plaza de Platerías, acercándose como una pequeña manada de búfalos desbocados, el rumano de los bi-gotes y sus dos secuaces, avanzaban hacia ellos abriéndose paso con poca consideración entre la marea de peregrinos que se dirigían a abrazar al Apóstol.

—Creo que vamos a tener que hacer un poco de ejercicio

matutino —sopló al oído de Sofía antes de separarse y sujetarla por un codo, obligándola a caminar a buen paso.

—¿Qué bicho te ha picado?

—Nuestros amigos del Este se acercan a buen paso. Por suerte los peregrinos madrugadores les dificultan el paso lo suficiente para darnos unos minutos de ventaja.

—¿Hacia dónde vamos?

—Hay que despistarles.

Atravesaron Fonseca hasta la Rúa do Vilar, apurando el paso sobre las gastadas piedras, esquivando a la gente que se dirigía hacia la Praza da Quintana para acceder a la Catedral por la Puerta Santa. En una callejuela estrecha torcieron bruscamente a su derecha y se sumergieron en el bullicio, mayor si cabe, del Franco, en dirección hacia la Alameda. Sergio miraba de vez en cuando hacia atrás, por encima de la cabeza de Sofía, y aunque durante varios minutos estuvo seguro de que les habían perdido la pista, al final de la calle, en la Praza do Toural, los rumanos salieron de repente de su izquierda. Todo el tiempo habían estado corriendo en paralelo.

Aprovechando la confusión, Sergio tiró de Sofía y cruzaron el semáforo en rojo, obligando a los coches a pararse entre furiosos bocinazos, y corrieron por la Alameda, en dirección a los puestos de feria instalados con motivo de las fiestas, invadiendo gran parte de los jardines. Las atracciones estaban cerradas y sólo algunos vendedores de ropa y accesorios empezaban a aquellas horas a airear su mercancía. De la zona más alta bajaba una pandilla de gente muy joven con aspecto de no haberse ido aún a la cama. Sergio tuvo una idea y al momento se paró en uno de los puestos, compró sin regatear un par de camisetas con leyendas de grupos heavy de los ochenta y dos gorras de visera.

—¿Quieres que nos disfrazemos?

—Y rápido, vamos a mezclarnos con esos chavales.

Escéptica ante aquel absurdo plan, Sofía se puso la enorme camiseta por encima de la

suya, comprobando que le tapaba casi hasta las rodillas, y se recogió la melena en un rodete, colocándosela dentro la visera. Miró a Sergio, que también se había puesto la suya, y tuvo que contener una carcajada ante la pinta que tenía con aquella camiseta negra que llevaba a la altura del pecho una calavera en llamas, con una espada atravesándola de punta a punta.

—¿Qué pasa, tía? No controlas nada de heavy, colega. —Sergio imitó el acento de un rockero zumbado, al tiempo que le pasaba un brazo por los hombros y echaban a andar juntos, mezclándose con los trasnochadores y sus Mironas—. Por cierto, el vendedor nos ha colado una gorra de ese bicho amarillo que le gusta al hijo de Carmela en vez de la de Iron Maiden que le pedí.

Sofía se llevó las manos a la cabeza, intentando descubrir el dibujo de la visera a base de palparla.

—¿Me estás diciendo que llevo a Bob Esponja en la ca-beza?

—Tranquila, tía, te queda guay —insistió él, inmerso en su papel.

—Esto es absurdo.

—Tan absurdo como que dos armarios rumanos y su jefecillo bigotudo, anden corriendo detrás de nosotros por toda la ciudad.

—¿Y si es una cámara oculta?

—Joder, tía, tú sí que sabes. —Sin previo aviso, Sergio la envolvió entre sus brazos y comenzó a besarla como si qui-siera devorarla. Por el rabillo del ojo Sofía vio a los tres rumanos intentando distinguirlos entre la marea de pandilleros.

—¿Sabes que este es un truco muy viejo?

—Pues parece que funciona. —Sergio dejó de besarla y se pasó la lengua por el labio inferior, relamiéndose con gesto juguetón.

—Pero sólo porque los mafiosos no son muy listos. Vamos.

Esta vez fue Sofía la que le cogió de la mano y lo hizo co-rrer para salir de la Alameda, cruzando la avenida de Juan Carlos Primero, y General Pardiñas, donde aflojaron el paso, hasta llegar a Montero Ríos, a la agencia.

—¿Ahora te vas a poner a trabajar?

—Sólo déjame mirar un momento a ver si encuentro mi pendiente, a lo mejor se me cayó ayer y está en mi oficina, o lo ha encontrado la chica de la limpieza.

Mar miró con gesto desconfiado a aquel par de heavys con gorras incrustadas hasta las cejas que entraban en la oficina a primera hora de la mañana. Cuando Sofía se dio cuenta y se quitó la gorra, las carcajadas fueron tan sonoras como para hacer salir a Carmela de su cubículo.

—¿De qué vais disfrazados?

—Es una historia muy larga y si te la contara no me creerías.

—Hoy puedo creérmelo todo, corazón, mi padre acaba de llamarme.

Sofía deseó que la tragara la tierra. Qué rápido había sido el joyero en transmitir la noticia. Miró a Sergio, que se apoyó en el mostrador, sonriendo a Mar tan tranquilo, aún metido en su papel de rockero siglo XX, preguntándole si le molaba su nuevo estilo.

—No es lo que parece.

—Ya, Sergio y tú, y un anillo de compromiso por medio. Mi padre no me ha querido dar más detalles, dice que es se creto profesional, pero me dejó muy claro que debía felicitarte.

—¿Te parece que yo podía estar comprometida... con él?

Con la palma de la mano abierta, Sofía señaló a Sergio, que coqueteaba con la recepcionista, lo que le hizo ganarse una protesta airada de su falso novio.

—No te pongas así, cariño, déjame disfrutar ahora que aún soy libre. Ya me has hecho jurar

que después de casados te seré fiel hasta la muerte.

—Eres imposible.

Sofía los dejó a los tres con la palabra en la boca y se dirigió a su pequeña oficina, en busca de su pendiente. Miró sobre la mesa, introdujo los dedos entre el tapizado de la silla, y se puso de rodillas para husmear de punta a punta la alfombra, pero la ansiada joya no aparecía.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Carmela asomándose a la puerta, con un tono menos beligerante.

—He perdido un pendiente.

—¿Y por eso lleváis camisetas a juego de bandas de rock y gorras de visera?

—Es muy largo de explicar.

—Tengo tiempo, a estas horas no creo que entre ningún cliente.

—Es que nos vamos a la playa.

—A la playa. Juntos.

—No es lo que parece.

—Otra vez esa frasecita sacada de una comedia americana.

—Carmela. —Sofía se acercó a su amiga y la cogió de las manos. Deseaba contarle todo, descargar las preocupaciones que la atenazaban, pero tenía miedo de meterla en aquel embrollo—. Ya te contaré cuando todo se solucione. Ahora es mejor que no sepas nada.

—Hija, qué misteriosa.

—Nos vamos. —Salió al pasillo y fulminó a Sergio con una mirada al ver que seguía bromeando con su empleada—. ¡Ya!

—Sí, señor. —Sergio se puso firme, dedicó una última sonrisa a Mar, un guiño a Carmela, y abrió la puerta para dejar que su falsa prometida saliera delante de él.

—¿Ha aparecido?

—No.

—Entonces, ¿podemos irnos ya a la playa? Hace un día estupendo para darse un baño.

—¿En tu coche o en el mío?

—Cariño, creía que nunca me lo pedirías. —Sergio le puso una mano en la cintura, y fue bajándola suavemente mientras acercaba sus labios al cuello de Sofía.

—¡Quítame las manos de encima y déjate de tonterías!

—En la Alameda no protestabas.

—Era para que no nos vieran los rumanos.

—Ya.

—¿Qué?

—Que vamos en mi coche.

* * *

Caminaron por Montero Ríos hasta la Praza de Galicia, donde Sergio guardaba su coche en el parking público.

—¿No te queda muy lejos de casa este aparcamiento? —preguntó Sofía, más por no estar callada que con verdadero interés.

—Uso muy poco el coche, prefiero la moto.

Oh, sí, la moto. Su dichosa Harley, que casaba tan bien con aquella camiseta negra con calavera que aún no se había quitado, y que cuidaba con más mimos de los que le había visto dedicar nunca a una persona. Sofía recordó que la había visto aquella mañana, aparcada delante de la puerta de su casa.

—Me dan miedo las motos.

—Lo sé. Por eso vamos a por el coche.

Sergio le guiñó un ojo y Sofía no tuvo más remedio que murmurar un agradecimiento a regañadientes. No le gustaba nada cuando era amable con ella, ni cuando se tomaba confianzas, o cuando le besaba sin preguntar, o...

—Ay, Dios. Dime que no es el coche de tu abuelo.

Pero sí, por supuesto, era el coche de su abuelo. Un enorme Mercedes W 115 blanco, que debía tener al menos cuarenta años, pero que se mantenía impecable y sin un ras-guño, a pesar de estar semiabandonado en un parking público. Sofía lo miró con nostalgia, pensando cuántas veces había imaginado que algún día la llevarían al altar en un coche así.

—¿Te acuerdas?

Sergio se había parado, con la mano sobre el techo del coche, sonriéndole inesperadamente tímido.

—Como para olvidarlo.

—Claro, qué tontería, las mujeres nunca olvidáis nada.

—Yo no le llamaría nada, Sergio, precisamente. Hay cosas y cosas...

Sofía se calló, apurada, y se giró dispuesta a dirigirse hacia la puerta del copiloto, pero una mano la retuvo sujetándola por el brazo.

—Fue especial.

—Fue un desastre.

—Tampoco tanto.

—Un ciego guiando a otro ciego.

—He practicado desde entonces...

Sergio se había acercado tanto que le hablaba casi al oído.

Sofía notó aquella sensación conocida pero que hacía tanto tiempo que no experimentaba. Mariposas en el estómago. Como una quinceañera.

Dejó que la envolviera en sus brazos y que la besara, mientras les inundaba el recuerdo de ellos dos, desnudos, sus cuerpos jóvenes, inexpertos, reconociéndose en el asiento trasero del coche del abuelo; los nervios, el deseo de convertir aquella primera experiencia en algo inolvidable, el miedo, la ansiedad, todo confabulado para que la experiencia no fuera ni mucho menos tan perfecta como se habían esperado.

—¿Qué haces? —preguntó Sofía, intentando esquivar su boca, tan dulce, tan suave, seductora.

—Pedirte, rogarte, otra oportunidad. —Lo decía en serio, mientras su cuerpo la envolvía provocándole sensaciones que casi anulaban su pensamiento consciente.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Nunca te he olvidado. ¿Me olvidaste tú?

—Las mujeres lo recordamos todo —bromeó ella, devolviéndole sus palabras.

—¿Nunca has fantaseado con esto? ¿Con que nos volveríamos a encontrar y estaríamos juntos de nuevo?

—¿De eso se trata? ¿De una fantasía? Ahora lo entiendo, quieres acostarte conmigo para resarcir tu ego maltratado y demostrarme, o mejor demostrarte, que eres un gran amante.

Sergio soltó a Sofía como si le quemase. Era imposible seguir tratando de abrazarla cuando ella se había vuelto rígida como una roca entre sus brazos.

—Sofía, no entiendes nada.

Abrió la puerta y se subió al coche, metiendo la llave en el contacto, sin dirigirle una palabra cuando ella se sentó a su lado.

¿Por qué las mujeres lo complicaban todo tanto?, se preguntó mientras arrancaba el viejo motor y salía del aparcamiento al sol radiante de aquella mañana de julio. Sólo eran las once de la mañana y tenía la impresión de haber estado corriendo de un lado para otro desde el amanecer. Bueno, en realidad no era una impresión. Y si al acoso de los mañosos rumanos y a aquella especie de película de Woody Allen en la que se había visto envuelto sin comerlo ni beberlo, encima tenía que sumarle los cambios de humor de Sofía, era como para salir por pies y no parar hasta Australia. Hasta los cocodrilos se le antojaban más cariñosos que su ceñuda co-piloto.

—Explícamelo.

—¿Qué tengo que explicarte?

—Lo que no entiendo.

Sergio resopló y pisó el acelerador para evitar que un se-máforo se le pusiera en rojo. No abrió la boca hasta que salieron de la ciudad y entraron en la autopista, en dirección Padrón.

—¿Cuál es el problema, Sofía? ¿Soy yo o te llevas mal con los tíos en general? ¿Por eso tienes un novio a miles de kiló-metros que ni te llama ni te escribe?

—Yo no me llevo mal con los tíos. Y Borja sí me llama, a veces, y me escribe correos electrónicos. —Sofía se mordió la lengua para no seguir mintiendo. Antes muerta que reconocer que su novio no la llamaba desde hacía dos meses y sus últimos correos sólo eran reenvíos masivos de chistes verdes—. Lo nuestro va en serio. Cuando se le termine el contrato volverá y pondrá un bufete en Santiago, y entonces nos... casaremos. —Otra mentira, en realidad sólo habían hablado de vivir juntos, Borja nunca le había propuesto matrimonio.

—Cuando yo me fui a Madrid me dijiste que no podías esperarme eternamente.

Fue un golpe bajo. Sofía se tensó en su asiento y retorció el cuello para mirar por la ventanilla de su derecha, mientras hacía un tremendo esfuerzo por tragar el nudo que le cerraba la garganta.

—Éramos unos crios.

—Nos queríamos.

El nudo no desaparecía, por el contrario, seguía creciendo y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para tragar saliva. Quería decirle a Sergio cuánto había sufrido entonces. Las noches que se había pasado llorando hasta que la cabeza le estallaba de dolor. Los locos planes en los que se fugaba de casa y se iba a Madrid a buscarle. El miedo que había sentido a que él la olvidara en cuanto llegase a la capital, segura como estaba de que allí encontraría miles de chicas mucho más bonitas, más listas y más lanzadas que ella.

—Tenía que protegerme —sólo logró susurrar, mientras salían de la autopista para cruzar Padrón y tomar la autovía hacia Ribeira.

—¿De mí?

—De tu ausencia.

Sergio apretaba tanto el volante que tenía los nudillos blancos. Había querido tener esa conversación con Sofía desde su regreso a Santiago, y ahora tenía miedo. Miedo de escuchar cosas que le hicieran aún más daño. Miedo de que ella dijera que ya no tenía ninguna oportunidad.

—¿Me olvidaste? —preguntó de nuevo, volviendo al co-mienzo de aquella conversación.

—Nunca —susurró Sofía, tan bajito que él no estuvo seguro de haber escuchado aquella palabra. Extendió la mano derecha y la puso sobre las de ella, acariciándola con suavidad, logrando que dejara de retorcerselas.

—Hace un precioso día para ir a la playa —añadió sin más. Necesitaba cambiar de tema para recuperar el aliento.

—¿Traes el bañador?

—¿No íbamos a aquella playa nudista, la que está cerca del Castro de Baroña?

—No, no, no. Vamos a Cabio, a casa de mi madre, ¿estás loco?

Sofía lo miró echando chispas por los ojos y entonces Sergio le guiñó un ojo, mientras tomaba la salida de la autovía que los llevaría a la playa.

—¿Ya te he dicho lo guapa que estás cuando te enfadas?

—Sí, ya, y yo ya te he dicho que no utilices conmigo frases de películas, y menos una tan repetida.

—Trataré de mejorar mi repertorio.

—¿Te acuerdas del camino a la casa?

—Sofía, yo nunca olvido nada.

—¿Nada?

—Nada importante.

De los beneficiosos efectos de un mojito en buena compañía

Playa de Cabio, Pobra de Caramiñal. 24/07/10. 13 horas.

Sergio aparcó el coche en el camino de entrada a la finca familiar de Sofía, demostrando que no había olvidado cuál era. Pero ella no hizo ningún comentario, en realidad estaba demasiado callada.

Nada más detenerse el coche había bajado el parasol para mirarse en el espejo. Intentó arreglarse la melena, revuelta después de tantas carreras y cambios de ropa, y al final sacó una pinza del bolso y se la recogió. Se dio brillo en los labios, se estiró las arrugas de su blusa azul, y volvió a mirarse con ojo crítico en el espejo.

—¿Vamos a la playa o a una boda? —bromeó Sergio.

—Recuerdas a mi madre, ¿verdad?

No podía hacer bromas sobre eso. La madre de Sofía era una mujer fría, estirada, con las cejas permanentemente arqueadas y la boca torcida como si acabara de chupar un limón. Las pocas veces que se atrevía a ir a su casa, con la excusa de estudiar, la encontraba impecablemente arreglada, como si estuviera saliendo para algún importante evento, y siempre lo miraba de arriba abajo dejándole bien claro que no le parecía la mejor de las compañías para su única hija.

—Entonces, será mejor que me quite la camiseta heavy.

Le guiñó un ojo a Sofía, tratando de animarla, mientras se deshacía de la horrorosa prenda. Por debajo llevaba una camiseta de Rei Zentolo con grandes letras que decían “Peito lobo”

—Sí, muchísimo mejor, estás como para una recepción de gala.

Sofía suspiró, decidida a encararse con el desastre. En los últimos meses casi no había visto a su madre, sólo cuando ella se acercaba a Santiago a hacer algunas compras, así que ahora tendría que lidiar con sus reproches, siempre muy moderados, eso sí. Se limitaría a lanzarle comentarios afilados como cuchillas de afeitar mientras le servía té helado en vasos de cristal de Bohemia. Su madre era la perfecta anfitriona, mujer elegante, contenida, hablaba francés a la perfección y tenía grandes conocimientos de bellas artes. En fin, era toda la familia que tenía, y encima vivía en una maravillosa casa a pocos metros de su playa favorita, el mejor recuerdo que tenía de su niñez. Así que Sofía se armó de valor y consiguió abrir la puerta del coche, casi con decisión.

Caminó por entre un seto perfectamente recortado, llenando sus pulmones del olor a verde de la hierba fresca, mezclada con el aroma de los camelios en flor. Adoraba aquel jardín en el que tanto había jugado de niña, ella sola, a pesar de lo mucho que rogaba siempre por una mascota para tener un compañero de travesuras. Su madre no soportaba a los animales domésticos, y su padre opinaba que sería un engorro fuera de los meses de verano, cuando volvían a re sidir en su enorme piso/mausoleo de Santiago, lleno de muebles antiguos y delicadas porcelanas. A aquella vivienda digna de una revista de decoración, Sofía nunca le llamó hogar. Pero la casa de la playa era algo muy diferente. Incluso cuando tenía que compartirla con sus padres.

—¡Sofía! No te esperaba tan temprano.

Sergio tuvo tiempo de pensar, mientras se acercaban al porche, que la madre de Sofía se

conservaba envidiablemente. De hecho, ambas mujeres se parecían más a cada año que pasaba, las dos de melena castaña, grandes ojos pardos y piel clara que se bronceaba con facilidad tomando un atractivo color dorado. Sentada en una tumbona, vestida con un bañador de cuerpo entero estampado en verde y marrón, con su pareo a juego, grandes gafas de sol y una revista de moda en las manos, apenas parecía tener la edad suficiente para tener una hija adulta.

Y sonreía.

Sonreía de verdad, con la boca bien abierta, mostrando sus blancos dientes.

—Hola, mamá. He traído compañía.

Se detuvo sin atreverse a subir las dos escaleras de madera del porche, como una adolescente que lleva por primera vez a un chico a casa. Su madre se puso en pie, dejó las gafas y la revista sobre una mesa, y les hizo señas para que se acercaran.

—Yo te conozco. —Se llevó una mano a la boca, divertida, como si adivinar la identidad de Sergio fuera un pasatiempo—. Tú eres el hijo de Amelia Bouza.

—Tiene usted muy buena memoria.

Vamos, no me hables de usted, tu madre y yo éramos compañeras de colegio, ¿no lo sabías?

Sergio asintió. Su madre le había contado muchas cosas sobre su antigua colega. La más pija, la más ñoña, la que se casó con el más aburrido y estirado —y rico— de la pandilla.

—Sergio y su familia se fueron de Santiago hace diez años, mamá —le recordó Sofía a su madre, mirándola con gesto desconfiado, mientras ella les ofrecía asiento en el porche.

—Lo sé, Sofía, no tengo tanta edad como para estar perdiendo la memoria.

—Desde luego que no la tiene. —Sergio, el inevitable don Juan, hizo uso de su mejor sonrisa, la que arrancaba suspiros a las chicas. Sofía no pudo evitar pensar que era un desperdicio. Con su madre desde luego no iba a funcionar—. Sé que es un tópico, pero parece usted la hermana mayor de Sofía y no su madre.

—Qué encanto. Pero ya te he dicho que me tutees. Tienes que llamarme Fifa, como hacen todos mis amigos.

Algo raro pasaba allí. Sofía empezaba a preocuparse por su madre. Pasaba demasiado tiempo sola en aquella casa, y eso parecía estar reblandeciéndole el carácter. Aunque pensándolo bien, era agradable encontrarse con aquella mujer sonriente, mejor que con la que sólo sabía criticarla y buscarle defectos.

—De acuerdo, Fifa, si insistes. —Sergio se arrellanó en su silla de bambú, mirando el cuidado jardín delantero de la casa—. ¿Sabes que siempre me ha gustado esta casa? Cuando era un chaval soñaba con que mis padres compraran un así. Y mira, en vez de a la playa, me llevaron para Madrid.

—¿Echabas todo esto de menos?

—Ni te lo imaginas. —Sergio lanzó una mirada juguetona a Sofía, que enrojeció, imaginando que su madre ya estaba pensando lo peor.

—Me acuerdo que siempre andabas alrededor de Sofía. —Fifa ignoró las protestas de su hija, acallándola con un gesto evasivo de las manos—. Nunca me quiso decir si erais novios o no. Sofía siempre ha sido muy reservada.

¿Muy reservada? No podía dar crédito a lo que oía. Su madre, la que nunca tenía tiempo para escuchar a su hija, ocupada en sus eventos sociales y en obras de caridad que tanto lustre dan al currículum de una señora bien. Y ahora salía con que era ella la reservada.

—Me costó mucho convencerla, ¿sabes? Tu hija es dura de pelar. —Sergio estaba tan contento, contando sus intimidades como si estuviera en un bar con unos amigotes—. Pero sí,

ahora te puedo decir que éramos novios, más vale tarde que nunca, ¿no?

—¿Y qué haces en Santiago? ¿Estás de vacaciones?

—En realidad he vuelto con la intención de quedarme. Llevo aquí seis meses ya. ¿Sofía no te lo ha dicho? Vivo en el mismo edificio que ella.

—No me ha dicho nada. —Fifa miró a su hija meneando la cabeza con condescendencia—. Ya ves de lo que hablo cuando te digo que es muy reservada. Pero, cuéntame, ¿a qué te dedicas? ¿Trabajas?

—Soy traductor.

—¿Traductor?

—Sí, de literatura principalmente, me encanta traducir no-velas.

—¿Y vives de eso?

—No me va mal. Tiene muchas ventajas, una de ellas es que trabajo en casa y no tengo horario fijo ni jefes incor-diando.

—¿Has visto la agencia de viajes de Sofía? —Sergio asintió, mientras Fifa sonreía a su hija. ¿Sabes que la montaron

ella y su amiga Carmela, las dos recién salidas de la Facultad, sin ayuda de nadie? Y les va muy bien.

—Y Anabel —acertó a decir Sofía, sin acabar de creerse que su madre la estuviera alabando de aquel modo—. Ella fue de mucha ayuda porque ya tenía experiencia.

—Es cierto, Anabel, una chica encantadora. ¿La conoces?

Sergio asintió, sin dar más explicaciones. La conversación quedó interrumpida cuando de la casa salió un hombre muy moreno y esbelto, tanto que parecía más alto de lo que era, vestido solo con un largo bañador floreado, y dos copas en la mano.

—¿Mojitos tan temprano? —rió Fifa, tomando la copa que le ofrecía.

—Hay que empezar bien el día.

—¿Eros?

Sofía sólo acertó a pronunciar el nombre del jardinero de su madre, mientras éste le ofrecía la otra copa, desplegando una sonrisa plagada de blanquísimos dientes.

—Hola, Sofía, estás guapísima, mi amor. ¿Este es tu novio?

—De momento sólo un amigo y vecino. —Sergio extendió su mano que el jardinero estrechó con firmeza—. ¿Te llamas Eros? ¿Como Ramazotti?

—Pero yo no soy italiano, amigo, soy cubano.

—No hace falta que lo jures.

—¿Lo dices por el acento o por mi piel tostada? —Eros guiñó un ojo a Sofía y volvió hacia el interior de la casa, ase-gurando que prepararía dos mojitos más en un momentito.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Sofía a su madre, que mojaba los labios en su copa.

—Mojito, querida, ya sabes, ron, limón, hierbabuena...

—Quiero decir... ¿Desde cuándo el jardinero te prepara copas y anda paseándose por la casa en bañador?

—Es que hace mucho calor.

—Mamá...

—Mira, Sergio. —Fifa se reclinó en su silla girando el ros-tro hacia Sergio con gesto conspirador—. Cuando levanta así la ceja derecha, se parece tanto a su difunto padre...

—¡Mamá!

—Sí, hija.

—¿Me vas a explicar...?

—No, Sofía, si te pones así no te voy a explicar nada. Soy una persona adulta y tu madre

para más señas. No tengo por qué darte explicaciones.

—Pero...

Fifa miró a su hija con condescendencia, movió su vaso haciendo tintinear los hielos contra el cristal, y suspiró im-paciente.

—Ya sabes que Maruja se fue, de repente, sin previo aviso. Su hija dio a luz gemelos y se vio desbordada, así que recurrió a mamá, claro, como hacen todas las niñas en estos apuros.

La mirada que le dedicó a Sofía fue mucho más que una indirecta. Lo que no le quedó claro a Sergio fue si la estaba animando a hacerla abuela, o amenazándola para que ni se le ocurriese.

—Pues haber contratado a otra chica, seguro que en el pueblo hay más de una que le vendría bien el trabajo.

—Ya estoy cansada de meter a extraños en la casa, y cuando empiezas a acostumbrarte y ya sabe cómo quieres las cosas, que no te desordene tus papeles, y que cocine sano y con poca sal, se va, y vuelta a empezar.

Pero mamá, si Maruja llevaba contigo diez años.

Fifa se encogió de hombros y dio un sorbo a su copa.

Eros es un ama de casa perfecta.

—Es jardinero.

—Cocina bien, me tiene la casa como los chorros del oro, y además me prepara copas exóticas.

Sofía puso los ojos en blanco y miró a Sergio, que intentaba escabullirse de la discusión. A él le daba igual si el jar-dinero se limitaba a preparar mojitos, o si además le calentaba la cama a Fifa. Estaba viuda y libre desde hacía años, tenía todo el derecho del mundo a divertirse y a desmelenarse si le apetecía.

—¿Y lo próximo que será? ¿Le nombrarás administrador de tus bienes?

—¡Sofía! No seas grosera. Pensaba que Eros te caía bien.

—Y me caía bien... Cuando sólo era el jardinero.

—Pues si te sientes mejor, haz como si aún lo fuera.

—Es todo muy raro.

Fifa dejó la copa sobre la mesa, y extendió una mano, para tomar la de su hija. Sofía se echó atrás sorprendida, huyendo del contacto de su madre. Sergio ya había tomado nota de que las mujeres no se besaran al saludarse. No hubo abrazos ni gestos cariñosos. Nada. Su relación siempre había sido muy fría, tensa. Recordó a Sofía de adolescente, tan necesitada de cariño que buscaba cualquier excusa para acurrucarse en su pecho, tratando de compensar con sus abrazos todos los que no le daban sus padres.

—Quédate aquí —propuso Fifa, retirando la mano como si no hubiera pasado nada—. Quedaos los dos, pasad el fin de semana con nosotros.

—Yo...

—Sofía, olvídate de los prejuicios y observa con atención lo que te rodea. Y después de eso, si quieres, hablamos con calma.

Sofía cruzó los brazos y apretó la boca, enfurruñada, tan desconcertada por lo que estaba suponiendo como por la propuesta de su madre. Quedarse y mirar, mientras ella ton-teaba con el jardinero... Ni hablar.

—Voy a cambiarme. —Se levantó y entró en la casa, a punto de tropezarse con Eros que ya venía por el pasillo con dos copas más. Respondió a la sonrisa del cubano frunciendo el ceño y corrió escaleras arriba hacia su habitación, esperando que el biquini del año pasado aún le sirviera. Necesitaba ir a la playa, darse un baño y respirar hondo el aire del mar, a ver si así

lograba calmarse y pensar con tranquilidad en lo que allí estaba ocurriendo.

* * *

En el porche, Sergio aceptó la copa que le ofrecía el cubano y se sentó al lado de Fifa, tratando de alejar de su mente ca-lenturienta la imagen de Sofía, desnudándose en su habitación. Quizá debería ofrecerse para atarle los lazos del biquini, o desatarlos, o lo que fuera...

—¿Y qué tal está tu madre?

Fifa le hizo volver de su ensueño, y se dio cuenta de que le miraba con mucha atención por encima de sus gafas de sol. Eros había desaparecido con su bandeja.

—Cuidando de los nietos ella también.

—¿Tienes hijos?

—No, no, claro que no. —Sergio estuvo a punto de volcar el vaso en su apuro—. Son de mi hermana mayor, no sé si la recuerdas, María. —Fifa asintió pensativa—. Tiene un niño de tres años, mi ahijado, se llama Sergio como yo. Y una pequeña que acaba de cumplir un año, y se llama Amelia como mi madre.

—¿Y tu padre? ¿También se dedica a los nietos?

Miró su vaso, jugueteando con el contenido, antes de darle un largo trago.

—Mi padre está siempre muy ocupado. Viajes, congresos, esas cosas. La política le absorbe casi las veinticuatro horas del día.

—Parece que eso te disgusta.

—Para él siempre ha sido primero su trabajo y después su familia. En realidad estoy acostumbrado.

Forzó una sonrisa y se terminó la copa, rogando porque Eros volviera a tiempo de interrumpir aquella conversación.

—Espero que no pienses que soy una cotilla. He perdido contacto con casi todas mis amistades de los tiempos del co-legio, y la verdad es que cuando te vas haciendo mayor, recuerdas aquellos años y echas de menos a la gente que entonces era tan importante en tu vida y con la que tanto compartías.

—Sí, lo sé.

—Por eso has vuelto a Santiago.

—Por eso he vuelto.

—Entonces, ¿Sofía y tú?

—Y hasta aquí llegó el interrogatorio de hoy.

Sofía apareció en la puerta, haciendo callar a su madre con demasiada contundencia, en opinión de Sergio. Tendría que hablar con ella. Fifa acababa de confesarle que empezaba a sentirse mayor, y estaba sola, sin más compañía que un em-pleado que en cualquier momento podría abandonarla por un trabajo mejor. Y Sofía también ya tenía una edad para olvidar sus rencores infantiles, reconciliarse con su madre y disfrutar juntas del tiempo que les quedaba por delante. Esperaba poder decirle todo aquello sin que sonase como el consultorio psicológico de alguna revista femenina.

—¿Preparada para ir a la playa?

La respuesta era evidente. Se había puesto unos vaqueros muy cortos y una camiseta de tirantes rosa y blanca, que le hicieron pensar en un helado de fresa y nata. Con gusto se la comería enterita a lametazos.

—Tengo toallas y crema —anunció, enseñándole ambas cosas.

—Entonces no perdamos el tiempo, me apetece un buen baño en agua congelada.

—No está tan fría, quejica...

Mientras se alejaban discutiendo si el agua estaba o no helada, Fifa no dejaba de mirarles. Eros salió de la casa con su bandeja, para recoger los vasos vacíos.

—¿Qué te parece?

—¿A mí? Monísimo.

—Sí, vale, ya sé que el chico es muy guapo, y simpático además. Pero es traductor, Eros, trabaja por su cuenta, no me parece que pueda mantener una familia con un oficio así.

—No seas tan antigua. Bien sabes que Sofía se mantiene de maravilla por sí sola, y no dejará su agencia aunque se case y tenga hijos.

Fifa asintió con la cabeza. No, por supuesto que su terca hija no dejaría su trabajo para dedicarse a ser ama de casa en exclusiva. Quizá ella también terminaría cuidando nietos, como Amelia Bouza y su antigua empleada. Pero bien pensado, tampoco le parecía una idea tan horrible. Tenía una casa estupenda, con un bonito jardín y cerca de la playa. Los niños adorarían ir a la casa de la abuela.

—¿Te imaginas, Eros?

—Me lo imagino perfectamente, a mí también me encantan los niños. Me encantaría ser el tío Eros, les enseñaría a nadar, a coger berberechos y a pescar.

—Me temo que aún nos quedan años para ver nuestros sueños hechos realidad.

Pues habrá que animar a la parejita. Moviendo la bandeja cargada con soltura, volvió sus pasos hacia el interior de la casa—. Estoy preparando una paella fabulosa.

—Cuando prueben tu comida, se querrán quedar todo el fin de semana.

—Eso espero.

No hace falta que te diga que me muero por tener algo contigo...

Playa de Cabio, Pobra de Caramiñal. 24/07/10. 14 horas.

Caminaban por el margen derecho de la estrecha carretera. Donde se acababan las casas comenzaba un pinar que inundaba el aire de sus aromas fragantes a verde y a resina, engañando sus sentidos. Nadie adivinaría que a la vuelta de aquella curva estaba ya el mar, la playa reluciente en forma de media luna, el agua de un azul intenso acariciando la arena blanca. Sofía miró a su alrededor como intentando retenerlo todo a la vez, ignorando la aglomeración de gente y coches, las radios a demasiado volumen y los chavales que entraban en el mar a carreras, salpicando a los incautos a su alrededor con el agua fresca de la Ría de Arosa.

—No ha cambiado mucho —dijo Sergio, contento de no encontrarse una tremenda urbanización comiéndose los pinares que enmarcaban la playa, o peor, un hotel de veinte pisos de altura extendiendo su sombra sobre el arenal.

—Quiero darme un baño antes de comer. Sofía dejó caer su toalla sobre la arena y al momento se deshizo de su camiseta y de los pantalones cortos que se había puesto por encima del biquini.

—Espera —dijo Sergio, deteniéndola por una muñeca. Sofía se detuvo, conteniendo la impaciencia, mientras él se sentaba en la arena, con una sonrisa perezosa.

—¿Qué haces? —preguntó al ver que no se movía.

—Mirarte.

—¿Qué?

—Sofía, con ese biquini estás para comerte.

—¡No seas bobo!

Sofía se escabulló y echó a andar sobre la arena, consciente de la mirada de Sergio clavada en su espalda, o más abajo, probablemente. Pensó que no debía haberse puesto aquel biquini precisamente, el que le quedaba más pequeño, pero siempre había tenido predilección por el rojo y sí, sabía que le sentaba bien. No pudo evitar una sonrisita de satisfacción al pensar en el piropo de Sergio.

El agua estaba fría, muy fría. Sofía observó como sus dedos se volvían blancos al quedar los pies cubiertos por una ola. Es sólo la primera impresión, trató de convencerse, entraré poquito a poco para acostumbrarme.

—¡Vamos, cobarde, que está muy buena!

Sergio pasó a su lado, corriendo y salpicándola de agua de arriba abajo. Helada y furiosa, Sofía corrió tras él y se zambulló, ignorando los escalofríos, nadando con rápidas y perfectas brazadas.

—Has mejorado mucho tu estilo, pero aún eres más lenta que yo —se burló Sergio, deteniéndose para dejar que lo alcanzara.

—No eres más rápido, es sólo que tienes los brazos más largos.

—No lo sabes tú bien.

Con una sonrisa se sumergió, buceando por debajo de Sofía, y atrapándola por la cintura. Durante un rato, jugaron entre suaves olas, como niños pequeños, tirándose agua y tratando de hundirse el uno al otro, hasta que Sofía pidió una tregua, agotada.

—No puedo más.

—¿Tengo que remolcarte?

Sergio la envolvió con sus brazos, como si fuera un so-corrista, pero Sofía se retorció y quedaron frente a frente, abrazados. Sólo había agua entre sus cuerpos semidesnudos, y cada vez estaba menos fría.

—Dijiste que no tenías bañador.

Sonrió tentadora, mientras su mano derecha se apoyaba en la cadera de Sergio. Sobre la goma negra que se ajustaba a sus estrechas caderas, asomaba parte del tatuaje que la tenía intrigada. Sabía que era algún carácter griego, pero no lograba recordar cuál.

—Bañador, boxer... ¿Hay mucha diferencia?

Acalló la carcajada de Sofía con un beso que a punto estuvo de hacer entrar en ebullición el agua a su alrededor. Nadaron juntos hasta una zona en la que no hacían pie, sus cuerpos entrelazados, las manos de Sergio en la cintura de Sofía, y bajando; las de ella, inquietas, una en su cadera, otra en su hombro, bajando por su bíceps, volviendo a subir para luego deslizarse por su pecho, y sus bocas devorándose, sus lenguas saboreando la sal en los labios del otro, con el deseo a punto de arrollarlos por fin, en el sitio menos idóneo del mundo.

Una enorme pelota hinchable chocó contra la espalda de Sergio, recordándoles donde estaban y la cantidad de gente que había a su alrededor. Sofía miró por encima de su hombro, hacia un grupito de adolescentes que se reían y alborotaban, mientras decidían quién iba a buscar la pelota.

—¿Volvemos a las toallas? —preguntó a Sergio, avergonzada de repente, sin atreverse a mirarlo.

—Vuelve tú, si quieres. Yo esperaré a que el agua fría vuelva a hacer su efecto.

Sólo en ese momento Sofía se dio cuenta de que sus piernas seguían enlazadas, sus caderas en contacto, y comprendió por qué Sergio no quería salir del agua aún.

—Yo... Eh... Tomaré un poco el sol.

—Vale.

Sofía se alejó con suaves brazadas, preguntándose qué significaba aquella extraña satisfacción que le henchía el pecho hasta el punto de hacerla sonreír como una tonta. Bien, Sergio la deseaba, pero eso no era nada nuevo. Había estado tonteando con ella desde su regreso a Santiago. Con ella y con cualquier otra que se le cruzaba por la calle. Sólo era eso, debía recordarlo. Si quería una noche loca, no tenía ni que pedirla, él estaba más que dispuesto. El problema era que a Sofía no le iban esa clase de rollos, decidió mientras extendía su toalla y se tumbaba sobre ella, boca arriba. Era una tonta, una anticuada y una aburrida, lo sabía, pero para liarse con un tío tenía que pensar que era una relación de futuro, y no un calentón de un momento.

Además, Sergio era su amigo, le quería de verdad, y no sabía cómo cambiarían las cosas entre ellos si se acostaban, pero mucho se temía que nunca volvieran a ser iguales. Aun que una vez ya lo hicisteis, le recordó una vocecita insidiosa en su cabeza. Sí, una vez, un siglo atrás, cuando eran sólo unos crios enamorados. La primera vez para ambos, toda una experiencia. Y no, no fue increíble; ni fuegos artificiales ni explosiones de placer. Pero aún recordaba el olor de su

piel desnuda y cálida, la sensación de su boca recorriéndola de arriba abajo, sus juramentos de amor eterno, sus ojos empañados por el deseo, el temblor de su cuerpo, su preocupación por ella, su sonrisa, su complicidad... Hubo algún otro después, no había estado encerrada en un convento todos aquellos años. Y por cierto, con resultados bastante más satisfactorios a nivel físico. Pero nunca, con nadie, se había sentido tan cerca de la perfección como con

Sergio. Sabía que eso era lo que había estado buscando y que tanta frustración le causaba. El peso que quedaba tras la pasión.

Amor y amistad. Cariño, confianza, ternura. No había vuelto a encontrarlos.

—¿Estoy yo en tu sueño?

Parpadeó, despertando de su ensoñación. Sergio se había sentado a su lado, y la miraba con una sonrisa, mientras gruesas gotas le caían de su largo pelo alborotado, y le corrían por el cuello y el pecho morenos. Tuvo que hacer un esfuerzo para no extender las manos y enjuagárselas, mordiendo el labio inferior para no ofrecerle de nuevo su boca.

—¿Ya te has refrescado? —bromeó con malicia.

—Si sigues mirándome así tendré que volver a bañarme.

Sofía rio y cerró de nuevo los ojos, para no verle, para no sentirse tentada más allá de todo sentido común por su cuerpo de atleta, por su jugosa boca que besaba de una manera tan dulce como pecaminosa.

—Mamá nos espera para comer —dijo, por cambiar de tema.

—Oye, ¿ella y el cubano...?

—Ni lo menciones.

—Tampoco te lo tomes así. Al fin, es viuda desde hace tiempo y está sola...

—Me tiene a mí.

—Que sólo la visitas cuando te apetece venir a la playa.

—¿Crees que soy una mala hija? —Sofía se incorporó en la toalla, con el ceño fruncido—. ¿Has olvidado cómo era mi madre? Ahora se queja de que soy reservada, pero era ella la que cuando intentaba contarle cualquier cosa que me pasaba en el colegio o con mis amigas, siempre estaba muy ocupada, o me decía llanamente que no le interesaban mis “niñerías”.

Sergio se dejó caer sobre la toalla, apoyándose en un codo para mirarla, pensativo. Sofía pensaba demasiado en el pasado, comprendió, unos padres poco afectuosos la habían marcado, y con un novio que llevaba meses al otro lado del océano, no tenía a nadie que la reconfortara. Su necesidad de afecto era evidente, y él estaba más que dispuesto a ofrecerle el suyo.

—La gente cambia, Sofía.

—¿De un día para otro? Vaya, de haberlo sabido, yo misma le hubiera buscado un chulo cubano hace tiempo, me hubiera ahorrado muchos disgustos.

Estaba enfadada de verdad, esa no era su forma de hablar habitual. Le cogió una mano y acarició sus dedos, transmitiéndole calma.

—No te lo tomes así. ¿Por qué no intentas ver el lado positivo? Si gracias al jardinero tu madre se vuelve una persona más alegre y cariñosa, aprovecha y disfrútalo mientras dure. Recuerda que no va a vivir siempre.

—Mi madre es muy joven y tiene una salud de hierro.

—También era joven tu padre, ¿no?

Sofía miró al mar, pensativa, reconociendo la verdad de lo que Sergio le estaba diciendo. No podía comportarse como una niña encaprichada toda su vida. Ciertamente que su madre no había sido la más cariñosa en el pasado, y cierto también que de niña había sufrido por ello, pero todo aquello quedaba muy atrás. Ahora tenía una segunda oportunidad. Si su madre en verdad estaba cambiando, si empezaba a disfrutar de la vida y de algún modo quería recuperar el tiempo perdido con su única hija, ella debía allanarle el camino y mostrarle que siempre la había querido a pesar de todo y que aún estaban a tiempo de disfrutar de los años que les quedaban por delante.

—Tienes razón.

—Repite eso.

—¿Por qué?

—Creo que nunca te había oído decirlo.

—Tonto.

—Preciosa.

—No empieces con eso.

—¿Por qué?

—Porque me dan ganas de besarte y... —Sofía bajó su mirada traviesa por el pecho de Sergio, hasta sus boxer negros—. No creo que tus Calvin Klein resistan otro asalto.

—Juegas con fuego, Sofía.

—Anda, vámonos a comer.

* * *

—Mira qué bien se lo pasan los niños.

Mientras aclaraba la lechuga bajo el grifo del fregadero, I iros hizo un gesto con el mentón hacia la ventana entreabierta, desde la que podía ver a Sofía y Sergio duchándose en el jardín, con la manguera del garaje.

—Hacia años que no veía a mi hija tan...

—¿Desinhibida?

—No sé si esa es la palabra.

—¿Coqueta?

—Ésa se acerca más.

—No me extraña. Si a mí me mirara así un tío tan macizo como Sergio, ay, mi amor...

—No sueñes, Eros. —Fifa dio un sorbo a su tercer mojito de la mañana. Aquella bebida era uno de sus grandes descubrimientos de los últimos meses. Le ayudaba a... ¿Cómo había dicho Eros? Sí, a desinhibirse—. ¿Crees que él siente lo mismo? Porque no será de los tuyos...

—Ay, los míos, Fifa, lo dices como si fuéramos una secta o algo así.

—Eros, sabes cuánto te aprecio, pero me llevaría un disgusto si mi hija se estuviera haciendo ilusiones con el hombre equivocado.

—Querida, no tienes de qué preocuparte. Sergio no tiene ni un átomo de gay en todo ese cuerpo monumental suyo.

—Me fío de tu palabra. Y no sabes qué aliviada me quedo. ¿Sabes que ya eran novios hace diez años?

—¿Y dónde ha estado ese pedazo de hombre todo este tiempo? No tiene punto de comparación con el estirado de cuello de pollo.

Fifa soltó una carcajada al recordar al novio de su hija, el que llevaba meses desaparecido en el Caribe, y que a Eros nunca le había gustado nada de nada. Bueno, y a ella tampoco. Ciertamente Borja era abogado y se ganaba bien la vida, y que tal y como llevaba su carrera, podría darle a Sofía el tipo de vida a la que estaba acostumbrada desde niña. Pero a estas alturas de la vida, Fifa reconocía que no todo era dinero, buen apellido y posición social. Y también que nunca había visto a su hija tan feliz cuando estaba con aquel novio.

—Sergio ha vivido en Madrid estos últimos años. Y ahora ha regresado, hace unos meses, y vive en la misma casa de Sofía.

—Ay, Fifa, estos dos acaban liados, que te lo digo yo, es como ese bolero que tanto te gusta.

—¿Qué bolero?

Eros abrió un cajón, repleto de discos compactos, y cogió uno que metió en el pequeño reproductor que tenía sobre la encimera de la cocina. Luego acercó el aparato un poco más a la ventana entreabierta, para que la música sonara en el jardín.

No hace falta que te diga que me muero por tener algo contigo.

—¡Qué razón tienes!

—¡A mandar! —El jardinero-barman-cocinero dejó la lechuga escurriéndose y se dio la vuelta para echar un vistazo a la paella que borboteaba sobre el fuego. Afuera se escuchaban las carcajadas de Sofía y las amenazas de Sergio asegurando que le pagaría por aquella ducha fría. Eros sonrió al pensar que los dos la necesitaban. Mucho.

* * *

Y es que no te has dado cuenta de lo mucho que me cuesta ser tu amigo.

Sergio cerró la manguera y al momento la música llegó a sus oídos. Aceptó la toalla que Sofía le ofrecía, sonriéndole al pensar cuánta razón tenía aquella letra.

Ya no puedo acercarme a tu boca sin deseártela de una manera loca.

Sofía se secó un poco la melena, estrujándola con la toalla para que dejara de gotear, y al momento se envolvió con la tela, casi tiritando. Al ver que Sergio la miraba le ofreció una sonrisa juguetona. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para resistirse a aquella tremenda tentación. Sabía que Fifa y Eros les veían desde la cocina. Ese pensamiento era el único que le detenía para no lanzarse sobre Sofía como un animal en celo.

Ya no puedo continuar espiando, tus llegadas día y noche adivinando.

La vio fruncir el ceño. Quizá aquella frase poco afortunada le recordaba las veces que él subía alguna chica a su piso. Qué torpe había sido. Si en vez de buscar compañía para no pensar en ella, hubiera concentrado sus esfuerzos en conquistarla desde el primer día, quizá a estas alturas ya lo hubiera conseguido.

Ya no sé con qué inocente excusa pasar por tu casa.

Dejó caer la toalla y se acercó a ella, dispuesto a borrarle aquel gesto de contrariedad de la cara, a besos si era preciso.

—¿Te acuerdas de las clases de baile de Luisito?

Ella asintió, sonriendo al recordar a su profesor de gimnasia del Instituto, un tío tan cachas como amanerado, que se empeñó un trimestre en enseñarles bailes de salón.

—Me encantaban.

—No se nos daba nada mal.

Sergio la envolvió por la cintura y Sofía se deshizo de su toalla, dejándose llevar en un paso lento sobre el césped. Sus bañadores aún estaban mojados, pero la piel fría tras la ducha al momento comenzó a recuperar la temperatura, especialmente en las partes que entraban en contacto con el sensual movimiento del bolero.

Ya me quedan muy pocos caminos, y aunque pueda parecerte un desatino...

Sofía contó en voz alta, recordando poco a poco la coreografía, “dos, tres cuatro, un, dos tres, cuatro, un”. Sí, no se les daba nada mal. Ella movía la cadera llevando el ritmo, y él la acompañaba, casi sin tocarla, enlazándola como en suaves caricias, haciéndola girar con las manos sobre su cabeza, para luego volver a sus brazos, más y más cálidos por momentos.

No quisiera yo morirte sin tener algo contigo.

Sonaron los últimos acordes, y Sergio se quedó pensando que él podía haber escrito aquella canción. No importaba cuántas distracciones buscara, desde su regreso a Santiago, ya no existía para él otra más que Sofía. Ella era el primer amor que no se olvida. Y también era un amor nuevo, una desconocida que se cruzaba en su camino dando un vuelco a su vida. Un

flechazo, un fuego ardiente y constante que le quemaba el cuerpo y la mente. Y ya no podía resistirse más a todas aquellas emociones intensas que le provocaba, solo con verla, con oler su perfume, con escuchar su risa o contemplar aquellas curvas espléndidas apenas tapadas por el biquini.

—La canción ha terminado.

Le habló al oído, elevándose sobre las puntas de los pies para hacerlo, y aprovechando para dejarle un suave beso en el mentón.

—Espera a ver si suena otra.

—Tengo que cambiarme.

—¿Tienes frío?

Sofía negó con la cabeza. Así pegados como estaban, piel con piel, parados en el medio del jardín bajo el sol del mediodía, era imposible tener frío. Pero su bañador estaba empapado y supuso que estaría incómoda. La soltó mascullando una protesta y la dejó ir, respirando hondo para intentar disminuir su excitación. Algo difícil de conseguir, si no le quitaba ojo al estupendo culo de Sofía, poco cubierto por aquella minúscula tela roja. Por fin, ella desapareció dentro de la casa, y él se sentó en las escaleras del porche, con los ojos cerrados, a esperar que se le pasase aquel dolor.

* * *

Un buen rato después, logró vestirse y aparecer presentable cuando Fifa le llamó para que entrase al comedor.

—¿También eres cocinero? —preguntó Sergio cuando vio a Eros salir de la cocina con la paellera humeante en las manos.

—Aunque no te lo creas, hago la mejor paella del mundo. Aprendí de profesionales valencianos.

—Esa historia me la cuentas mientras comemos.

—Yo... Eh...

Por una vez, el cubano parecía haberse quedado sin palabras. Sofía miró la mesa preocupada, ya se había dado cuenta de que sólo había tres servicios, y por supuesto pensó lo peor de su madre, a la que miró una vez más con la ceja levantada.

—Antes de que me juzgues y me acuses, querida, que sepas que es ese cabezota de Eros el que no quiere comer con nosotros.

—¿No coméis juntos cuando no estamos?

—Por supuesto, desde que se fue la cocinera y él se quedó con el puesto.

—¿Entonces? —Sofía dedicó su ceja enarcada al cubano, que retorció el paño de cocina que llevaba en las manos, avergonzado.

—Bueno, esto es una reunión familiar, yo no quería...

—Yo no soy de la familia —protestó Sergio.

—Aún —puntualizó Fifa, con una sonrisa producto de los tres mojitos mañaneros.

Sofía volvió la vista a su madre, amenazadora, y de nuevo a Eros.

—No se hable más, ahora mismo traigo un plato y te sientas con nosotros.

—Pero Sofía, niña, escucha...

Desaparecieron los dos camino de la cocina, donde se escuchó ruido de loza y cubertería, mientras Sergio y Fifa comenzaban a servirse la ensalada entre sonrisas cómplices.

—Eros y tú... Bueno, no sé, hay algo en él que no me cuadra.

—Que tiene más pluma que las gallinas del vecino.

—No me atrevía a decirlo.

—Pues no te cortes, hijo. Verás, Eros era mi jardinero y chófer, ahora también cocinero, además es un amigo, compañero, y... una especie de ¿gurú? ¿Chamán? Como quieras llamarle. El caso es que me alegra la vida y me enseña a disfrutarla al máximo. Pero en cuanto al sexo... Bueno, digamos que tenemos los mismos gustos en hombres. —Fifa sonrió, maliciosa.

—Ha sido una fortuna que le hayas encontrado, entonces.

—No lo sabes bien.

Sofía regresaba ya, con un plato, un vaso, y cubiertos en la mano, seguida por un avergonzado Eros que no tuvo más remedio que sentarse a la mesa y permitir que ella le colocase el servicio delante.

—Y ahora a disfrutar de la paella. —Sergio se puso en pie y comenzó a servir el aromático arroz, mientras insistía en preguntarle al cubano cómo había aprendido a cocinar un plato tan español.

—Mi abueño era gallego, ¿sabes? De Lugo. Siempre nos hablaba de su tierra, de la morriña y esas cosas. Tenía ganas de volver, el pobre, pero se murió sin poder hacerlo.

—¿Y entonces tú viniste para cumplir su sueño? ¿Y en Lugo aprendiste a hacer paellas?

—No, no. A ver, es que cuando mi abuelo hablaba de la tierra, siempre nos decía que aquí hacía mucho frío y que nos moriríamos como pajaritos en cuanto cayese la primera nevada del invierno. Así que cuando me vine a España, me aseguré que fuera a un sitio más cálido.

—A Valencia.

—Alicante, en realidad. Allí me ocupé de camarero, en un restaurante de paellas y... el resto es historia.

—Pero al final la morriña del abuelo lo venció —añadió Fifa, con el gesto de quien ha escuchado mil veces la misma historia—. Y así tuve yo la suerte de que viniera a parar a la costa gallega. A Lugo sigue sin atreverse a ir, más que en pleno verano.

Todos rieron mientras apuraban las últimas cucharadas de paella. Sergio estaba deseando decirle a Sofía que aquello no era lo que parecía, pero no era el lugar ni el momento, y ella por su parte parecía haber aceptado lo que por la mañana le resultaba insufrible. Por increíble que fuera, ahora veía con buenos ojos que su madre se hubiera echado aquel supuesto amante que, además de ser mucho más joven que ella, era su empleado.

Sergio aún recordaba a la doncella de delantal, cofia y guantes que tenían en casa de Sofía cuando ellos eran adolescentes, y a la que la señora de la casa trataba de riguroso usted. No sabía qué le había dado el cubano, aparte de mojitos y buen rollo como filosofía de vida, pero era algo que debía de venderse en los supermercados para toda la gente amargada y estirada del planeta.

Después de la comida se sentaron en el porche, a tomar el sol y dormir. Tras la agitada novecita y mañana que habían tenido, Sofía y Sergio aprovecharon para relajarse y descansar, algo de lo que los dos estaban muy necesitados. Aún así, había algo en el ambiente, una pulsión que les atraía y les hacía entreabrir los ojos perezosamente, de tanto en tanto, para comprobar que el otro estaba allí al lado y sonreírle.

En el momento en que el sueño de Sofía se hizo más profundo, tuvo una nueva pesadilla. Esta vez no era Borja pidiéndole matrimonio con un enorme diamante en la mano. Era Anabel gritando socorro mientras dos sombras enormes la perseguían. Sofía sabía que eran los rumanos que había conocido la noche anterior. Estaba segura de que eran compinches de los contrabandistas de diamantes, y habían descubierto que Anabel y ella eran amigas. Y ahora la tenían secuestrada, a ella y a los gatos, y la amenazaban con enormes cuchillos para que confesase dónde estaban Sofía y Sergio.

—Tenemos que volver a Santiago. —Sofía se levantó de repente, con los ojos abiertos de par en par, como si hubiera visto a un fantasma.

—¿Qué te ocurre? —Sergio parpadeó y se pasó una mano por la boca, que notaba pastosa y seca.

—Anabel está en peligro.

—¿Anabel? ¿De qué estás hablando?

—Los rumanos que conoció anoche. No puede ser una casualidad. Tienen que ser compinches de los otros, de los contrabandistas.

—Sofía, te estás poniendo paranoica. Sabes que en estas fechas en Santiago hay miles de peregrinos y visitantes de todo el mundo. Por supuesto que es una casualidad.

—Tengo que asegurarme. No estaré tranquila hasta saber que Anabel está bien y que no ha vuelto a ver a esos rumanos.

—¿Pero no entiendes que nosotros somos los que nos ponemos en peligro regresando a Santiago?

—¿Qué ocurre? ¿Qué estáis cuchicheando?

Sofía miró a su madre, a la que habían despertado de su siesta, y trató de componer una sonrisa de niña buena.

—Es que he perdido un pendiente, mira, de los de la abuela.

—¿Se te habrá caído en la playa?

—No, estoy segura de que se me cayó en el portal de casa cuando salíamos —improvisó sobre la marcha, tratando de imprimir veracidad a sus palabras—. Sé que oí un ruidito metálico, pero la luz se había apagado y no me paré a ver qué era. Estoy preocupadísima de que entre alguien y lo encuentre. Le estaba diciendo a Sergio que tenemos que volver a Santiago inmediatamente.

—Pero si acabáis de llegar. Y yo esperaba que os quedarais a dormir.

—Otro día, mamá, de verdad, pero hoy no va a poder ser.

En pocos minutos y a pesar de las protestas de Fifa y de Eros, que había aparecido con una cafetera y una cubitera para que se tomaran café helado, Sofía y Sergio se despidieron y montaron en el enorme Mercedes de vuelta a la ciudad.

—Estás loca. Como los rumanos nos encuentren de nuevo, no podremos escapar.

—Es culpa mía haber metido en esto a Anabel. ¿Y si nos siguieron cuándo le llevamos el gato? Estoy preocupadísima.

—Pues llámala y así sales de dudas.

—¿Y qué le digo? ¿Qué sus ligues rumanos a lo mejor son unos mafiosos que nos andan buscando para cortarnos la cabeza?

—Qué exagerada.

—Sí, sí, exagerada yo. A lo mejor tú crees que cuando nos encuentren nos van a proponer una partida de cartas.

—Sofía...

—¡¿Qué?!

—Nada.

Durante un rato estuvieron en silencio, mirando la monótona autovía deslizarse a través de los cristales. Sofía cerró los ojos y respiró hondo. Le había gritado a Sergio sin motivo, olvidándose del buen rato pasado en la playa y volviendo a ser la misma tía aburrida, estresada y agresiva que solía ser durante la semana laboral, cuando el apuro la agobiaba; una persona odiosa que le recordaba los peores momentos de sus padres, aquellos que le habían amargado su infancia.

—Lo siento.

—No pasa nada.

—No tenía que haberte gritado. No sé cómo nos hemos visto envueltos en este lío, pero estoy muy preocupada. Por Anabel, por Vicente, por ti... —Sofía extendió una mano y la apoyó sobre el antebrazo de Sergio, que la miró con una sonrisa tranquilizadora.

—No va a pasar nada.

—Quisiera tener tu confianza.

Sergio separó la mano derecha del volante y estrechó la de Sofía, llevándosela a los labios. Afuera la carretera continuaba deslizándose, pero ya no era tan aburrida, el asfalto relucía, el cielo era de un intenso azul, y los árboles se inclinaban a su paso al compás de la brisa, como un ejército verde que les iba diciendo adiós, adiós, con sus largos y elegantes brazos.

Los vecinos nunca son simpáticos, y la Policía menos

Santiago de Compostela. 24/07/10. 20 horas.

—No está —declaró Sofía, a pesar de que ya resultaba más que obvio, tras tres minutos tocando el timbre del portero automático del portal de Anabel.

—Sofía, es sábado por la tarde, se habrá ido de compras, o a la playa, o...

—O ha quedado con los rumanos contrabandistas.

—No seas paranoica. Llámala de una vez y sales de dudas.

Con mano temblorosa, Sofía sacó su móvil del bolso después de rebuscar en el fondo hasta exasperar a Sergio, y marcó el número de Anabel.

—¿No contesta?

—Apagado o fuera de cobertura. Ay, Dios.

Dejó que sus flojas rodillas se doblaran de una vez, y se sentó desmadejada en el portal en el justo momento en que un vecino lo abría para salir, ganándose una mirada reprobadora.

—¿Conoce usted a Anabel? —le espetó Sofía, sin dejarse amedrentar. Vive en el segundo A.

—Sí, su dichoso gato suele colarse en mi casa por el balcón.

—¿La ha visto?

—La oí salir hace cosa de una hora, también he escuchado su portero automático sonar insistentemente en los últimos minutos. —El vecino de Anabel se iba volviendo más desagradable por momentos.

—Gracias, ha sido usted muy amable —aseguró Sergio con recochineo, ganándose otra mirada, esta vez amenazadora, mientras el tipo se alejaba por la acera—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Nos vamos a casa.

—¿A casa? Estás loca. Los rumanos nos estarán buscando.

—Me da igual. Ya me da todo igual. Yo quiero mi pendiente, y quiero ducharme con mi champú y mi gel, y cambiarme de ropa, y...

—Vale, vale. —Sergio le ofreció una mano para que se pusiera en pie, intentando frenar lo que parecía el comienzo de un ataque de histeria—. Vamos a casa. Tú te duchas y yo busco el dichoso pendiente.

—Vale. Gracias.

Sergio sonrió sacudiendo la cabeza. No sabía qué pensar de Sofía cuando se volvía tan repentinamente educada con él. Era como si la férrea educación que le había impuesto su padre anulara su verdadera personalidad, o al menos el carácter que tenía en aquellos otros tiempos. Sergio recordaba una adolescente alegre, a la que le gustaba cantar y bailar, y que a veces incluso lograba librarse de un excesivo sentido del ridículo y se decidía a hacer el tonto o contar algún chiste subido de tono. Le gustaba mucho aquella Sofía y la echaba de menos, reflexionó mientras caminaban de vuelta a su edificio. La nueva Sofía que se había encontrado a su regreso a Santiago, era una mujer demasiado responsable, independiente, formal y aburrida, que parecía sólo pensar en su trabajo mientras esperaba, contra toda esperanza, por aquel novio que la había dejado en el limbo mientras se divertía, y seguro que se divertía

mucho, al otro lado del Atlántico. Sergio se preguntó si el tal Borja, Pocholo o como demonios se llamase, sólo era una excusa para no tener relaciones con otros, ni serias ni de las otras. Pero entonces recordó cómo se habían besado en la playa, y las pullas que ella le había estado lanzando a cada rato, cuando lograba relajarse un poco y olvidarse del lío en el que estaban metidos, y se preguntó si Sofía estaba ya lista para olvidarse de su viajero Ulises y divertirse un poco.

Porque eso era lo que él quería, ¿no? Sólo divertirse...

—Me he dejado las llaves. No sé dónde tengo la cabeza. ¿Tienes las tuyas? ¿Sergio? ¿Estás ahí?

—Sí, sí, tengo las mías, aquí, en el bolsillo.

Sergio le tendió el llavero. Parecía tan despistado como si acabara de despertarse, lo que le hizo pensar que estaba preocupado por alguna otra cosa que no tenía nada que ver con los rumanos y Anabel. Quizá le había chafado alguna cita aquel fin de semana. No sería de extrañar. Desde que había vuelto a Santiago le había visto entrar y salir con tantas chicas diferentes que ya había perdido la cuenta. El consuelo que le quedaba era que nunca repetía pareja, así que no se tomaba en serio a ninguna de ellas. Claro que, ¿por qué demonios necesitaba ella aquel consuelo? Sergio no le debía nada. Lo suyo sólo era un tonto entre amigos. Cosas que pasan cuando estás demasiado tiempo con alguien con quien te llevas bien y además te resulta atractivo. Solo eso

—¿Vamos? —preguntó, asomando la cabeza al oscuro portal.

—A por ellos.

En el portal había dos hombres. No muy altos, de pelo y piel morenos, uno parecía más joven que el otro.

No eran los rumanos, pero Sofía se sorprendió igualmente al verles.

—¿Buscan a alguien?

—En realidad, sí. ¿Viven ustedes aquí?

—¿Quieren vendernos una enciclopedia?

Sofía miró a Sergio con gesto enfurruñado, aunque no pudo evitar morderse una sonrisa. A pesar de los años pasados fuera de Galicia, Sergio no había perdido una costumbre gallega inscrita en su código genético a fuego: responder a una pregunta con otra pregunta.

—Inspector García. Este es mi compañero, Fernández.

—¿Policías? —Sofía miró hacia Sergio al hacer la pregunta, como si fuera él quien tuviera que darle la respuesta.

—A mí no me mires. Yo no he llamado a Hernández y Fernández.

—García y Fernández —recalcó el Inspector, con cara de bulldog. Sofía lo miró intentando decidir si reírse al ver que aquella situación absurda iba cada vez a peor, o ponerse de rodillas y confesarlo todo. Necesitan ayuda, y ellos eran la respuesta. Pero no podía delatar a Vicente —. ¿Tendría que habernos llamado? ¿Están en problemas? —añadió García, con gesto suspicaz ante las palabras de Sergio.

—En realidad... Yo... Ehh... He perdido un pendiente.

—¿Un pendiente?

—Sí.

—¿Muy valioso?

—Sentimentalmente.

—Señorita, nosotros no llevamos la oficina de objetos perdidos. Eso es cosa del Ayuntamiento.

—Ah, ¿sí? Gracias por la información, entonces.

Sofía puso un pie sobre el primer escalón, con gesto de suficiencia, dando por terminada aquella conversación.

—¿Es usted Sofía... Torres? —preguntó el Inspector, después de consultar los buzones del portal.

—¿Me buscan por algo?

—Señorita Torres, aquí las preguntas las hago yo.

—Primero tendrán que explicarnos si ha ocurrido algo aquí, en nuestra casa, y cuál es el motivo por el que tenemos que identificarnos. —Sergio se cruzó de brazos, dos pasos delante de Sofía, como protegiéndola de los policías.

—Alguien ha entrado en el primer piso, donde vive el propietario del inmueble. —El inspector consultó su libreta de notas antes de pronunciar el nombre—. Vicente Solís de la Paz. Creemos que ha sido esta noche, porque el vecino del tercero se ha encontrado la puerta abierta hoy al mediodía, cuando regresaba tras pasar la noche fuera.

—Y... ¿han robado algo? —preguntó Sofía, con el aire más inocente que pudo adoptar.

—No lo sabemos, puesto que el señor Solís está de viaje en el extranjero y su vecino no puede contactar con él. ¿Tienen ustedes algún número al que se le pueda llamar?

—Vicente no usa móvil —aclaró Sergio—. No ve ninguna ventaja en estar siempre disponible y localizable.

—Pues mire, hoy es el día en que quizá se arrepienta de esa idea. —García hojeaba con insistencia su libretita, como si en ella estuviera la clave para resolver aquel asunto. Sofía se preguntó preocupada qué sería lo que había escrito en aquellas hojas. Así que un pendiente... —García rebuscó en su bolsillo y extrajo una pequeña bolsa plástica, como las que Sofía había visto en series tipo CSI. Dentro de la bolsa estaba su pendiente de plata y azabache.

—Gracias —dijo alegremente, extendiendo la mano, pero el Inspector volvió a guardarse el pendiente en el bolsillo.

—Me temo que esto es una prueba, puesto que ha aparecido en la vivienda asaltada. Y también me temo que tendrán que acompañarnos a Comisaría a declarar.

—¿A Comisaría? Nosotros no hemos asaltado el piso de Vicente, no diga tonterías. Si nos deja la llave cuando no está para que le reguemos las plantas...

—Y eso es exactamente lo que sucedió —añadió Sergio, sujetando a Sofía por la cintura para que no se alterase demasiado delante de los policías—. Ayer por la mañana bajamos a ocuparnos de las plantas y a coger comida para el gato, y entonces se le debió caer el pendiente a Sofía.

—¿Esa es su declaración, entonces? —preguntó Fernández, metiendo baza, con un gesto de poli duro que a punto estuvo de arrancarle una sonrisa a Sofía, si no fuera porque un movimiento en el exterior de portal llamó su atención. Un tipo pequeño, bigotudo, había estado a punto de entrar en el edificio, pero refuló rápidamente al ver a los policías.

—Sí, es nuestra declaración, y no tenemos nada más que añadir.

—En realidad, sí —dijo Sofía de repente, con voz estrangulada—. Pero será mejor que nos lleven a Comisaría, aquí no estamos seguros, puede ser que alguien nos esté escuchando.

—Sofía... —Sergio la miraba sorprendido, sin comprender a qué venía ahora aquella paranoia. Sofía miró hacia arriba, al hueco de las escaleras, luego al suelo como si allí hubiera algo y, cuando consiguió intrigar a los policías y obligarlos a mirar abajo también, le hizo un gesto a Sergio para que viese lo que les esperaba fuera, donde los dos armarios rumanos les estaban vigilando desde la acera de enfrente—. Sí, tienes razón, acabemos con todo esto. Llévennos a comisaría.

—¿Y ahora qué demonios les contamos a Hernández y Fernández?

—Es el inspector García, ¿por qué le cambias el nombre?

—Bueno, ya sabes, me hacen gracia, sólo les falta el bombín y el bigote. El paraguas en Santiago se da por descontado.

—No sé de qué estás hablando.

—Sofía, ¿nunca has leído nada de Tintín?

—No.

Sergio se cruzó de brazos, removiéndose incómodo sobre la silla de plástico de la oficinilla de García, donde les tenían esperando desde hacía ya un rato. No sabía qué más cosas divertidas se había estado perdiendo Sofía, pero ganas tenía de averiguarlo. Ganas de llevársela de marcha una noche, emborracharse y cantar en un karaoke. Ganas de subir con ella a una montaña rusa y gritar hasta quedar afónicos. Ganas, sobre todo y ante todo, de encerrarse con ella en una habitación de un motel para parejas, con una enorme cama redonda, champán, bombones, un jacuzzi, y todo el tiempo del mundo para devorarse mutuamente...

—¿Qué es eso? —Un timbre espantoso, como de despertador, sonaba dentro del bolso de Sofía.

—Mi móvil.

—Suenan como una alarma antiincendios.

—Sí, ya sé que es horroroso, pero así es imposible que lo confunda con otro.

La prudente, responsable y competente Sofía, asomando de nuevo. Sergio la observó contestar a la llamada con voz de telefonista eficiente, frunciendo el ceño ante las interferencias y pidiendo, por favor, que le repitiesen lo que fuera que su interlocutor le decía. Asintió al fin con la cabeza y colgó el teléfono, ofreciéndole inesperadamente una sonrisa deslumbrante.

—Era Vicente. Ya está todo arreglado en la aduana y tiene billete para el próximo vuelo. Me ha pedido que lo recoja mañana por la mañana en Lavacolla.

—¿Arreglado, así, sin más? Sofía, que ahora sabemos que las acusaciones son ciertas, ¿cómo lo van a dejar libre tan fácilmente?

—Eso es lo que me ha dicho. —La sonrisa se desvaneció tan rápido como había surgido y a Sergio le pareció que se habían apagado todas las luces de la comisaría—. Aunque supongo que tienes razón.

—Bueno, no te preocupes, lo que importa es que lo dejan volver a España. Venga, todo se va a arreglar. —Arrepentido por haber sido un aguafiestas, le cogió las manos, apretándolas entre las suyas.

—Y me ha dicho que tiene una sorpresa para mí.

—Dios, espero que no sea otro diamante.

La puerta de la pequeña oficina se abrió y apareció García, con un lío de papeles en una mano, y un café en la otra.

—Siento haberles hecho esperar. —Dejó toda su carga sobre la mesa y, por unos segundos, pareció que iba a derramar el café sobre los documentos. Consiguió evitarlo en el último momento—. Este es un fin de semana muy complicado, ya saben, con las fiestas y la llegada de autoridades para la ofrenda al Apóstol mañana...

—Lo entendemos, Inspector, lo que menos importa ahora es un pequeño robo sin importancia en una vivienda deshabitada. Además, hasta que llegue el propietario, ni siquiera sabemos si le falta algo de valor. Quizá podamos dejar este tema y ya lo solucionarán con Vicente... —Sergio hizo ademán de ponerse en pie, pero García lo detuvo alzando las cejas con gesto amenazador.

—No se van a librar tan fácilmente. La señorita dijo que teman algo que contarnos, y ya me he cansado de esperar a que empiecen a hablar.

—Lo único que Sofía quiere es recuperar su pendiente, por eso pidió que nos trajeran a Comisaría y ...

—Espera, Sergio, déjame hablar a mí, ahora le contaré al Inspector lo que estaba ocurriendo. —Sofía respiró hondo, enderezó la espalda y se aclaró la voz con gesto nervioso—. Verá usted, nuestro vecino, Vicente, al que queremos como si fuera nuestro abuelo, viaja mucho, muchísimo, es su gran afición, y en especial a países sudamericanos donde, como usted sabe, no hay mucha seguridad y se puede llegar a correr auténticos peligros...

—Sí, sí, sí. —García asintió con la cabeza ante la exposición de Sofía, impaciente.

—El caso es que ayer recibí una llamada de Vicente, me decía que estaba retenido en Venezuela y me temí lo peor...

—¿Sofía? —Preocupado por lo que estaba confesando, Sergio le dio un pequeño puntapié bajo la mesa, pero ella seguía impertérrita.

—Imagínese, secuestrado en Venezuela, precisamente ahora que las relaciones diplomáticas entre nuestros países no están en su mejor momento. Recuerde lo que le dijo el Rey a Chávez, y todo lo que ha pasado después. Entienda lo preocupadísimos que estábamos por Vicente, y él insistiendo en que no podíamos hablar con la policía, con ustedes, porque sería peor y...

—Al grano, señorita, ¿qué ocurre con Solís, está secuestrado o no?

—Pues parece que no, que todo ha sido una estúpida confusión. —Sofía se relajó, apoyando la espalda contra la silla, y le ofreció una sonrisa tan bobalicona al Inspector que Sergio estuvo a punto de levantarse y ponerse a aplaudir. Ahora recordaba cuánto le gustaba actuar con el grupo de teatro del Instituto.

—¿Una confusión? ¿De qué me está hablando?

—Pues verá, Vicente me acaba de llamar ahora mismo, justo antes de que usted entrara. —Sofía le mostró el móvil que aún tenía en la mano—. Me ha dicho que todo está bien y que llega a Santiago mañana por la mañana.

—¿Y ya está?

—Bueno, a ver, nosotros tenemos que ir a recogerle al aeropuerto de Lavacolla, ayudarle con sus maletas, acompañarle a casa... Es que, ¿sabe? Vicente no tiene más familia que una hermana en Valencia, y nosotros somos como sus nietos...

—Sí, sí, y ustedes le quieren como a su abuelo, ya me lo ha dicho antes. Señorita, insisto en que estoy muy ocupado, hoy no es buen día para venir a contar cuentos a la comisaría.

—No le molestamos más entonces, Inspector. —Sofía se puso en pie y extendió su mano a García, que se la estrechó pensativo—. Y llámeme, por favor, cuando pueda recuperar mi pendiente.

Ya en la calle, Sofía respiró hondo y levantó el rostro a los últimos rayos del sol cálido de julio que los bañaba.

—Eres una consumada mentirosa —la acusó Sergio con un gesto satisfecho que dejaba claro lo mucho que se había divertido.

—No ha salido mal. —Sin pensarlo, Sofía se colgó del brazo de Sergio y comenzaron a caminar por la acera en dirección a la Catedral—. Pero ahora no podemos volver a casa, y yo sigo necesitando una ducha y ropa limpia.

—La alarma antiincendios ataca de nuevo.

Sofía rebuscó en su bolso donde había vuelto a guardar el móvil y comprobó quién la llamaba antes de descolgar.

—¡Es Anabel!

* * *

Media hora después estaban en casa de Anabel. Sofía duchada, con ropa de su compañera, y un refresco en la mano, parecía la viva imagen de la relajación, idea que no servía precisamente para relajar a Sergio. O al menos a su libido.

—¡Estás completamente chiflada, Sofía! Mis dos cachas rumanos, ¿mafiosos internacionales? Vamos, anda.

—Te digo que no te fíes de ellos, Anabel. Anoche asaltaron la casa de Vicente...

—¿En serio? Menos mal que él no estaba. —Anabel dio un sorbo a su bebida, cruzando sus largas piernas apenas tapadas por un cortísimo pantalón, con un gesto inevitablemente coqueto. El objeto de sus desvelos, sin embargo, entrecerraba los ojos, ajeno por completo a sus insinuaciones, agotado por aquel interminable día—. Y por suerte aquí está su Tesoro.

Anabel acarició al gato que aprovechaba para restregarse contra sus pantorrillas, mimoso. Sofía miró al felino, convencida de que allí había algo que se le escapaba, pero no acababa de averiguar qué era.

—Le has quitado el collar al gato.

—Sí, hija, ¿tú sabes lo que pesa esa cosa? El pobre bicho

andaba siempre con la cabeza gacha, no me extrañaría que sufriera tortícolis.

—¿Y dónde lo tienes?

—En la cesta, creo. ¿Es que quieres volver a ponérselo?

—No, no, pero habrá que devolvérselo a Vicente cuando vuelva, que por cierto, es mañana.

—¿Mañana? Vaya, ahora que nos estábamos acostumbrado a tener aquí a Tesoro, ¿verdad, Michi? —preguntó a su gato, que trepó a su regazo, celoso aún del intruso.

—¿Sergio? ¿Sergio?

—Pobre, se ha dormido.

Sofía no podía creer que se hubiera quedado dormido, tan tranquilo, mientras ellas dos hablaban. Ella, que no conciliaba el sueño si no era en su cama, con su almohada, con sus sábanas y mantas, la habitación en silencio y a oscuras, por muy agotada que estuviese. Y Sergio se sentaba en un sofá cómodo y se echaba a dormir, así, como quien apaga un interruptor.

—Qué facilidad —murmuró entre dientes.

—Le tienes agotado, no me extraña, entre la novecita que pasasteis, con la avería en el edificio y el robo que antes no me habías contado. —Anabel elevó apenas una ceja, para recordarle a Sofía que se había dado cuenta de que por la mañana, cuando le habían llevado el gato, le había contado una historia sobre una avería, y sin embargo ahora había confesado el robo en casa de Vicente—. Y después a la playa, y vuelta a Santiago, hija, es que así no querrás encima tener una velada romántica...

—Anabel, Sergio y yo...

—Sí, sí, sí. Sergio y tú, sí. Sofía, por mucho que lo niegues, y aunque lo publiques en todos los periódicos, en el Twitter, en el Facebook y cuelgues un vídeo en Youtube. Anabel se había puesto en pie y se alejaba hacia su dormitorio—. Sergio y tú, sí, Sofía. —Entró en la habitación aún murmurando y al poco volvió a salir, inundando la habitación con su aroma a perfume caro y agitando un mini bolsito en el que trataba casi en vano de meter el móvil, la cartera, una barra de labios, un paquete de pañuelos, y algunas otras cosas que Sofía no lograba ver desde donde estaba sentada—. Mira, yo me voy a la despedida de soltera de mi prima Nieves, ya sabes, la de Portonovo. Hoy quemamos el pueblo, y pensamos amanecer en

la playa, solas o acompañadas. Si no queréis volver al piso porque hay una inundación, sea de agua o de mafiosos rumanos, os podéis quedar aquí, yo no pienso regresar antes de mañana por la noche. Pedid una pizza o lo que os apetezca y... pasadlo bien, que yo voy a hacer lo mismo.

Sofía se puso en pie y, de una carrera, se acercó a su amiga, envolviéndola en un fuerte abrazo.

—Eres la mejor.

—Ahora no te me pongas ñoña. —Anabel le entregó su bolsito y volvió corriendo al dormitorio. Cuando reapareció, sobre la cabeza lucía un pene de peluche rosa que se bamboleaba obscenamente a cada paso—. Me largo pitando o no llego a recoger a la novia.

Sofía le entregó el bolso y Anabel salió corriendo sobre las puntas para no romperse un tobillo con sus altísimos tacas. Como despedida, le lanzó un beso mientras se metía en el ascensor. Cuando cerró la puerta detrás de sí, Sofía estaba al borde de las lágrimas de la risa. Sólo lamentaba no haberle hecho una foto para poder enseñársela a Carmela en la agencia. Quizá podían haberla colgado en la pared con un letrero de “empleada del mes”.

De cómo saciar el apetito sin tomar bocado

Santiago de Compostela. 24/07/10. 23 horas.

Una hora después había puesto la mesa de la sala con un coqueto mantel encontrado en la cocina, una pizza recién llegada y humeante y una botella de vino Lambrusco bien frío, surtidas por el restaurante italiano de dos calles más abajo. Sofía tenía presente la lección de la noche anterior, y esta vez no iba a permitir que el vino se le subiera tan fácilmente a la cabeza.

Se acercó a Sergio, que seguía durmiendo como un bebé, le sopló en una oreja, le revolvió el pelo con los dedos, pero ni así consiguió despertarle. Por último se inclinó sobre él, acercó la cara y le besó, despacio, saboreando su boca tibia por el sueño.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él, somnoliento, sin abrir aún los ojos.

—En los cuentos siempre despiertan a la princesa con un beso.

—Vale, acepto ser tu princesa, si tú prometes despertarme así a menudo.

—Una oferta tentadora.

—¿Y eso que huele tan bien?

—Pizza cuatro estaciones. No sé qué ingredientes prefieres, así que pedí esa porque es variada y...

Sergio la envolvió en sus brazos, por sorpresa, y enterró la cara en su cuello.

—No es a pizza lo que huelo, pero parece comestible...

Y para demostrárselo comenzó a mordisquearle detrás de la oreja.

—La cena se enfría.

—Nada se va a enfriar aquí, cariño, te lo prometo.

Ante una promesa semejante, no pudo más que rendirse. Llevaban todo el día tonteando, en realidad desde la cena de la noche anterior, bueno, en realidad desde que Sergio había regresado a la ciudad, en realidad, toda la vida, o casi. Anabel tenía razón, y Carmela. Lo que había entre ellos era como una de esas series de televisión en que sabes que la pareja protagonista van a acabar juntos, por mucho que los dos se resistan. La famosa tensión sexual no resuelta. Y ahora, por lo visto, la suya iba a resolverse aquella noche.

Sofía se sentía ridiculamente nerviosa mientras Sergio, entre beso y beso, le iba quitando la ropa que llevaba. Se obligó a sí misma a recordar que aquella mañana la había visto con un minúsculo bikini que no dejaba nada a la imaginación. Pero aún así, contuvo el aliento cuando él la despojó de la última de sus prendas interiores y acarició lentamente sus curvas desnudas, ronroneando como un gato.

—¡Los gatos! —exclamó de repente, recordando que no estaban tan solos como creían.

—Si se acercan, tírales un zapato.

Sergio le ofreció una sonrisa lasciva y se deshizo de su camiseta, que arrojó al suelo junto a su ropa. Ella le puso las manos sobre los hombros, acariciando los músculos que enmarcaban sus clavículas, y bajando por los pectorales. No sabía si ese regalo para la vista y para el tacto era más producto de la genética o de las horas de piscina, pero ella se lo agradecía a ambos. Vestido, Sergio parecía delgado, incluso ligero a pesar de su estatura, más un atleta que un nadador de competición. Desnudo, era uno de esos hombres de músculos cincelados de las portadas de las novelas románticas.

Con un ronroneo de placer, dejó que volviera a abrazarla y que sus pieles desnudas, cálidas, se unieran provocándole un cálido escalofrío que le recorrió la espalda.

—Cariño, otro ruidito de esos en mi oreja, y no me dará tiempo ni a quitarme los pantalones.

—Es que eres muy lento.

No había terminado de decirlo y ya los vaqueros de Sergio se amontonaban con el resto en el suelo.

Envolviéndola con sus brazos, se puso bajo ella en el sofá, dejándola que explorase cuidadosa cada centímetro de su pecho, bajando por sus costillas hasta las caderas. Sus dedos se movían como plumas sobre su piel. El quiso decirle que no tenía que ser cuidadosa, que su piel no era delicada como la de ella, y que esperaba, ansiaba en realidad, que le quedara más de una marca en la refriega que se avecinaba. Quería darle tanto placer que perdiese por completo el control, quería sus uñas clavadas en la espalda y sus dientes en el cuello, quería oírla gritar y gemir y suplicar. No se lo dijo. Temió asustarla si le confesaba aquellos pensamientos.

—Hoy prefiero ser lento, Sofía, he esperado mucho por esto.

El sofá empezaba a ser pequeño para ellos dos. Entre sus brazos, Sofía se retorció intentando abarcar su ancha espalda y tratando a la vez de verle la cara. Una de sus largas piernas se cruzaba sobre su ingle, frotándola con cada movimiento, aumentando con aquel roce el grosor y la dureza de su miembro hasta límites casi dolorosos. Con un gruñido le puso las manos sobre las nalgas, apretándola más contra su cuerpo, mientras enterraba la cara en su cuello, en aquel lugar tentador y delicioso, que devoró lentamente como el mejor de los manjares.

—¿Mucho tiempo?

—Soñaba contigo.

—¿Desde que regresaste?

—Desde que me fui.

Los besos y las caricias se hacían más audaces. Harto de intentar buscar una postura cómoda en aquel horrible sofá, Sergio se sentó, y la puso sobre su regazo. Ella sintió que enrojecía cuando su mirada se demoró sin disimulo en su cuerpo desnudo. Mientras sus manos seguían en sus nalgas, subiendo y bajando deliciosamente por la curva de su espalda, su cara se enterró entre sus pechos, que recorrió con los labios y la lengua, despacio, tanteando primero, y aumentando la intensidad del contacto cuando ella gimió, apretando la boca contra su hombro. Sofía se removió sobre sus muslos, buscando un mayor contacto. No recordaba haberse sentido nunca tan caliente, tan ansiosa. Le rodeó por completo con sus piernas y unió sus pliegues más sensibles y palpitantes con aquella ardiente dureza. Sergio la agarró más fuerte por las caderas y la movió arriba y abajo, frotando su clítoris contra su miembro, conteniendo su placer al sentirla tan mojada y cálida contra su piel. Siguió besando sus pechos, mordisqueando, chupando, mientras Sofía echaba la cabeza atrás y gritaba, estremeciéndose entre sus brazos en una oleada de placer imparable.

Cuando volvió a bajar la cabeza, jadeando contra su pecho, se levantó con ella en brazos y con cuidado la tumbó sobre la alfombra, acomodándose entre sus piernas.

—Ahora tendré que desdecirme de mis palabras.

—¿Ya no vas a ir lento?

Una sonrisa perezosa y satisfecha se extendía por su cara. Sergio deseó simplemente quedarse allí, mirándola, disfrutando de su relajación tras el clímax. Pero no era suficiente. Quería más. Lo quería todo. No había escapatoria para Sofía aquella noche.

—Me lo has puesto muy difícil.

Sofía sonrió, complacida al sentir su excitación. Bajó sus manos por la espalda de Sergio, y más abajo, sujetándolo con fuerza por las nalgas para conducirlo hacia su interior. Le había

hecho tocar el cielo por un momento, un placer que aún la mantenía palpitando muy adentro, y ahora quería que él también lo sintiera, que disfrutara tanto como ella.

—No quiero que sufras.

Su voz se apagó y se quedó sin aliento una vez más al sentirlo por completo en su interior, llenándola de una manera casi abrumadora. Tuvo que darse un momento para acostumbrarse a aquella invasión, antes de empezar a moverse, suavemente, de izquierda a derecha, adentro y afuera, dejando que el flujo cálido de su vagina empapase su miembro, lubricándolo y haciendo más fácil la penetración.

—Y yo no quiero que te quedes a medias.

Sofía rio contra sus labios. Ella ya se daba por satisfecha. En realidad, no sabía que había de cierto en esas historias de multiorgasmos, ella nunca lo había experimentado ni espetaba lograrlo ahora. Simplemente intentaba darle a Sergio tanto placer como él le había dado antes con sus caricias, y en verdad que también lo estaba disfrutando. Sentirlo tensarse contra ella, empujando en su interior, primero suave

mente, y poco a poco aumentando la intensidad; mirar su cara, su gesto concentrado, sus cejas fruncidas y su boca entreabierta, todos los gestos que delataban su disfrute, la hacían sentir poderosa, bella y seductora. Por eso apenas lo sintió venir.

Fue como olas mansas que rompen sobre la arena, y que un pequeño cambio en la corriente convierten en potente oleaje. Y de nuevo estaba allí, en la cresta de su propia ola, moviéndose bajo las embestidas de Sergio, elevando las piernas para envolverle, con los dedos de los pies encogidos, clavándole las uñas en la espalda y ahogando pequeños gritos de placer contra su pecho. Sergio inclinó la cara para buscar su boca. Le introdujo la lengua con el mismo movimiento rítmico que mantenía con sus caderas, y ella sólo pudo gritar y gritar contra su boca, mientras su cuerpo se convulsionaba en completo descontrol.

Escuchó su voz hablándole al oído, como si le costara articular las palabras.

—Dime que tomas la píldora.

Bonito momento para acordarse.

—¿Confías en el método del doctor Ogino?

Sofía entraba ya en la fase de relajación y hasta consiguió reírse de su propia broma.

A Sergio no le hizo ninguna gracia. Con un último es fuerza consiguió salir de su interior y se dejó ir contra su vientre, maldiciendo para sus adentros por no haber podido apurar el placer hasta sus últimas consecuencias.

Ella siguió envolviéndolo con sus piernas, acunándolo contra su cuerpo, arqueando la espalda para acoger su miembro palpitante sobre su carne suave. Cuando Sergio se derrumbó sobre ella, girando la mitad del cuerpo para no cargarla con todo su peso, sonrió satisfecha y cerró los ojos.

—¿Siempre despiertas así de la siesta? —le preguntó, juguetona.

—Sólo cuando me besa una princesa.

Estaba parado en la puerta del baño, completamente desnudo, secándose las manos con una toalla. Sofía se acercó y le ofreció una copa de vino espumoso.

—Quedamos en que tú eras la princesa.

—Entonces tú debes de ser la bruja. Una malvada seductora de pobres incautos.

Sofía rio bajito, encantada con la idea. Mejor una bruja sexy que la bella durmiente.

—¿Ahora quieres cenar?

—Por supuesto. Esto sólo ha sido el aperitivo —aseguró.

Extendió un brazo para envolverla, acariciando posesivo su cadera. Ella se había puesto su camiseta, pero no parecía la chica recatada de siempre, como pudo comprobar al deslizar la

mano por la tela y descubrir que debajo no llevaba nada. Un aperitivo, sí. De los que en vez de distraer el apetito sólo sirven para aumentarlo.

—¿Habrá dos platos y postre? —bromeó Sofía, riendo contra sus labios.

—Eso me temo. Espero que estés hambrienta.

—Puedes creerlo.

Sergio rogó porque su conciencia lograra detenerlo, estaban jugando con fuego y probablemente a ninguno de los dos les apetecía quemarse tan pronto. Se preguntó si una vez que ya habían corrido aquel riesgo, ahora daba igual seguir insistiendo. De perdidos al río.

Le quitó la copa, que dejó con la suya sobre la mesa, y volvió a abrazarla, esperando que dijera algo, de protesta o de aliento, una señal.

Sofía no decía nada, no. Estaba concentrada pasando las yemas de los dedos por su tatuaje, fascinada por el intrincado dibujo de tinta negra. Parecía una letra “e” mayúscula, pero con una forma más angulosa. Luego descubrió algo más interesante, y su traviesa mano se dirigió a explorar su miembro, de nuevo enhiesto y palpitante, haciéndole estremecer cuando lo envolvió con firmeza. La miró a la cara, tratando de descifrar sus pensamientos, pero tenía los ojos cerrados. Cuando asomó la punta de la lengua entre los labios, humedeciéndose el inferior, no tuvo más remedio que rendirse. Le subió la camiseta, acariciando sus suaves nalgas con un gruñido placentero. Ahora sí que no se iba a contener, quería devorarla entera, desde sus deliciosas orejas hasta sus preciosos pies.

Por la ventana abierta les llegó un estruendo que anunciaba el inicio del espectáculo de fuegos artificiales en la Praza do Obradoiro. La oscuridad que les envolvía desapareció para convertirse en un juego de luces de colores que se colaban por las ventanas, reflejándose en las paredes blancas y los espejos. Afuera estallaba la pólvora mientras dentro, insaciables, Sofía y Sergio quemaban sus propios cartuchos, saciando cuerpo y mente de cuantos deseos, ansias y sueños eróticos les habían rondado desde aquella primera vez, frustrados por sus miedos y su inexperiencia, y que ahora, por fin, lograban disfrutar como siempre habían imaginado.

Y lo cierto es que, a pesar de la promesa de Sergio, sí hubo algo que se enfrió aquella noche. Pero sólo fue la cena.

Alguien estaba llamando a la puerta. Despacio, con los nudillos, como si supiera que iba a despertar a quien estuviera en el piso.

Sofía parpadeó, tratando de ubicarse. Estaba acostada sobre algo peludo y no muy mullido. Una alfombra. ¿Una alfombra? Y su pierna izquierda estaba apoyada sobre un muslo fuerte y cálido. Un brazo la envolvía por la espalda, y una mano grande se apoyaba posesiva sobre su cadera. Al demonio con las visitas mañaneras. Estaba en el paraíso y no pensaba despertarse.

Los golpes se hicieron más insistentes.

Sofía abrió los ojos y se quedó prendada del perfil de Sergio, profundamente dormido, con la sombra de la barba enmarcando su hermoso mentón. Nunca había habido un hombre, amigo, conocido, famoso, ninguno, que le pareciera tan guapo como Sergio. Y ahora que lo tenía acostado a su lado, completamente desnudo, estaba más segura que nunca de aquello.

Detrás de la puerta una voz fastidiosa pronunció el nombre de Anabel e hizo que Sofía se levantase como empujada por un resorte. Buscó a su alrededor algo que ponerse, con la cabeza aún espesa y movimientos poco coordinados, lo que provocó un encontronazo entre su pie y la pata del sofá. Mordiéndose el labio para no gritar, Sofía se frotó el dedo gordo dolorido mientras saltaba sobre el pie sano.

En el pasillo exterior, la voz se iba elevando, mientras lanzaba amenazas si la puerta no se

abría inmediatamente.

En el sofá estaba la camiseta de Sergio. Sofía se la puso por la cabeza y comprobó que le tapaba casi hasta la rodilla, como todas las suyas, tamaño XL. Otro problema era taparlo a él. No iba a dejar que la inoportuna visitante se regalase con aquella visión que quería guardarse para sí sola. Al lado del sofá había una bolsa, y dentro de la bolsa una enorme toalla amarilla. Sofía la extendió sobre Sergio, que la rechazó con una mano, murmurando algo entre sueños.

De nuevo volvió a taparle, con cuidado, al menos de la cintura para abajo, y recibió como recompensa una sonrisa somnolienta.

—¡Ya voy! —exclamó sin alzar la voz, cuando los golpes amenazaban con tirar la puerta abajo.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Carmela en cuanto la puerta se abrió.

—Podría preguntar lo mismo.

—Vengo a por el regalo de mi hijo Iago. Le pedí a Anabel que me lo guardase.

Carmela intentaba entrar en el piso, pero Sofía se interponía entre ella y el acceso al salón.

—¿El regalo de tu hijo? Yo te lo busco.

—Estás muy rara, Sofía. ¿Y por qué llevas esa camiseta tan enorme? Espera, ¿estás con un tío?

—Carmela...

No dejó que contestara. Poniendo el dedo índice sobre el pecho de Sofía, la obligó a apartarse con poca delicadeza, y entonces pudo ver la toalla que había comprado para su hijo, cubriendo apenas la mitad del estupendo cuerpo de Sergio desnudo.

—Nunca me había dado cuenta de lo grande que es la nariz de Bob Esponja.

Sofía descubrió la parte de la anatomía de Sergio que tapaba la grotesca cara del personaje animado, y al momento tiró de Carmela y la obligó a entrar en la cocina, para que dejara de contemplarlo embobada.

No logró su cometido. La cocina tenía una barra amen cana que se abría directamente al salón.

—¿Qué tiene al lado del ombligo? ¿Una mancha, un lunar? Dime que no es un tatuaje.

—No es un tatuaje.

—Dios, no sé por qué, pero los tatuajes me ponen a cien. Déjame verlo.

—¡Carmela!

—Dime al menos lo que pone.

—Es algo en griego. Creo que sigma.

—¿Sigma? ¿Quieres decir la letra "S"? —Carmela abrió mucho los ojos con gesto conspirador—. ¿Lleva tu nombre tatuado sobre la ingle?

Por supuesto su amiga había estudiado griego y tenía mejor memoria que ella, que sólo había recordado lo que significaba aquella letra en el mismo momento de decirlo. Mejor se hubiera mordido la lengua.

—Es su inicial, Carmela. S de Sergio.

—Y de Sofía.

Sofía sacudió la cabeza y miró a su alrededor, buscando algo que hacer que no fuese atizarle a su amiga con una sartén en la cabeza. Aunque si seguía mirando a Sergio de aquella manera, no podía asegurar que no terminase haciéndolo.

Por supuesto que no era su inicial. No tenía ese tatuaje cuando iban al instituto, y no había motivo para que se lo hubiera hecho después por ella. Soñaba contigo, le había dicho la noche anterior. ¿Desde que regresaste? Preguntó ella. Desde que me fui, fue la contestación. Sofía reprimió un suspiro mientras trataba de recordar qué estaba haciendo.

Café, eso era. Encontró la cafetera y un paquete con café molido y logró ponerla al fuego mientras Carmela seguía tratando de atisbar el tatuaje que la manta le tapaba. El mismo tatuaje que durante la noche Sofía había besado, y lamido y...

—Te estás poniendo colorada.

—Déjame en paz. No me hables por lo menos hasta que termine la primera taza de café.

Carmela encogió los hombros y cotilleó el aspecto del salón, con la ropa de la pareja esparcida por el suelo, una pizza sin tocar sobre la mesa, y una botella de vino italiano vacía al lado de dos copas usadas.

—Ahora me dirás que te emborrachó.

—No, no tengo excusa. La botella la abrí después de... —Sofía se mordió la lengua para no acabar aquella frase comprometida, y buscó tazas para servir el café que ya borboteaba en la cafetera.

—Bien hecho, Sofía. —Carmela aceptó la taza que le ofrecía y se sentó sobre una silla alta, apoyando el codo sobre la barra americana—. Está buenísimo, de verdad, y no me refiero al café. Me recuerda a uno de esos futbolistas modelos de Calvin Klein, no tan delgado como Beckham, pero tampoco tan grandote como Ronaldo.

—Como aquel futbolista sueco del tatuaje...

—Ljungberg.

—Carmela, ¿desde cuando sabes tanto de fútbol sueco?

—Cariño, no me interesa el fútbol, sólo los futbolistas.

—Eres imposible.

Sofía se terminó su taza de café, casi quemándose la lengua, y se sirvió otra, pensativa.

—¿Cuál es el problema? Venga, dime a qué le está dando vueltas ahora esa cabeza inquieta.

—Yo... —Sofía intentó negar sus dudas, pero sabía que no convencería a Carmela, se conocían demasiado, podía leer en su mente como en un libro abierto—. Siento que le he sido infiel a Borja.

—¿Borja? ¿Quién demonios es Borja? Sofía, no puedes estar hablando en serio.

—Es mi novio, Carmela. O lo era, ya no lo sé. Lo que sé es que le prometí que lo esperaría.

—¿Por cuanto tiempo, Sofía? Hace ya un siglo que se fue, apenas te llama ni te escribe. Él sabe que no puedes ir a verle por tu miedo a volar. ¿Por qué no viene él, si pretende conservar vuestra relación?

—Ya sabes lo que es un trabajo nuevo, tiene que establecerse, darse a conocer y demostrar su valía.

—Mientras la bella durmiente aguarda en su diván esperando que él vuelva a despertarla.

—¿Otra vez con ese cuento?

—Es el cuento de tu vida, nena. Borja se fue hace un año. ¿Te imaginas las mujeres que habrá conocido en este tiempo? El Caribe está lleno de mujeres hermosas dispuestas a divertirse. No quiero ser cruel, pero a estas alturas, las posibilidades de que él te haya sido fiel son de menos de cero.

—Lo sé, pero siento que tenía que haber aclarado las cosas con él, antes de ... —Sofía hizo un gesto hacia Sergio, que se había girado sobre la alfombra y ahora les mostraba su bronceada espalda, unos centímetros más allá de lo decente.

—A lo hecho, pecho, Sofía. Ya hablarás un día de estos con Borja, si es que hay algo que tengáis que hablar a estas alturas. El caso es que él está allá, y tú estás aquí, con Sergio. —Carmela dejó su taza sobre la barra y extendió una mano, apretando cariñosamente el brazo de su amiga—. Por una vez en tu vida, Sofía, diviértete.

—Supongo que tienes razón.

—Claro que la tengo. —Carmela miró su reloj de pulsera y se puso en pie de un salto—. Es muy tarde, me tengo que ir. —Miró a Sergio, con la manta amarilla enrollada en las caderas—. Le compraré otro regalo a mi hijo de vuelta a casa, os podéis quedar su Bob Esponja de recuerdo.

Mientras las chicas se despedían en la puerta, Sergio se puso en pie y caminó hasta el cuarto de baño. Cerró la puerta detrás de él y metió la cabeza en el lavabo, empapándose en agua fría hasta deshacerse por completo de las últimas telarañas de sueño. Al erguirse, observó su reflejo en el espejo, contrariado.

Sofía se estaba arrepintiendo de lo ocurrido. No se lo podía creer. Después de la noche más increíble de su vida, ella seguía pensando en su novio de pacotilla. Ya no sabía qué pensar. O el Borja ese era un fenómeno o es que él era el peor amante del mundo.

Pero no, ahí no podía engañarle. Sofía había disfrutado tanto como él. Había dado tanto como él. Había gritado, llorado y suplicado. No se fingía una reacción así. Aún se estremecía al recordar su piel sudorosa, rosada de placer, su aliento desbocado, el ronroneo felino de su garganta mientras él le prodigaba caricias sin fin.

Volvió a meter la cabeza bajo el grifo. Tenía que serenarse y hablar con ella en serio. Había esperado mucho aquel momento y el resultado superaba todas sus expectativas. Quería que Sofía confesase que sentía lo mismo, que aquello no había sido sólo un calentón entre amigos.

—¿Sergio?

Abrió la puerta del baño, intentando disimular su enfado, tratando de enfriar su ánimo soliviantado para ser justo y sensato en sus palabras. La mirada de Sofía desbarató todos sus planes. Le recorrió de arriba abajo, toda la extensión de su metro ochenta largo sin una sola prenda de ropa, y detuvo su mirada, ardiente como un soplete, sobre el tatuaje de su vientre. Despacio, como si temiera que él la detuviese, extendió la mano y colocó las yemas de sus dedos sobre el dibujo.

—¿Es tu inicial?

“S” de Sergio, decían sus ojos, o de Sonia, de Silvia, de Susana... La duda la corroía y él saboreó sus celos como un manjar.

—Por supuesto, ya sabes que soy un egocéntrico.

—Tonto.

Sofía rio y retiró la mano, ruborizada, al ver la reacción que su caricia provocaba un poco más abajo en la anatomía masculina.

—¿Huele a café?

—Sí, aún está caliente... —Se dio la vuelta, dispuesta a buscar una taza, y azúcar, y cualquier cosa que no fuera seguir mirando a Sergio desnudo, parado en la puerta del baño, con el cabello negro goteando sobre sus hombros morenos.

—Lo sé. Ya te dije que es imposible que nada se enfríe estando tú cerca.

La enlazó por la cintura, a su espalda, besando su cuello cálido que aún olía a su perfume, el mismo que lo volvía loco cuando pasaba por delante de su puerta y ella acababa de salir o entrar del apartamento.

—Yo... Eh... Quisiera ir a casa a cambiarme y coger algunas cosas. ¿Crees que será seguro?

—Habrá que intentarlo. Tú no te preocupes, hoy seré tu caballero protector.

—¿Ya no eres mi princesa?

—Se te ha olvidado despertarme con un beso.

Sofía se volvió entre sus brazos, apoyando las manos pequeñas sobre su pecho, y lo miró

con un suspiro.

—Sergio, si te beso ahora, creo que no llegaremos al aeropuerto.

—¿Aeropuerto?

—Hoy vuelve Vicente. ¿Lo habías olvidado?

No, bueno sí, quizá un poco. Así que el abuelo contrabandista llegaba de regreso. Tenían que contarle lo ocurrido con los rumanos y buscar una solución. Al final, suponía que acabarían confesando todo en Comisaría, no quedaba otra opción, y qué gusto les daría a Hernández y Fernández descubrir todo lo que les habían ocultado.

Se vistió rápidamente y bebió de dos sorbos la taza que le ofrecía Sofía, mientras ella recogía un poco la sala y la cocina. Cuando le entregó su camiseta, tuvo una fugaz visión de su delicioso cuerpo desnudo, pero con cierto repentino y a la vez tardío pudor, ella corrió a encerrarse en el baño para vestirse.

—¿De dónde ha salido esta toalla amarilla? —le preguntó, cuando volvió a aparecer en la sala, vestida y con la cara recién lavada.

—Estaba en una bolsa al lado del sofá. Yo... Eh... Te tapé con ella cuando llegó Carmela.

—Me parece que este vino tiene más alcohol de lo que dice la botella. —Sergio recogió la botella de Lambrusco y las dos copas y las llevó a la cocina.

—¿Hay algo de lo que no te acuerdes? —Sofía entró en el baño y salió con un peine, mirándolo con una sonrisa coqueta mientras se arreglaba el pelo.

—Me acuerdo de todo lo importante. —Dejó la botella en el cubo de la basura y lavó las copas, sin dejar de lanzar miradas a Sofía que le sonreía cuando la descubría espiándolo.

Antes de irse, dejaron comida y agua para los dos gatos, que aquella mañana estaban de lo más cariñosos.

—Sofía, ¿estás segura de que estos dos son machos? Por que o bien los gatos también pierden aceite, o el desoro de Vicente es el primer gato travestí de la historia. Mira cómo se contonea delante del otro, como si estuviera esperando un piropo.

Se rieron un rato a cuenta de los escarceos de los gatos, pero al poco Sofía miró de nuevo inquieta su reloj.

—¿Nos vamos ya?

—Vamos.

A los chorizos les gusta el chorizo

Santiago de Compostela. 25/07/12. 10 horas.

En la calle lucía un sol radiante y, mientras caminaban hacia la zona vieja, empezaron a cruzarse con los primeros turistas y peregrinos madrugadores que se dirigían a la plaza de la catedral. Era el día grande entre los grandes. 25 de julio, festividad de Santiago Apóstol, que al coincidir en domingo supone la celebración del Año Santo, y la posibilidad de ganar el Jubileo, la Indulgencia Plenaria, la expiación de todos los pecados cometidos en el pasado. A lo largo de todo el año habían estado llegando a la ciudad personas procedentes de todo el mundo, haciendo el camino a pie o en bicicleta, abarrotando pueblos y albergues; pero aquel era el día más importante, y la avalancha amenazaba con arrastrarlos.

Sofía se colgó del brazo de Sergio, buscando su protección cuando una riada de peregrinos los rebasó por la derecha, cantando una letra sin sentido que les marcaba un paso ligero camino de la Praza do Obradoiro. Sergio la envolvió con su brazo y ella levantó la cara para sonreírle poniéndose en la punta de los pies para darle un breve beso en los labios.

—Tu beso de buenos días.

—¿Necesitabas estar rodeada de extraños para dármele?

—Así me aseguro que se quedará sólo en un beso.

Sergio sonrió. Ella estaba de muy buen humor aquella mañana, a pesar de lo hablado con Carmela. Quizá no era cierto que sentía remordimientos por su novio desaparecido. Quizá había llegado a la conclusión de que no valía la pena.

Esquizaron a un borracho durmiendo en plena calle, contenedores volcados y montones de vasos de plástico y botellas, que daban fe de la agitada noche vivida en Compostela. Empleados del Ayuntamiento se afanaban en limpiar, mientras un despliegue inusual de cuerpos de seguridad revisaba cada papelera y cada portal, interrumpiendo el sueño plácido y etílico de un hombre, al que se ofrecieron amablemente a acompañar a su casa.

Sofía se dio cuenta de que quizá no podrían cruzar por delante de la Catedral. A esas horas debía comenzar la ofrenda al Apóstol, y aquello estaría lleno de autoridades y policía. Era extraño pensar que ahora mismo estaban en la ciudad con mayor despliegue policial de España y ellos se tenían que enfrentar solos a una banda de mafiosos rumanos.

Cuando por fin llegaron de vuelta a su casa, tras un pequeño rodeo, Sergio pensó que las horas pasadas desde el viernes tenían algo de odisea, y que así debía sentirse Ulises cuando por fin regresó a Itaca. Por suerte para él, se había dejado seducir por el canto de la sirena que ahora se refugiaba en su costado, manteniéndole, a pesar del cansancio y las prisas, en un estado de constante excitación con su sola presencia. Procuró alejar los recuerdos de la noche pasada.

Cerrando los ojos con un gesto dolorido para no mirar el culo de Sofía mientras abría el portal. Si volvía a lanzarle aquella sonrisa tan sexy que lucía desde primera hora, mezcla de felicidad y de satisfacción, acabaría por encerrarla en su torreón del ático y de allí no les sacaban ni los abuelos contrabandistas ni cien mafiosos con rifles de asalto.

Aún preocupada por un posible regreso de los rumanos, Sofía le pidió que la esperase en su piso, mientras ella se daba una ducha rápida y se vestía.

El piso de Sofía era más grande que el ático, o quizá lo parecía porque no tenía los techos abuhardillados, lo que al suyo le robaba metros al fondo de la sala y en el dormitorio. Sergio

cotilleó sus libros y sus discos, fijándose en que casi no parecía el piso de una chica, los muebles eran básicos, estilo Ikea, y no habían montones de cojines ni cortinas de colores, como en el de Anabel. Todo parecía funcional, cómodo, pero no demasiado acogedor. Recordó de repente el impresionante piso en el que Sofía vivía de niña, con sus padres. Dosecientos metros repartidos en un montón de habitaciones, un inmenso salón con muebles de pesada madera, asientos tapizados en terciopelo y pesados cortinajes. Era lo más parecido a un palacio que Sergio había visto en su vida, al menos habitado. Comprendía perfectamente que ahora prefiriese un espacio despejado, sin ridículas mesitas y aparadores con los que ir tropezando, ni figuras de porcelana en las estanterías.

Escuchó el agua chapotear en el baño y ya no pudo pensar más en decoración. La idea de las seductoras curvas de Sofía, mojadas y sonrosadas por efecto del agua caliente, era una tentación a la que no pensaba resistirse.

—¿Qué haces? —preguntó ella cuando lo vio entrar y co-menzar a desvestirse.

—Bueno, has dicho que nos demos prisa. Yo también tengo que ducharme, así que he pensado ahorrar tiempo.

—Pero si yo no he acabado...

—No te preocupes. Yo te enjabono la espalda y así aca-bamos antes.

Sofía enarcó las cejas, escéptica, pero no añadió nada más. Con la esponja llena de espuma en la mano, esperó tranquilamente a que él se introdujese en la cabina de ducha, que obviamente no estaba pensada para dos personas.

—Vamos a estar un poco apretados —susurró, aguantán-dose un gemido cuando él se acercó un poco más a su espalda y sus caderas entraron en contacto.

—Mejor.

Le cogió la esponja de la mano y la apretó, dejando que la espuma le corriera por la piel. A continuación fueron sus manos las que siguieron el sendero blanco y deslizante del jabón. Sofía se recostó sobre su pecho, sintiendo su miembro enhiesto apoyado contra sus nalgas. Suspiró cuando le tomó los senos, enjabonándolos con movimientos circulares.

—Nunca había hecho esto.

Sergio sonrió, satisfecho de aquella confesión. Estaba en el paraíso, con la chica más preciosa y sexy que se podía imaginar, completamente desnuda, entre sus brazos, y ella reconocía, casi ronroneando, que era la primera vez que se duchaba con un tío. Bien, ese era su día de fortuna.

—Ahora me pagarás lo que me hiciste sufrir ayer en la playa.

Ella rio bajito al recordar su excitación y el tiempo que se había pasado dentro del agua helada, esperando a que no fuera tan evidente.

—¿Me vas a castigar? —murmuró, mimosa.

Si seguía moviendo su culo contra su erección, le resultaba muy difícil encontrar las palabras.

—Tú te lo has buscado.

—¿Y cuál es el castigo?

La pregunta acabó en un gemido, cuando la mano grande de Sergio se introdujo entre sus muslos, su dedo índice aca-riciándole el clítoris empapado, suavizando el masaje con la espuma del jabón.

—Te quedarás de pie, de cara a la pared.

—Oh.

Sofía apoyó las manos abiertas y los antebrazos contra los azulejos, arqueando la espalda y ofreciéndole una visión de-liciosa de sus apetitosas nalgas. Sergio se acomodó entre ellas, sin

dejar de acariciarla, mientras la punta de su pene se adentraba entre sus tiernos pliegues.

—Sofía, cariño, te la voy a meter hasta el fondo, y no voy a parar hasta que grites, ¿de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza, apoyando la frente contra los fríos azulejos, al borde del orgasmo entre sus caricias y sus palabras. Entró dentro de ella de una sola embestida, suje-tándola por las caderas y empujando una y otra vez contra su culo. Sofía gimió y jadeó, y se arqueó más, buscando el contacto completo. Sergio le besó la espalda y mientras una mano subía para tomar uno de sus senos, la otra volvió a in-ternarse en su monte de Venus, friccionando el botón más sensible con el dedo índice hasta hacerla gritar y convulsionar en un portentoso orgasmo. Salió de ella antes de eyacular, frotándose contra su espalda para buscar su liberación. Aún con los ojos cerrados y jadeando, Sofía se dio la vuelta, se colgó de su cuello y le envolvió las caderas con sus piernas, acogiendo su pene tembloroso, que disparó su semilla mientras ella le besaba y se frotaba contra él, arriba y abajo, de-jándole sin aliento.

Algo más tarde subieron al ático e intercambiaron los papeles.

Mientras Sergio se vestía, Sofía se quedó en la sala, curio-seando entre sus cosas. Deberían quedarse todo el día en la cama, no habría otro día como aquel, después de su “segunda” primera vez, era el momento perfecto para estar juntos sin despegarse ni un momento, para hacer el amor hasta agotarse, para recuperar todo el tiempo perdido. Qué tonta había sido, qué cabezota. Si hubiera escuchado a Carmela desde el primer día en que Sergio puso el pie de nuevo en Compostela, todo sería perfecto ahora. No tendría que hacer un esfuerzo por borrar de su recuerdo el sonido de tacones subiendo al piso de Sergio, las risas ahogadas de madrugada, su cara de cansancio cuando se lo cruzaba en las escaleras al otro día. Mientras Sofía se mantenía en su trono de reina fría y altiva, guardando la ausencia de aquel novio cuyo recuerdo ya se desvanecía hasta para ella, Sergio se había divertido de lo lindo, y ella no podía reprochárselo.

Hizo un esfuerzo para poner freno a los celos que amenazaban con asfixiarla, y se volvió con la mejor de sus sonrisas cuando escuchó abrirse la puerta del baño.

Sergio cruzó el corto pasillo hacia su dormitorio, completamente desnudo, con el pelo húmedo y alborotado, haciéndole un guiño al pasar. Ella se agarró al respaldo de una silla, conteniendo el aliento, y cuando él desapareció, corrió a asomarse a la ventana para que el aire de la mañana le refrescase la cara. Bueno, la cara y todo lo demás.

Poco después, cuando bajaban las escaleras se encontraron la puerta del piso de Vicente abierta.

—¿Su avión habrá llegado antes de tiempo?

—Me extraña que no me haya avisado.

Sofía empujó la puerta y se asomó al pasillo llamando a Vicente. La vivienda estaba completamente revuelta por efecto de los mafiosos, y tuvieron que abrirse paso entre sillas caídas y cuadros descolgados, camino de la cocina donde se oían pasos.

Cuando pronunció el nombre de Vicente por tercera vez, la puerta de la cocina quedó obstaculizada por una sombra enorme que, desde luego, no pertenecía al anciano dueño del piso.

Uno de los esbirros rumanos, tamaño armario de tres cuerpos, vestido con una larga gabardina gris y comiéndose un chorizo, salió de la cocina y se detuvo en el pasillo, mirándolos alelado.

—¡Sofía, corre!

No le dio tiempo. El tipo era grande y no parecía muy listo, pero era rápido. La agarró por un brazo y no le dejó dar ni un paso. Retorciéndole la muñeca, le llevó el brazo a la espalda,

apretándola contra su inmenso pecho.

—Tío, no te atrevas a hacerle daño.

Sergio avanzó dos pasos hacia ellos, pero el mafioso mantuvo a Sofía delante de él, apretando más su brazo y arrancándole un quejido.

—Vosotros esperar aquí, venir jefe pronto.

—No vamos a esperar a tu jefe. O la sueltas ahora mismo

—O te partiré esa nariz de boniato que tienes.

—Esperar y yo no hacer daño.

—Te lo advertí.

La cabeza del rumano asomaba completamente por encima de Sofía, que se encogió al ver venir el puño de Sergio.

Fue rápido y contundente. Un solo golpe y el armario cayó ni suelo fulminado, sujetándose la nariz de la que manaba sangre en abundancia.

—Busca algo para atarlo.

Sofía se metió en el baño y salió con el cinturón de un albornoz. Sergio le ató las manos delante del pecho, y le ayudó a sentarse en el suelo, poniéndole un pañuelo en las manos para que se secase la sangre de la nariz.

—Ahora tú vas a esperar aquí a tu jefe, y le vas a decir que nos deje en paz de una vez. Nadie sabe nada de un tesoro oculto. Estáis perdiendo el tiempo aquí, tío, olvidad a Vicente y yo no tendré que romper más narices. ¿Vale?

—Jefe enfadado.

—Sí, ya me imagino que va a estar muy enfadado. Pero mejor enfadado que en la cárcel, ¿verdad? ¿O queréis que avisemos a la Policía?

—No, no, Policía, no.

—Bien, veo que nos entendemos.

Sergio hizo un gesto a Sofía para que saliese del piso y la siguió, observando casi con pena al gigante rumano, que se apretaba la nariz dolorida con un pañuelo que ya se había teñido de rojo.

—¿Estás bien? —le preguntó, palpándole con cuidado la muñeca. El rumano le había dejado marcados los cinco dedos.

—No es nada. —Sofía liberó su mano, quitándole importancia, y le dio un breve y casto beso en la mejilla—. Eres mi héroe —aseguró, apretando el antebrazo de Sergio para comprobar la fuerza que acababa de demostrarle.

—Ya me he hartado de esos tipos, no pienso permitir que nos sigan asustando.

Ella le cogió la mano derecha y vio que tenía los nudillos enrojecidos del golpe. Los besó con delicadeza y Sergio le devolvió el gesto besándola en la frente. Fue un momento tierno, distinto de la pasión vivida la noche anterior, y también de su anterior relación de amistad llena de pequeñas disputas cargadas de bromas.

—No me extraña que tengas tanto éxito con las mujeres.

Le dolieron aquellas palabras. Nunca hasta el momento había imaginado que llegaría el día en que se arrepentiría de sus ligues de fin de semana. Había muchas mujeres en su pasado, demasiadas quizá. Con algunas había llegado a tener una relación casi formal. Otras, sobre todo desde su regreso a Santiago, le duraban lo que el sábado noche. Podía decirle a Sofía que las utilizaba a modo terapéutico, para olvidarse de la inalcanzable vecina de abajo, pero ella probablemente creería que sólo le decía aquello para halagarla. Las mujeres suelen ser así de difíciles.

Sofía esperó en vano a que Sergio tratase de justificarse por su comportamiento. Al menos

algo del tipo, “eso ya se ha acabado para mí”. Pero él mantuvo un silencio pensativo mientras caminaban. Lo único que escuchó de sus labios fue que se ajustase el cinturón, cuando cerró la puerta del coche tras mantenerla abierta para que ella se sentase. A veces tenía aquellos gestos, de antigua caballeridad, y Sofía no podía negar que los apreciaba.

Borja también hacía esas cosas, y al principio le encantaba. Cuando le conoció mejor, descubrió que si él le pedía que se pusiese guapa para una cita, no era por su propio disfrute, sino para presumir de la mujer que llevaba al lado. La lucía como un trofeo ante sus conocidos, halagaba exageradamente su éxito empresarial, su educación y su cultura, aseguraba que era la mujer perfecta y le dedicaba un montón de mimos y cariños inapropiados que la hacían sentirse un tanto violenta en ocasiones. Si salían a cenar, Borja pedía para los dos. Elegía también el vino y el postre. Si iban de compras, le aconsejaba lo que le iba bien y lo que no. Incluso había intentado influir en sus lecturas o en sus gustos cinematográficos. En muchas ocasiones, sin embargo, en privado, había insistido en lo incompleta que era la formación de Sofía. No concebía su miedo irracional a volar, lo que le impedía ampliar sus horizontes culturales conociendo ciudades, según él, de capital importancia, como Londres o Nueva York. A veces parecía pensar que se había inventado aquella fobia sólo para fastidiarlo. Por eso, cuando le ofrecieron aquel trabajo en el Caribe, el día de su despedida trató de chantajearla asegurando que le demostraría su amor si se reunía con él en sus vacaciones. Viajar ocho horas en un avión, ella que apenas soportaba un viaje en coche. Cruzar el Atlántico, con sus olas como montañas y sus profundidades insondables. Ni por Borja ni por su madre. No, Sofía no había ido a ver a Borja en sus vacaciones ni planes tema de verlo en un futuro inmediato. Por más que le pareciese incorrecto, tendría que romper con él a distancia. Por teléfono, decidió, tampoco se trataba de mandarle un correo o ponerle un privado en Facebook. Una breve llamada, sí, tal vez aquella misma noche, y los remordimientos desaparecerían.

Una vez que tomó aquella decisión, Sofía respiró hondo y soltó el aire con un suspiro que hizo que Sergio se volviese a mirarla al tiempo que apagaba el coche. Ni se había dado cuenta del viaje, y ya estaban en el aparcamiento del aero puerto de Lavacolla.

—¿Y ese suspiro?

—Más bien un bostezo —mintió—. Hoy no hemos dor mido mucho.

—Ya.

Sofía trató de soltar el cinturón de seguridad, pero se re-sistía a salir de su anclaje. Sergio se inclinó hacia ella y forcejeó con el viejo mecanismo.

—A veces se pone muy terco.

Sonó un click y Sofía quedó por fin libre, pero no se movió ni un centímetro. Sólo extendió una mano y enlazó a Sergio por la nuca, ofreciéndole su boca.

—Gracias otra vez —susurró después de un largo y apa-sionado beso.

—Si esta es tu forma de agradecerme las cosas, no dudes en chasquear los dedos siempre que me necesites.

—No me des ideas.

Cuando accedieron a la terminal, ya comenzaban a salir los primeros pasajeros del vuelo procedente de Caracas. Sofía estiró el cuello y dio saltitos hasta lograr vislumbrar entre el gentío a Vicente, tan elegante como si viniera de una reunión social, con traje color crema y sombrero panamá a juego. Le hizo señas, pero él no la había visto aún. En realidad se detuvo y se volvió hacia atrás, como si esperase a alguien. Al poco, otro hombre trajeado se le acercó y se puso a su altura, empujando un carrito con sus maletas.

—¿Quién es ese que viene con Vicente?

Sofía había perdido el habla. Su boca estaba seca y su len-gua era un pedazo de carne

muerta en su interior, incapaz de moverse ni de ayudarle a pronunciar sonido alguno.

—¡Sofía! ¡Sofía, criatura, has venido a buscarme! Ya te dije que vendría. ¿A que está guapísima? Dame un beso, chiquilla, qué contento estoy de verte. —Dejó que Vicente la abrazara y la besara en las mejillas, antes de empujarla hacia los brazos de su compañero—. Y ahora recibe como corresponde a tu novio, bija, que ha salvado mi viejo cuello en Venezuela y ha cruzado el Atlántico, seguro que no sólo para acompañarme.

—Cariño, perdona por no haber contestado a tus llamadas, mi teléfono va fatal, pero ya ves, en cuanto recibí tu mensaje, corrí al rescate de Vicente.

Sofía no sabía quién era aquel extraño engominado, moreno y de sonrisa libidinosa, que de repente la estaba abrazando y besando como si quisiera devorarla en medio del aeropuerto.

—Sergio, muchacho, gracias a ti también por venir a recogerme.

Vicente extendió una mano hacia Sergio, que se la estrechó sin dejar de mirar a la pareja que tenía detrás, esperando que un rayo le cayese sobre la cabeza y lo partiese en dos, convencido de que sería menos doloroso.

—Vicente, ¿quién es ese?

—¿Ese? Pues es Borja, claro. El novio de Sofía.

* * *

Los pocos kilómetros que separan el aeropuerto del centro de la ciudad, se convirtieron para Sergio en un camino de espinas. Por un momento había deseado poner una excusa y desaparecer; que se buscaran un taxi para volver a casa. Apeló a todo su sentido común y a la poca sangre fría que quedaba en sus venas para no hacerlo.

Sentada a su lado, Sofía parecía tensa como las cuerdas de un violín. Contestaba con monosílabos a las palabras de Vicente y Borja, tan contentos ambos, acomodados en el asiento trasero.

—¿Y cómo estará mi Tesoro? —preguntó de repente el anciano, provocándoles a los dos un respingo ante la mención de la palabra maldita—. Espero que se haya portado bien.

—¿El gato? —preguntó Sergio, el primero en recuperar la voz—. ¿Estás preguntando por el gato?

—Claro, ¿qué otro Tesoro si no?

—Pues ahora que lo dices... —Sergio miró a Sofía, esperando que ella le hiciese una indicación sobre seguir o no hablando delante de Borja—. No crearás los problemas que hemos tenido en el edificio los dos últimos días.

—¿Qué ocurrió en Venezuela? —preguntó de repente Sofía, recuperando el habla—. Con todo eso del contrabando de diamantes y demás.

—Por supuesto fue todo una absurda confusión —aseguró Borja, ofreciéndole a través del espejo su sonrisa más profesional—. Vicente había comprado unas baratijas, que los ineptos de la aduana creyeron valiosas.

—¿Sólo fue eso?

Sofía se giró para mirar a los ojos al anciano, que desvió el rostro incómodo.

—¿Qué insinúas, Sofía? ¿Cuáles son los problemas de los que habla tu vecino?

Sergio se removió inquieto en su asiento. De un plumazo el tal Borjita le había reducido a la condición de simple vecino de Sofía. No amigo, mucho menos amante. En fin, si él quería creer que esa era su única relación, ya llegaría el momento de desengañarlo.

—Hay muchas cosas que tenemos que contarle a Vicente, pero son privadas.

—Ahora yo soy su abogado, Sofía, nada es privado para mí.

—No sé... —Sofía buscó la mirada de Sergio, que asintió con la cabeza—. Vicente, unos... Eh... amigos tuyos, entraron en tu piso la otra noche.

—Unos amigos.

—Extranjeros. Creemos que rumanos.

Hubo una mirada cómplice entre los dos pasajeros de atrás que Sofía no supo interpretar.

—¿Qué querían del piso de Vicente? —preguntó Borja.

—Decían... Eh... Que Vicente les debía algo y que ellos sabían que guardaba un tesoro.

—¿Un tesoro? —Borja se burló con un resoplido de las palabras de Sofía, que enrojeció indignada.

—Nos amenazaron, nos ataron, y cuando conseguimos liberarnos, nos persiguieron por las calles de Santiago como en alguna absurda película surrealista. Borja, no estoy bromeando. Estamos muy asustados.

—¿Habéis llamado a la Policía?

—Temíamos complicarle más las cosas a Vicente, con el problema que ya tenía en la aduana...

—Bien hecho. Ahora ya no tenéis que preocuparos de nada. Yo me encargo.

—Es que hay más.

—¿Más?

Por el retrovisor, Sergio veía al novio de Sofía mucho más interesado y preocupado por el tema de lo que quería dar a entender. Su rostro parecía perder poco a poco su saludable bronceado caribeño, y apretaba tanto la mandíbula que sus dientes emitieron un molesto chirrido.

—Uno de los mafiosos rumanos está ahora en el piso de Vicente. Atado a una silla —aclaró, sin quitar ojo al abogado, aprovechando que se habían detenido en un semáforo a la entrada de la ciudad.

—¿Atado? ¿Es que os habéis vuelto locos?

—Agarró a Sofía por el cuello. Amenazó con hacerle daño.

Borja había comenzado a sudar en frío. Pero Sergio sabía que no era por la preocupación por su novia. Allí había algo más que no les estaban contando. Desde luego no se había creído aquel cuento de las baratijas falsas retenidas en la aduana.

—Vicente, la piedra que me diste era muy valiosa.

—¿Qué piedra?

—Estoy hablando con Vicente. —Sergio se giró en el asiento y señaló al abogado con un dedo, haciéndolo callar a su pesar—. Dime la verdad, ¿has estado trayendo diamantes de contrabando para esa gente? —El anciano tragó saliva antes de musitar una afirmación que apenas se escuchó dentro del silencioso coche—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? Nos has puesto en peligro a todos.

—Me dijeron que era seguro. Ellos se ocupaban de todo. Necesitaba el dinero, yo no tengo pensión y sólo con los al-quileres no me llega para vivir...

Los coches detenidos detrás del suyo comenzaron a pitar al ver que cambiaba el semáforo y Sergio tuvo que arrancar. El resto del trayecto hasta su calle lo hicieron en completo silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

Una vez que detuvo el coche delante del portal, Sergio esperó a que todos se bajaran y que Borja se ocupara de sacar el equipaje del maletero.

—Voy a guardar el coche en el garaje —le dijo a Sofía, que se asomó a la ventanilla para preguntarle por qué no se bajaba.

—Pero si ese hombre sigue ahí...

—¿No ha dicho tu novio que ahora se encargará él de todo? Dale un margen de confianza, mujer, parece un tipo muy competente.

Y sin añadir otra palabra ni decir cuándo volvería, arrancó el coche y se alejó sin mirar atrás.

—Sofía, cariño, ¿estás ahí? —Borja se acercó y le tomó la cara con una mano, obligándola a mirarle a los ojos—. Escucha, no quiero que te preocupes más, ¿de acuerdo? Todo se va a solucionar. De manera rápida y discreta. Ninguno de los dos queremos ver a Vicente entre rejas, ¿cierto? —Sofía asentía a cada interrogación, hipnotizada por la voz y la forma de vocalizar de Borja. Sabía que era una persona competente, profesional y de fiar. Todo iba a ir bien. Se había acabado la pesadilla—. Ahora quiero que te lleves a Vicente a tu piso, yo me encargo de limpiar el suyo.

* * *

Después de asegurarse que Sofía y Vicente subían juntos al segundo piso, Borja entró en el del casero, cerrando la puerta a su espalda.

Sentado en el suelo, con las manos atadas y la cara manchada de sangre, el rumano dormía un sueño inquieto, dándose cabezazos contra la pared en la que se había recostado, cada vez que el cuello se le doblaba en una postura incómoda.

Borja se agachó a su lado, pensando cómo despertarlo sin mancharse su traje impecable a pesar de las ocho horas de vuelo desde Caracas. El mafioso sonrió un poco, murmurando algunas palabras ininteligibles, y se acomodó mejor contra la dura pared. Borja supuso que a alguien que dormía tan profundamente en aquellas circunstancias, no se le despertaba tan fácilmente, así que se incorporó y entró en la cocina.

La jarra de agua fría que volcó sobre la cabeza sudorosa del tipo fue suficiente, sí, para despertarle a gritos.

—Deja de gritar, gilipollas, y no me cabrees más que ya tengo motivos suficientes para retorcerte tu pescuezo de cerdo.

—Jefe decir viene pronto.

—¡Qué coño me importa a mí tu jefe! Te voy a cortar las manos. ¿Cómo te atreves a tocar a mi novia?

—Yo no tocar tu novia. Yo no conozco.

—¡Pues claro que la conoces! Es la única mujer que vive en esta maldita casa, alta y morena, muy guapa.

—Esa novia del tío alto que pega como boxeador.

El rumano se tocó despacio la nariz rota, parpadeando para contener lágrimas de dolor.

—No, no es la novia de ese, sólo son vecinos, joder. Sofía es mi novia, te lo estoy diciendo.

—Ellos siempre juntos, ella coger del brazo y de llamar “cariño” al vecino.

—¿Me tomas el pelo? Ya te advertí que estoy muy cabreado.

Borja agarró al mafioso por las manos atadas y lo zarandeó con poca delicadeza, hasta deshacer los nudos que le inmovilizaban.

—No broma. Ellos siempre juntos.

El rumano se puso en pie, secándose con las mangas de su camisa las gotas que aún le corrían por la cara y el pelo chorreante.

—¡Cállate y no me jodas más! —Borja había sacado su móvil del bolsillo y marcó, escogiendo un número de su agenda. Mientras, el otro se agachaba a recoger el trozo de chorizo que estaba comiendo cuando Sofía y Sergio lo encontraron en el piso—. ¿Nikolai? Ya estoy en España. ¿Me puedes decir qué coño habéis estado haciendo? Llego y me encuentro a uno de tus esbirros durmiendo la mona en el piso del viejo, y encima me entero de que os

habéis estado pasando con mi novia.

—Yo no creer ella tu novia —murmuró el rumano a sus espaldas, tragando el último bocado de embutido. Borja le lanzó una mirada asesina, mientras le amenazaba con un dedo para que estuviera callado y poder escuchar lo que el otro le decía por el teléfono.

—No te preocupes por éste, ahora mismo te lo mando de vuelta, pero escucha, quiero que os estéis quietecitos y no sigáis metiendo la pata. Yo me ocupo de todo, traigo instrucciones expresas de Venezuela, ¿entendido?

Borja escuchó la respuesta del otro lado y colgó sin despedirse.

—Yo marchar.

—Sí, anda, vete, y como vuelva a ver tu fea cara por aquí, yo mismo me encargaré de romperte algo más que la nariz.

Lo detuvo por un brazo y salió al descansillo, asegurándose que nadie lo veía irse. Cuando comprobó que ni Sofía ni Vicente estaban a la vista, lo empujó escaleras abajo, suspirando cuando el portal se cerró detrás de él. Volvió al interior del piso y miró a su alrededor, pensando en su coartada.

Sobre la mesa de la entrada había un pequeño busto con la efigie de Simón Bolívar, el Libertador de Venezuela.

Lo cogió, lo sopesó, y se lo estampó contra la frente.

Las comparaciones son tan odiosas como necesarias

Santiago de Compostela. 25/07/10. 14 horas.

Vicente se había dejado caer sobre la butaca de la sala de Sofía, con un exagerado suspiro de cansancio, y antes de que ella empezara con las preguntas y las recriminaciones, ya le estaba pidiendo una infusión para su pobre estómago des-trozado por la comida del avión.

Cuando Sofía regresaba de la cocina, con una manzanilla y un plato de galletas para el anciano, se lo encontró dormitando con la boca abierta, derrotado. A pesar de todos los malos tragos que les había hecho pasar, le quería como al abuelo que no tenía y sintió una mezcla de alivio y de ternura al verlo tan relajado ahora que por fin había vuelto a casa. Le estaba tapando con una manta ligera, recordando lo friolero que era, cuando sonó el timbre de la puerta.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué te ha pasado?

Borja tenía en la frente un chichón del tamaño de un huevo de codorniz, rojo y palpitante, que destrozaba su siempre impecable aspecto.

—Parece que a tu amigo Sergio no se le dan bien los nudos. El tipo se había desatado y me estaba esperando. Me atizó con una figura metálica que tiene Vicente sobre la mesa de la entrada. Creo que he perdido el conocimiento por unos minutos.

Corrió de vuelta a la cocina, en busca de hielo y algún analgésico, mientras Borja se sentaba en la sala, mirando con rabia al anciano dormido.

—Menuda la que has liado, con esa cara de no romper un plato, joder.

—¿Se ha despertado Vicente? —preguntó Sofía entrando en la sala.

—No, no, es que estaba hablando solo.

Borja protestó y casi lloriqueo como un crío mientras le aplicaba una servilleta con hielo sobre la frente y le hacía tra-gar una pastilla con un vaso de agua. Cerró los ojos esperando el efecto del medicamento e ignoró a Sofía, que se asomó a la ventana, vigilando la calle para ver si Sergio volvía a casa. La calle estaba vacía, ni personas ni coches se acercaban en ninguna de las dos direcciones. Suspiró, preocupada por lo que estaría pensando Sergio sobre la inoportuna aparición de Borja.

Se dio la vuelta para mirar al que ya consideraba su ex novio. Pobre. Había llegado como un caballero andante, cruzando el Atlántico, para defenderla de los mafiosos rumanos, y ella ni siquiera se lo había agradecido. Se sentó a su lado y le quitó la servilleta con hielo que apretaba contra la frente, para comprobar si le bajaba la hinchazón.

—Lo siento, cariño, no te hubiera dejado ir solo de saber lo que iba a pasar.

—No te preocupes, ya casi no me duele. Borja la observó con los ojos entrecerrados, recordando las palabras del rumano—. Me lo merezco, por no haber estado aquí para cuidarte. Estoy muy cabreado conmigo mismo, si te llega a pasar algo...

Dejó que la abrazara, esquivando a duras penas un beso que acabó recibiendo el pelo sobre su oreja. Con la espalda y el cuello en tensión, se sintió incapaz de relajarse contra el cuerpo del hombre con el que hasta hace poco creía que pa-saría el resto de su vida. Un recuerdo fugaz de aquella Sofía que aún soñaba con que Borja regresaría del Caribe, con un anillo en la mano y un juramento de no volver a abandonarla nunca, le cruzó apenas por la mente. ¿En qué

momento todo aquello se había desvanecido? Tampoco importaba. Lo único que le preocupaba ahora era cómo decirle a Borja que todo había terminado entre ellos.

—Tenemos que cuidar a Vicente. —Fue lo único que se le ocurrió decir en voz alta—. Esos hombres están dispuestos a hacerle daño.

—Ya te he dicho que no te preocupes. —Puesto que ella había encajado la cara en su cuello, evitando a la vez sus labios y mirarle a los ojos, Borja tuvo que limitarse a besarla en la sien—. No quiero que tu linda cabecita sufra pensando ni un minuto más en esos horribles delincuentes. Todo se va a solucionar ahora que ya estoy yo aquí.

¿Siempre había sido tan condescendiente? Sofía comenzó a sentir náuseas. Asintió contra su cuello, como una niña buena, rogando porque dejara de hablar en aquellos términos.

—Entonces... ¿Te quedarás en el piso de Vicente para protegerle, hasta que pase esta pesadilla? —No le quedaba más opción que seguir en su papel, no tenía corazón para darle las malas noticias, después de lo bien que se estaba portando con ella, pero su idea del agradecimiento no llegaba hasta el extremo de meterle en su cama. Eso se había terminado definitivamente entre ellos. Y después de la noche pasada con Sergio, tampoco es que fuera a echarlo mucho de menos.

—Lo que tú mandes, princesa —aceptó Borja, demasiado deprisa—. Pero esta noche, cuando el abuelo se haya quedado dormido, quizá me encuentres trepando a tu balcón.

Sofía soltó una risita falsa, y se deshizo de su abrazo, anotando mentalmente cerrar bien puertas y ventanas aquella noche. Nadie se iba a colar por su balcón.

—El hielo se ha derretido —se excusó, huyendo hacia la cocina. Sus pasos ligeros despertaron a Vicente, que parpadeó confundido, abriendo y cerrando la boca varias veces, como si no le salieran las palabras.

—Tesoro... —llamó, aún somnoliento—. ¿Dónde estás, Tesoro?

—No está aquí, Vicente —le dijo Sofía, asomando desde la puerta de la cocina—. Está en casa de Anabel.

—Me gustaría tanto verlo...

—Lo voy a buscar, si quieres. —Cualquier cosa con tal de escapar de su pegajoso exnovio, que la miraba desde el sofá con ojitos de cordero degollado.

—¿De verdad, lo harías? —preguntó Vicente, con un gesto tan esperanzado que sólo pudo responderle con una sonrisa y un asentimiento.

—Yo voy contigo, Sofía.

—No, no, no. —Se acercó a Borja, poniéndole una mano en el hombro para evitar que se levantara del sofá. De repente le parecía que era más bajito y más enclenque de lo que recordaba. Supuso que inconscientemente lo comparaba con Sergio, que le llevaba casi una cabeza de altura y que lucía un cuerpo esculpido a base de horas y horas de piscina. El decía que nadaba para relajarse y para aliviar su espalda de las contracturas provocadas por tantas horas ante el ordenador y los libros que traducía. Pero el resultado era el primer caso de ratón de biblioteca con cuerpo de atleta griego.

—Sofía, ¿dónde te has ido?

Ay, Dios, y ahora Borja la había pillado soñando despierta con Sergio. Lo que le faltaba. En fin, la mejor defensa es el ataque, decidió.

—Que no, que tú no vienes. Si casi te rompe la cabeza el bestia ése... Te quedas aquí y descansas, que buena falta te hace, y yo voy y vengo en un ratito. Con el Tesoro de Vicente.

Sin dejar de hablar, cogió las llaves de casa, les dirigió una sonrisa a los dos hombres y salió sin darles tiempo a decir adiós.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, Borja y Vicente se miraron en silencio durante largo

rato. Borja se llevó una mano a la herida, masculló un juramento, y luego se puso en pie, mirando desde la ventana para comprobar que Sofía salía del portal y cruzaba la calle, subiendo por la cuesta en dirección al Hostal de los Reyes Católicos.

—Y ahora tú y yo vamos a hablar del tesoro —dijo sin volverse, sobresaltando al anciano que había vuelto a cerrar los ojos—. Y no me refiero al maldito gato.

En la Praza do Obradoiro se había disuelto un poco la aglomeración. Sofía supuso que dada la hora, la mayoría de los asistentes a los festejos del día santo estarían comiendo y chupándose los dedos con la buena gastronomía gallega. Su estómago protestó al pensar en comida y eso le recordó que no tomaba nada desde un desayuno bastante apresurado.

El camino más rápido a la casa de Anabel era cruzando el Franco, por mucho que también fuese el más atestado, así que Sofía enfiló la calle con decisión, esquivando a los ham-brientos turistas que se agolpaban a las puertas de bares y restaurantes, y librándose apenas de ser duchada con cerveza por un grupo de suecos que cantaban algo impronunciable a la puerta de una cervecería, agitando sus jarras llenas hasta los topes, que derramaban más en el suelo que en sus gargantas. Sofía dio dos saltitos a su derecha para evitarlos, y su hombro chocó contra algo duro. Cuando levantó la cabeza y le reconoció, le ofreció una sonrisa tan adorable que a Sergio se le olvidó el cabreo al instante.

—¿A dónde vas con tanta prisa?

—A buscar al gato de Vicente, está deseando verlo.

—¿Y tu novio? —no pudo evitar preguntar.

—Sergio...

—Sofía...

—¿Qué querías que hiciera? —Encogió los hombros, poniendo su gesto más inocente—. Lo que menos me esperaba era encontrarlo en el aeropuerto. ¿Qué podía decirle, después de lo mucho que está ayudando a Vicente? Hola, cariño, precisamente hoy iba a llamarte para decirte que lo nuestro se ha acabado.

—La cuestión es: ¿se ha acabado? —preguntó Sergio, con un gesto de disgusto al oír aquel “lo nuestro” que le hacía hervir de celos.

—Se acabó hace tiempo. —Un grupo numeroso de turistas se introdujo entre ellos y los suecos, empujando a Sofía de nuevo contra el pecho de Sergio, que la envolvió entre sus brazos para protegerla—. Sólo necesitaba que algo me hiciera abrir los ojos de una vez.

—¿Por algo te refieres a lo de anoche? —preguntó Sergio con gesto travieso, ahogando una carcajada cuando Sofía se ruborizó como una adolescente—. Vamos a buscar a ese maldito gato antes de que nos arrasen las hordas de bárbaros —exclamó, cuando un grupo de peregrinos que sin duda habían bebido más vino que el de la misa, volvió a empujarles contra la pared. Sofía se colgó de su brazo, encantada de tenerle como escudo entre ella y la avalancha de visitantes.

—Me puedo acostumbrar a tu protección —le dijo al oído, elevándose sobre las puntas de sus zapatos planos, para besarle en la mejilla.

Sí, podía acostumbrarse con facilidad. No tenía nada que ver con la forma en que la trataba Borja, como si fuera una niña ignorante y dependiente. Sergio se limitaba a mantenerse cerca y ofrecerle su mano si la necesita, sin ahogarla ni menospreciarla.

—Ya sé que sabes muy bien cómo cuidarte, pero de vez en cuando creo que me gustaría llevar los pantalones en esta relación.

Relación. Esa era la palabra que el pensamiento de Sofía llevaba esquivando todo el día. ¿En verdad habían iniciado una relación en los dos últimos días? ¿No se trataba sólo de dos amigos que se divierten juntos, sin promesas, sin planes de futuro? En realidad ella nunca

había hecho algo así, no le iban las relaciones esporádicas, los rollos de una noche que se olvidaban a la mañana siguiente. Pero sabía que ese era el estilo de Sergio. Nunca le había visto dos veces con la misma chica desde que eran vecinos. Aunque le había hablado de aquella novia rumana, la que le había enseñado a reconocer su idioma, y eso no se aprendía en una noche de diversión.

—Hablaré con Borja hoy mismo, solo te pido un poco de paciencia.

—Por ti, Sofía, puedo ser el hombre más paciente del mundo.

Sergio detuvo su paso para mirarla, apenas a unos metros del portal de Anabel. Le gustó lo que vio en su mirada. Una mezcla de deseo y confianza. Era un buen comienzo, el mejor posible, teniendo en cuenta que hasta cuarenta y ocho horas antes Sofía pensaba de él que sólo era un donjuán que se divertía con una chica cada noche. Claro que tenía bastante razón, pero todo aquello se había acabado. Sólo esperaba que ella le diera la oportunidad de demostrárselo.

—El gato —le recordó Sofía, tirándole de la mano para que siguiera caminando.

—¡Qué esperen el gato y Vicente!

La envolvió con fuerza por la cintura, levantándola del suelo para besarla mientras giraba sobre sus pies, como en alguna absurda película romántica. Una pandilla de chavales que comían pipas sentados en un portal los jalearon con aplausos y silbidos, lo que provocó que Sofía volviera a son-rojarse. Obligó a Sergio a dejarla bajar y corrió hasta la puerta del edificio, llamando con urgencia al portero automático para que Anabel les abriese. Desde arriba no contestaba nadie, así que utilizó las llaves que su amiga le había dejado.

—¿Hay fuego? —preguntó el simpático vecino que ya co-nocían, bajando las escaleras hacia ellos.

—Si no lo hay, poco le falta —afirmó Sergio, pasando una mano por el trasero de Sofía mientras le dedicaba una sonrisa lasciva. Cuando desaparecieron dentro del portal, la pandilla de enfrente les seguía gritando su aprobación. El vecino se alejó por la calle murmurando su desaprobación.

Los gatos dormían tan ricamente, enrollados el uno en el otro, sobre la misma alfombra que Sofía y Sergio habían compartido aquella noche.

—Da pena separarlos —dijo Sofía, arrodillándose para acariciar el lomo de Tesoro, que al momento comenzó a ron-ronear, sin llegar a abrir los ojos.

—No sé si ha sido el gato o mi estómago —dijo Sergio, frotándose bajo las costillas, como un niño que reclama su alimento—. ¿Por qué no dejamos en paz a los gatos y nos vamos a comer algo?

—Vicente me espera.

—Pues le llamamos y le decimos que vamos a tardar un poco. Que Anabel no está y no podemos entrar en el apar-tamento.

—No sé...

Sofía tampoco tenía ganas de regresar a su casa, pensaba en el inevitable enfrentamiento con Borja y le producía una pereza infinita. Así terminaba una relación que ella había imaginado que acabaría en matrimonio. Tenían razón todas esas canciones que aseguraban que la distancia es el olvido.

—Venga, ¿no tienes hambre? —Sergio se acercó para abrazarla, zalamero—. Dime que no te apetece una buena ración de pulpo, acompañada de unos pimientos de Padrón, y una botella de Ribeiro bien fresquita.

—Que sea Albariño —aceptó Sofía, con una sonrisa golosa al pensar en el menú que le proponía.

—Lo que desees, pero antes quizá podríamos tomar un aperitivo...

Sofía entreabrió los labios para recibir un beso que la hizo estremecer de la cabeza a los pies. Nadie la había besado nunca como Sergio, decidió. Él le provocaba todas las sensaciones que imaginaba cuando veía una película o cuando leía una escena romántica de una novela, pero que ahora comprendía que nunca antes había experimentado. Desde luego no con Borja.

—¿No estabas hambriento?

—Pero no sólo de comida.

No la iba a dejar escapar fácilmente. Sergio ahogó su risa atrapando de nuevo sus labios en un beso demoledor. Quería borrar hasta la última esencia del beso que el maldito Borja le había dado aquella mañana en el aeropuerto. Como quería borrar hasta el último recuerdo de su presencia en su vida, en sus sueños y pensamientos. Aquel tipo no se la merecía, bastaba con echarle un simple vistazo, con ver cómo la trataba. Sofía se rebajaba con un novio así. Ella era no sólo una mujer preciosa, también era inteligente, competente en su profesión, la mejor amiga, y poseía un sinfín de buenas cualidades que Sergio no podía enumerar mientras la besaba. El se iba a encargar de recordárselas todos los días que permanecieran juntos. El resto de su vida, si se lo permitía.

—Están llamando a la puerta. —Sofía miró hacia el pasillo intrigada. Sabía que Anabel tenía otras llaves, así que no podía ser ella.

—Ya se cansarán —dijo Sergio, aprovechando para besarle el cuello.

—Quizás es Carmela, que no ha encontrado otra toalla para su hijo.

Miraron ambos al suelo en busca de la prenda, hasta que se dieron cuenta de que estaba bajo los gatos. La cara de Borja asomaba llena de bolitas y arañazos.

—Me parece que tendrá que hacerle otro regalo.

—O a lo mejor es Anabel. Recuerda que ayer tenía la despedida de soltera de su prima, a lo mejor perdió las llaves en la fiesta.

—Podría ser. —Sergio recordó algo que le hizo sonreír—. Anabel sabe cómo divertirse.

—¿En serio?

Sofía hizo un mohín con la boca y le esquivó la mirada, para disimular unos celos demasiado evidentes. El se relamió interiormente de gusto.

El timbre de la puerta volvió a sonar, y al momento también golpes en la madera. Alguien parecía tener prisa por entrar.

—Ya abro yo.

Resignado, Sergio cruzó el pasillo y abrió la dichosa puerta. En el descansillo, con cara de pocos amigos, estaba el dichoso Borja, luciendo un chichón purpúreo a un lado de su frente bronceada.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó despectivo.

—Tú eres el que está llegando. ¿No debería ser yo quién hiciera las preguntas?

Borja dio un paso hacia su derecha, permitiendo que Sergio viera que había alguien más con él. Un tipo canijo que lucía un gesto satisfecho que comenzaba a hacérsele demasiado conocido. Para que no quedaran dudas sobre la situación, le mostró la pequeña pistola automática con la que apuntaba a la espalda del abogado.

—Todos amigos conversamos dentro. No queremos molestar vecinos.

Sergio trató de interponerse entre la puerta y ellos, pensando en Sofía que estaba dentro, indefensa, pero el mafioso rumano clavó la automática en la espalda de Borja. El rostro pálido del abogado y la súplica silenciosa en sus ojos, convencieron a Sergio para no empeorar más las cosas con un enfrentamiento.

—Sólo venimos a por el gato de Vicente —dijo el abogado, levantando las manos y forzando una sonrisa hacia el tipo que le amenazaba con una pistola. En la puerta de la sala, Sofía les miraba incrédula.

—¿Qué está ocurriendo?

—Creo que ya os conocéis —trató de bromear Borja, pero era evidente que Sofía no tenía humor para sus chistes malos—. Llegó al piso en cuanto te fuiste, nos amenazó...

—Pero ¿por que lo has traído aquí?

—Por el collar del gato.

—¿El collar? —Sergio se acercó a Sofía y la envolvió con un brazo, en un gesto que aumentó el nerviosismo del abogado.

—Collar muy valioso —aclaró el rumano con una sonrisita que acentuaba su perfil de ratón—. Vosotros dar collar, yo marchar. Nadie lastimado.

—¿El collar? Vale, perfecto. Está ahí mismo, en la cesta. —Sofía señaló a la derecha de Borja, que se apresuró, con indisimulado interés, por agacharse y rebuscar entre las chucherías del gato de Anabel. Al poco entregó al mafioso un collar de piel cuajado de piedras preciosas, tan reluciente como sólo llevaría el gato de París Hilton. Sin necesidad de mirarse, Sergio y Sofía apretaron la boca y disimularon sus pensamientos con su mejor cara de poker.

—Aquí lo tiene, por favor, ahora cumpla su palabra y dé-jenos en paz de una buena vez.

—Tú vuelves conmigo —dijo el canijo—. Ellos no nos siguen y tú libre en casa Vicente.

Sofía intentó dar un paso hacia ellos, pero Sergio la retuvo, pegándola a su costado.

—No le haga daño, por favor —suplicó, incapaz de evitar preocuparse por su exnovio, al que a pesar de todo seguía apreciando.

—No daño. Todos amigos —insistió el rumano, mientras hacía un gesto a Borja para que le abriese la puerta. El abogado les lanzó una mirada en la que se mezclaba el despecho y la preocupación, y salió elevando la frente, como un héroe que se dirige al cadalso.

—¡Tenemos que llamar a la Policía! ¡Esto se nos ha ido totalmente de las manos! —Sofía corrió hacia el teléfono y lo descolgó con manos temblorosas, al borde de un ataque de nervios—. ¡Le matarán cuando se den cuenta de que es un collar de mercadillo!

—No te precipites. —Sergio se acercó y le quitó con suavidad el auricular que volvió a colgar—. Quiero que pienses un poco en lo que acaba de ocurrir. Tú conoces mejor a Borja que yo, ¿no le has notado algo raro?

La preocupación apenas le permitía pensar y menos entender lo que Sergio estaba insinuando. Pero él se sentó a su lado, sosteniéndole las manos entre las suyas, transmitiéndole calma y obligándola a reflexionar.

—Bueno, estaba nervioso sin duda, no sé qué más decirte.

—Piensa en su comportamiento en general desde que llegaron al aeropuerto. ¿No te parece que está demasiado pendiente de Vicente, pero no porque se preocupe por él, más bien como si vigilara cada uno de sus movimientos? —Sofía tuvo que asentir, muy a su pesar. Las manos de Sergio acariciaban las suyas, consoladoras—. ¿Y cómo se le ocurre traer a ese tipo aquí? Habrá tenido mil ocasiones de distraerlo por el camino, de confundirse con la gente y despistarlo, podía inventar alguna excusa, en fin...

—¿En serio sospechas algo raro de Borja?

Sergio asintió con la cabeza. No le importaba hacer caer al repelente abogado del pedestal en que ella lo había subido, pero en el fondo le daba lástima verla tan dolida.

—Creo que está implicado en todo este enredo, no sé exactamente hasta qué punto ni por qué, pero no me fío de él.

—No esperaba que te cayera bien, pero no me creo que trates de meterle en el mismo saco

con los mafiosos rumanos. —Sofía forzó un tono ligero, que arrancó una sonrisa a Sergio un tanto arrepentida, que ella se apresuró a cubrir con su boca—. Borja es inofensivo, cariño, no ha roto un plato en su vida. Y no quiero que pienses más en él como mi novio, eso lo aclaro hoy mismo.

Sergio encogió los hombros, comprendiendo que ella nunca aceptaría la realidad a menos que lo descubriera por sí misma. De todos modos, él iba a estar muy pendiente del tal Borjita, sabía que tarde o temprano lo pillarían en un renuncio.

—¿Y qué vamos a hacer con el tesoro de Vicente?

—¡El tesoro!

Sofía se puso en pie y corrió hacia la cesta de los gatos, donde estaba el grueso y pesado collar de Tesoro. Palpó el cuero rígido, haciendo presión, hasta comprobar que algo se movía en su interior, como pequeñas piedras de río.

—¿Otro regalito de 30.000 euros del abuelo? —preguntó Sergio al ver su expresión, recordando el diamante que habían llevado el día anterior a la joyería del padre de Carmela.

—Más de uno, me temo.

Sergio tomó el collar que le extendía, palpándolo también para comprobar que era cierto lo que le decía. Mascullando un juramento, estrujó el maldito artilugio entre sus manos.

—Nunca nos vamos a librar de ellos —dijo en voz alta, y volvió a jurar al darse cuenta de que había asustado de muerte a Sofía.

—Nos queda la Policía.

—¿Hernández y Fernández? Nos enchironarían a todos. A Vicente por contrabandista, y a nosotros por encubridores.

Algo se le enroscó en los pies haciendo que Sofía diera un saltito y tuviera que ahogar un grito. Asustado, Tesoro también saltó hacia un lado, buscando refugio entre las piernas de Sergio.

—Parece que lo hemos despertado —logró decir Sofía, sujetándose el corazón sobresaltado con una mano en el pecho.

—Pues entonces es hora de volver a casa, y hablar con Vicente en serio.

* * *

Al gato no le gustaba el ascensor, así que mientras bajaban, iba clavando las uñas en el hombro de Sergio.

—Te voy a vender a un restaurante chino —le sopló al bicho en la oreja, quien en represalia le dejó un último arañazo en el cuello, saltó al suelo y corrió hacia la libertad en cuanto la puerta automática se abrió.

—Te ha dejado marcado —bromeó Sofía, aunque en el fondo le daba pena ver el surco rojo púrpura destacando en su piel morena.

—Maldita la hora en que acepté ser su canguro...

Sólo dieron un paso fuera del ascensor y al momento se convirtieron en estaturas de cera, congelados, paralizados. La escena en el portal no podía ser más surrealista. Anabel estaba sentada en las escaleras, con la misma ropa de la noche anterior, pero ahora sucia y arrugada, la cara a medio desmaquillar, y tan pálida que parecía a punto de vomitar de un momento a otro. Sujetando la puerta para que nadie entrara ni saliera, estaba un tipo tamaño Schwazerneger, con gafas de sol, pelo cortado al uno y gabardina gris. Agachado, con una rodilla sobre la espalda del mafioso rumano, había otro gigante rubio que sonreía satisfecho mientras sacaba del bolsillo interior de su gabardina unas esposas.

¿Gabardinas en julio? Se preguntó Sofía, al tiempo que lograba recuperar el movimiento del cuello y mirar a derecha e izquierda. De Borja ni rastro.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Sergio.

—Aquí mis amigos rumanos —dijo Anabel, con una son-risa dubitativa—. Resulta que trabajan para la Interpol.

Y al momento se dobló sobre sí misma y vomitó todo el alcohol ingerido en una larga noche de fiesta. Suficiente para casi ahogar al canijo cara de ratón que besaba el suelo bajo la presión de la pierna del policía. Indignado, comenzó a gritar palabras en rumano que no parecían elogios para Anabel.

Sofía corrió hacia su amiga, evitando el charco, y le pasó una mano por la frente, separándole el pelo de la cara.

—¿Te encuentras mejor?

—Un poco —balbució Anabel, dejando caer los párpados, agotada.

—Subo contigo a casa.

—Un momento. —El Schwazerneger de la puerta, les de-tuvo con un gesto imperativo de su enorme mano, hablando en un inglés cargado de acento—. ¿Conocen a este hombre?

—Nunca le habíamos visto —aseguró Sofía, con su cara más inocente—. Sólo hemos venido a buscar nuestro gato, que estaba en casa de Anabel. —Hizo un gesto a Sergio que, resignado, se agachó para hacerle monerías a Tesoro, encaramado a un gran macetero al fondo del portal. Con mirada altiva, el gato se dejó coger en brazos y le regaló un lametón en la barbilla a modo de disculpa.

—Creo que voy a vomitar otra vez...

—Por favor, agentes, déjenos acompañar a nuestra amiga a su casa, se encuentra muy mal...

El armario número dos, se levantó del suelo, sujetando al canijo rumano por el cuello de la camisa y poniéndole en pie como si fuera una marioneta. Ante las palabras de Sofía lanzó una mirada muy tierna a Anabel, y otra interrogativa a su compañero.

—Pueden irse. Sentimos las molestias.

—¿Podemos preguntar por qué detienen a ese hombre?

—No, no pueden —bromeó el mismo agente, mostrando de nuevo su brillante sonrisa—. Pero no sientan pena por él; es uno de los jefes de una importante banda de contrabando de diamantes y otras piedras preciosas, que abarca desde la Europa del Este hasta Latinoamérica.

—Entendemos —aseguró Sergio, serio, correspondiendo al talante juguetón del agente de la Interpol. Se notaba a la legua que estaba tan orgulloso de haber atrapado al hombrecito que no podía callarse por más que la ética profesional o las normas de la Interpol le obligasen.

Después de una ducha y una manzanilla, sentados los tres en el sofá, mientras los gatos se hacían arrumacos como si no se hubiesen visto en meses, Anabel por fin pudo contarles lo sucedido.

—Me los encontré en el centro, cuando volvía de la fiesta de mi prima.

—¿No te pareció raro que llevaran gabardina con el día que hace? —preguntó Sofía, que compartía con Sergio un paquete de galletas de chocolate, primer alimento sólido que lomaban en horas.

—Cariño, entre la resaca y el sueño, por mí como si apa-recen vestidos de peregrinos con la calabaza y la cruz de San-tiago al pecho. —Dio un sorbo a su infusión templada y suspiró, cerrando los ojos por un momento—. Se ofrecieron a acompañarme, supongo que tenía .una pinta horrible y les di pena. Andrei, en especial, siempre se porta como un caballero conmigo.

—¿Andrei es el que tenía al mafioso rumano contra las baldosas del suelo? —Anabel asintió y su amiga no disimuló una sonrisita cómplice.

—¿Ese era vuestro mafioso? Pero si era un tipo muy ca-nijo.

—Lo sabemos, pero, por si no te has dado cuenta, llevaba una pistola. Además, suelen acompañarle dos tipos tan grandes como tus agentes de la Interpol.

—¿No has visto a Borja? —preguntó Sergio, después de engullir cinco galletas seguidas.

—¡Claro que lo vi! Creía que la resaca me hacía ver aluci-naciones. Salió del portal antes que el canijo, con cara de estar muy enfadado. Entonces, cuando íbamos a entrar, Andrei vio al otro y le dio el alto. Borja siguió andando tan tranquilo, como si allí no pasara nada. Me pareció raro que no se volviera a mirar.

—Aprovechó la ocasión para escapar —razonó Sofía en voz alta, pero la mirada de Sergio volvió a sembrar dudas en su pensamiento.

—En algo teníais razón, era raro que hubiera de repente tantos rumanos en Santiago. Supongo que todo este tiempo Bogdan y Andrei habrán estado buscando a su mafioso. Y ahora...

Anabel se detuvo, pensativa, y dio otro sorbo a su manzanilla, sin terminar la frase.

—Lo mejor es que te acuestes y descanses, se te ve ago-tada, y lamento decirte que mañana tienes que trabajar.

—Creo que pediré la baja por estrés.

—¿Tú sola?

Sofía se puso en pie, dio un beso a Anabel en la mejilla y llamó a Tesoro, que la miró desconfiado.

—Venga, bicho, que vamos a casa con Vicente —dijo Ser-gio, cogiéndolo en brazos, para luego soplarle al oído—. Como me vuelvas a arañar, te cuelgo del campanario de la Catedral.

El gato, por supuesto, no tuvo nada que contestar.

Una tortilla con muchos huevos

Santiago de Compostela. 25/07/10. 21 horas.

Cuando Sofía abrió la puerta de su apartamento, lo primero que se encontró de frente fue la cara pálida y muy cabreada de su ex, hablando por su móvil que casi tiró al suelo en su apuro por cortar la conversación. Durante varios segundos hizo un esfuerzo titánico por recomponer su semblante y dirigirse a ella, con el más exagerado de los arrepentimientos.

—Sé que no tengo perdón, he sido un cobarde, no tenía que haber llevado a ese hombre a casa de tu amiga...

—Las excusas llegan tarde —le cortó Sergio desde la entrada, mirándole amenazador por encima del hombro de Sofía.

Al instante, las emociones cambiantes de Borja se reflejaron de nuevo como un espejo en su rostro bronceado. Volvía a estar muy enfadado.

—Sofía, cariño, ¿puedo preguntarte por qué tu vecino te sigue a todas partes?

—No es ella quien tiene que responder a un montón de preguntas, tío.

—No hablaba contigo.

—Pues vas a tener que hacerlo.

—¿Me estás amenazando?

Sofía levantó las manos y exigió silencio con un grito que hizo que el gato encrespara el lomo, arañando por segunda vez en el día el cuello de Sergio, y corriera a buscar refugio en el regazo de su dueño, que dormía tan tranquilo en el sofá.

—Hablemos como personas civilizadas —rogó Sofía, tra-tando de recuperar la calma.

Sergio y Borja se miraron como luchadores de sumo. Borja levantó las cejas y torció la boca con gesto despectivo. Sergio apretó los labios y cerró los puños, contenido.

—No es de fiar, Sofía.

—No le escuches. ¿Quién es este tío? ¿De dónde coño ha salido? Vamos, Sofía, tú y yo somos novios desde hace dos años, ¿vas a creer antes en la palabra de un desconocido que en la mía? —Las palabras de Borja supuraban veneno, por eso Sofía decidió que no se merecían siquiera una respuesta.

—Sobre nuestro “noviazgo” ya hablaremos —dijo, con teniendo la rabia para no empeorar la situación—. Y para que lo sepas, a Sergio le conozco de toda la vida, no es ningún desconocido.

—Pues nunca me has hablado de él.

—Nunca quisiste saber nada sobre mis relaciones anteriores.

Borja no pudo responder a aquella pulla. Por un lado le recordaba algo que solía reprocharle, que nunca tenía mucho tiempo para escucharla, y por otro le estaba aclarando que había tenido una relación con aquel tipo. Una relación que según los rumanos era más que de amistad.

—¿Así es cómo me tratas? —contraatacó, bajando el tono y llevándose la mano al chichón de la frente, para invocar su piedad— He logrado liberar a Vicente, sólo por ti, porque sabía que estarías preocupada. Le he acompañado en un vuelo de nada menos que ocho horas desde Venezuela. Me he enfrentado a esos tipos tan peligrosos dos veces...

—Es cierto, Borja. —Sofía comenzaba a bajar sus defensas. Todo lo que decía era verdad, y quizá estaba siendo injusta con él—. Siento haber dudado de ti.

A Sergio no le engañaba en absoluto con aquella cara de pobre chico. En realidad, le parecía tan evidente que hacía teatro, que sólo consiguió aumentar sus sospechas. Al ver que Sofía se le acercaba, poniéndole una mano en un brazo, conciliadora, dejó brotar su malhumor, maldiciendo entre dientes.

—Vamos, Sofía, ¿en serio?

Ante una respuesta que no llegaba, Sergio volvió a abrir la puerta y salió al descansillo sin decir palabra. Intentó cerrar a sus espaldas, pero ella se lo impidió, saliendo tras él.

—Sólo digo que deberíamos escucharle —suplicó, en voz baja para que no se le oyera dentro del apartamento.

—Tú quizás deberías, yo no. Es tu novio, todito para ti.

—Estás siendo injusto.

—Intento evitar que te lleves un buen disgusto.

Era como hablar con una pared. Sergio comprendió que no iba a entender lo que pasaba hasta que el propio Borja se descubriese. A él no le quedaban dudas de su implicación, no sabía hasta qué punto, ni si era voluntaria o estaba siendo coaccionado de algún modo. Pero apostaría su mano derecha por aquella intuición. Y le dolía terriblemente que Sofía no quisiera creer en él.

¿Podemos hablar de esto con calma?

—Estamos hablando, Sofía, pero parece que no lo hacemos en el mismo idioma. —Se dio la vuelta y caminó hasta las escaleras—. Estaré arriba trabajando, llevo mucho retraso.

Mientras se alejaba, Sofía sentía como si le faltara el aliento. El le estaba rogando una prueba de su confianza, y ella le había fallado. Pensar que ahora sólo le quedaba volver al interior del apartamento, a enfrentarse de nuevo a los re-proches y exigencias de Borja, que seguía considerándose con todos los derechos de un novio sobre ella, provocaba náuseas en su estómago casi vacío.

—Cariño, ¿te encuentras bien?

El objeto de sus desvelos había aparecido en la puerta, mirándole con lo que parecía sincera preocupación. Ella quiso descubrir algo torvo en su mirada, pero fue incapaz, en especial porque la luz del descansillo decidió apagarse en ese momento.

—Tenemos mucho que hablar, Borja —aseguró, con voz firme, esperando a que le abriera el paso a su propia casa, de la que él parecía haberse apropiado.

—Quizá ahora no es el momento, Vicente se ha despertado.

—Es tan buen momento como cualquier otro. —Sofía se dirigió al salón y sonrió al anciano, que acariciaba a su gato tan feliz, como si nada de todo aquel vodevil fuese con él—. ¿Te encuentras mejor, Vicente?

—Sí, hija, gracias por traerme a mi Tesoro.

—Tesoro es el nombre del gato. —Sofía se volvió a Borja, mirándole fijamente en busca de alguna señal reveladora ante sus palabras—. Los mafiosos rumanos tenían la idea de que Vicente guardaba un tesoro de verdad en su casa, y por eso se montó todo este follón.

—Entiendo —acertó a decir Borja, dubitativo.

—Pero ahora el jefe ha sido detenido por la Interpol, ¿sabes, Vicente? Ya podemos estar tranquilos, seguro que no tardará en caer toda la banda. ¿No crees, Borja? Esos agentes parecen muy competentes. La Interpol, nada menos, suena a película de espías. —Sonrió en beneficio de Vicente, como si realmente estuviera muy contenta por aquellas noticias, pero ninguno de los dos hombres le devolvió el gesto—. Y dime, Borja, ¿cómo conseguiste escapar de aquel tipo?

—Cuando salíamos del portal, aquellos dos hombres le dieron el alto, y aproveché para

escabullirme.

Su explicación coincidía con lo que Anabel le había con-tado, pero no sirvió para satisfacer a Sofía, y menos al reparar en su mirada huidiza.

—Tuviste suerte, si te pillan con él, a lo mejor hubieran pensando que estabais compinchados.

—Sí, supongo.

Y entonces lo vio. El gesto que Borja hacía cuando algo le disgustaba o le ponía nervioso. Tragaba saliva con tal fuerza que la nuez se le marcaba hacia fuera como si se tuviera un pedrusco en la traquea y estuviese intentando vomitarlo.

—¡Mira! Y te quedaste con el valiosísimo collar.

Sofía se le acercó y tiró del trozo de plástico que asomaba del bolsillo de su chaqueta. El collar del gato de Anabel, perfecta imitación de bazar chino del que llevaba el perro de Paris Hilton, relució bajo el sol de la tarde que entraba por la ventana abierta.

—Ese no es el collar de Tesoro —aclaró Vicente, preo-cupado.

—¿No? Vaya, quién sabe dónde estará el dichoso collar, con todo este lío...

La nuez de Borja repitió su sube y baja, transparentándose bajo la piel como un hueso de melocotón. Sofía empezaba a notar como si la sangre le hirviera en las venas.

—¿Puedo irme a mi casa ya? Me gustaría deshacer la ma-leta, y tengo que darle de comer a Tesoro.

—Pues claro, Vicente, yo te acompaño y te ayudo a recoger lo que te han desordenado esos tipos.

—Yo también voy —se ofreció al momento Borja, de-masiado amable—. Entre todos acabaremos antes.

—Qué bueno es Borja contigo, Vicente, y qué suerte que estuviera en Venezuela para poder ayudarte en la aduana.

Sofía seguía tratando de provocar el nerviosismo de su ex, lo que no esperaba era encontrarse con la mirada preocupada del anciano, que murmuró un asentimiento de compromiso. No se lo podía creer. Vicente sabía algo sobre Borja, algo que no podía ser nada bueno, porque era evidente que le preocupaba. Es más, incluso parecía que le tu viera miedo.

* * *

Para cuando terminaron de recoger, limpiar y ordenar el piso de Vicente, casi era la hora de la cena. Sintiendo compasión de ellos por el día que llevaban, más por el anciano que por su ex, por supuesto, Sofía se ofreció a preparar una tortilla en su piso acompañada de lo que hubiera en su cocina. los dos aceptaron encantados.

Borja se ofreció a ayudar a Vicente con la maleta, y despidió a Sofía en la puerta del apartamento, lanzándole un beso que ella esquivó hábilmente, recibéndolo en la mejilla.

Subió las escaleras de dos en dos y pasó de largo ante la puerta de su casa, para seguir camino hasta el ático. Llamó dos veces con suavidad. Luego dos más haciendo resonar bien claros sus nudillos. Las dos siguientes fueron con el puño cerrado.

—¡Sergio, ábreme! No puedes atrincherarte ahí dentro como un niño con una rabieta.

Dentro del piso, Sergio disfrutaba del sonido de su Ipod, con los cascos en los oídos a muchos más decibelios de los recomendados por los especialistas.

—Venga, que voy a hacer la cena. Esta vez cocino yo. Nada de pizza a domicilio, hoy toca tortilla de patatas made in Spain.

Los Red Hot Chilli Peppers entonaban Danny California, mientras Sergio corregía las últimas pruebas de la traducción de la última novela del más reciente gran bestseller americano, una

pifia fabricada ex profeso para el consumo rápido, que desde luego no figuraría en la historia de la literatura. Para sus adentros tenía que reconocer que ganaba bastante en español, la riqueza del lenguaje le permitiría mejorar notablemente la insulsa escritura del autor. Odiaba aquellos trabajos, pero la editorial se los pagaba muy bien y puntualmente.

—Que sepas que la tortilla me sale de muerte, no es porque yo lo diga, pero...

Las guitarras subían y subían hacia el final de la canción. Sergio guardó el documento y cerró el procesador de textos. Iba a apagar el ordenador cuando recordó que hacía dos días que no echaba un vistazo a su Facebook.

Afuera Sofía lanzó un juramento impropio de ella.

Dentro, Sergio apagó el reproductor y miró hacia la puerta extrañado al quitarse los auriculares. Juraría que había oído algún ruido extraño, pero la música aún hacía eco en sus oídos. Entonces descubrió un nuevo grupo de “Señoras que...” y se sumergió de lleno en las absurdidades de la red.

Media hora después, harto de tanta tontería, bajó las escaleras dispuesto a hablar con Sofía.

En el descansillo olía a tortilla de patatas y cuando iba a tocar el timbre, se detuvo al escuchar voces en el interior. Borja hablaba muy alto y con su curiosa mezcla de pijo gallego y cierto seseo caribeño, de las excelencias de su trabajo en Venezuela. Sofía le reía las gracias y, aunque desde fuera no se entendía lo que decía, parecía animarle a seguir con sus anécdotas.

Sergio bajó la mano, que se le había quedado paralizada a un centímetro del timbre, y dio media vuelta. Mientras bajaba iba contando las escaleras, para así aplacar el cabreo que sentía.

* * *

La tortilla estaba jugosa y los espárragos con mahonesa frescos y tiernos. A Sofía, sin embargo, la comida le pasaba por la garganta como si fuera papel de lija.

Borja hablaba sin descanso de su vida en el Caribe, contando absurdas anécdotas, pero callando tercamente las partes que a Sofía le interesaban. Poco sobre su trabajo. Menos sobre el incidente en la aduana. Estaba más que harta. De un momento a otro iba a estallar y ponerse a gritar como una histérica. Ya no soportaba aquel “cariño” que le dedicaba una y otra vez. Ni la forma en que le tocaba la mano con su sonrisa seductora, o como frotaba su pierna contra la de ella por debajo de la mesa. Odiaba tener que aclarar las cosas con él delante de Vicente, pero no le estaba dejando otra opción.

—Borja, tenemos que hablar —le dijo a los postres, apro vechando que Vicente estaba concentrado en pelar una manzana.

—Pero, cariño, si eso es lo que hemos estado haciendo desde que llegamos. —Le cogió la mano, llevándosela a los labios, dedicándole una mirada que pretendía ser tierna—. Esta noche, cuando estemos solos, espero que no haya mucho tiempo para charlas.

—De eso se trata, precisamente. —Sofía le dio un pequeño puntapié, mirando a Vicente de reojo. El anciano seguía concentrado en su fruta, y no parecía prestarles atención.

—Tenemos mucho atrasado que recuperar —le susurró Borja al oído, pasándole un brazo por los hombros.

—Te agradecería que dejaras de sobarme.

Sofía detuvo la manzana que bajaba por su hombro, y se deshizo del abrazo con un gesto seco que sorprendió a Borja.

—No entiendo qué te pasa, estás muy rara.

—Hace meses que no nos vemos. No me llamas por teléfono, no me escribes...

Las mejillas de Borja enrojecieron, pero no de vergüenza, sino de falsa indignación.

—Sofía, a veces eres muy egoísta, sólo piensas en ti. ¿Es que no entiendes lo difícil que ha sido para mí todo esto? Un país y un trabajo nuevos, establecerme, trabajar duro, sin amigos ni familia...

Si sólo hubiera fingido un poco más de desconsuelo, quizá hasta habría colado. Pero a aquellas alturas, Sofía ya no estaba para cuentos chinos.

—Sí, soy una egoísta. Una egoísta por esperar que el hombre con quien creía que me casaría y pasaría el resto de mi vida no se fuera a un país al que sabe que nunca podré seguirle. Una egoísta por esperar que mantuviese el contacto, que no me olvidara a los quince días. —Según iba enumerando se sentía más y más dolida—. Tan, tan egoísta, que he malgastado casi un año de mi vida creyendo en sus absurdas promesas y esperando contra todo pronóstico que su amor fuera tan fuerte como para hacerle renunciar a ese trabajo tan magnífico, y abandonarlo todo para volver junto a mí.

Estaba al borde de las lágrimas a su pesar, y sólo logró contenerse al ver la mirada asombrada de Vicente, que había dejado caer la manzana y el cuchillo sobre el plato provocando un estrépito que les hizo saltar de las sillas.

—Lo... lo siento —balbució el anciano—. Se me ha res-balado de las manos. Creo que he roto el plato.

—No pasa nada, Vicente. Espera, que ahora recojo el plato, no te vayas a cortar.

En cuanto lo tocó, la loza se separó en dos trozos, que recogió y puso sobre su propio plato, vacío. Los dos hombres guardaban un silencio expectante. Para no ponerse más nerviosa, les dijo que prepararía café y salió de la sala sin mirarlos, esperando tranquilizarse lejos de su vista.

En cuanto Sofía desapareció en la cocina, Borja se volvió hacia el anciano, amenazador.

—Ahora vas a decir que estás muy cansado y te largas a tu casa. Sofía y yo necesitamos un poco de intimidad.

—Me parece que ella se está pensando lo de vuestro noviazgo —contestó el anciano con bastante sorna, a pesar de su cara de no enterarse de nada.

—Me da igual lo que esté pensando. Esta noche le haré cambiar de idea.

—Sofía no es como esas mulatitas con las que andas bajo el brazo en el Caribe.

—Ya sé que no es igual, viejo, por eso ella es mi novia y con las mulatas solo me desahogo. Un tío no puede pasar tanto tiempo sin una mujer o se convierte en un eunuco. —Borja se echó hacia atrás en su silla, con una sonrisa de suficiencia.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Crees que puedas convencer a Sofía de que siga contigo, y mañana coger el avión de vuelta a Venezuela?

—No entiendes nada, joder, no me extraña que te pillaran en la aduana, lo raro es que no lo hicieran antes. —Borja encendió un pitillo y lanzó una nube de humo hacia la cara del anciano—. Sofía es mi novia y seguirá siéndolo mientras me interese. Si me canso del Caribe y vuelvo a Santiago, hasta quizá me case con ella. La hija del doctor Torres, nada menos, el mejor partido de Compostela. Supongo que nunca has visto el piso que tienen en Montero Ríos. Esa casa vale más que toda esta ruina tuya. Y además tienen la de la playa, y toda la pasta que dejó su padre en bonos, acciones y depósitos. Solo falta que su madre nos haga el favor de ir a reunirse con su querido difunto, y entonces celebraremos un bodorrio por todo lo alto. Con la herencia de Sofía, no necesitaré trabajar más.

—Lo único que te interesa de Sofía es su dinero.

Borja aspiró largamente de su pitillo y lanzó el humo hacia arriba, con los ojos entrecerrados.

—Y encima está muy buena. Soy un tío afortunado, ¿verdad?

Y entonces vio a Sofía parada en la puerta. Era evidente que había estado escuchando toda la conversación.

—Vicente, no tengas prisa, puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras —dijo al anciano, poniéndole un plato limpio delante. En cuanto a ti —la mirada que le dedicó a Borja hubiera helado el ambiente en pleno desierto—, la maleta y la puerta son tuyas. Cierra al salir.

El abogado ni parpadeó. Su mente rápida e incisiva para su oficio, y que le había ganado un puesto de relevancia como asesor de un grupo de contrabando internacional, no resultaba tan lúcida cuando se trataba de relaciones personales. En realidad, su autoestima se resistía a creer que ninguna mujer sobre el planeta se atreviese a romper con él ahora que estaba en la cúspide de su atractivo personal, profesional y económico.

—Sofía, cariño, sea lo que sea lo que creas haber oído, estoy seguro de que lo has malinterpretado.

—Es difícil malinterpretar ciertas cosas, cariño. Aquí el único que parece no entender eres tú, así que me explicaré un poco mejor. Coge la dichosa maleta que tienes en mi habitación, y que no sé cómo ha llegado allí, y lárgate de una vez de mi casa.

—Pero ¿no querías hablar conmigo? —Borja se puso en pie a regañadientes, tratando de ocultar la furia que le iba invadiendo.

—¿Aún necesitas que te diga en voz alta lo que es evidente? —Sofía había desatado todo su malhumor y no estaba dispuesta a refrenarse—. Lo nuestro se acabó, Borja, tal vez nunca debió haber comenzado. He comprendido por fin lo que veía en ti, no necesito ir a un psicólogo para que me aclare que buscaba una figura paterna, tratando de reconciliarme con mi padre muerto que era exactamente como tú, un egoísta manipulador, insensible y prepotente. Pero todo eso se acabó. Por fin he despertado y he descubierto lo que no quiero más en mi vida.

—¿Y todo eso lo descubriste en la cama de tu vecino? —preguntó Borja, con el veneno goteándole entre los labios.

—Mira, no te voy a decir que no, para que veas que no te oculto nada. —Sofía se puso las manos en las caderas, orgullosa y decidida—. En la cama con Sergio he descubierto lo que es un amante generoso, experto y entregado. Ha sido como una iluminación.

—Si hace tiempo hubiera descubierto a la zorra que llevas dentro, no te habría tratado con tantos miramientos. Bien que me engañaste haciéndote pasar por la tímida y estrecha niña de papá.

Ella ni parpadeó. Sabía que por su boca solo hablaba el despecho.

—No te lo voy a tener en cuenta porque sé lo mucho que sufrís los hombres cuando os tocan los huevos. Pero no te preocupes, cariño, es la última vez que lo hago. —Sofía estiró el dedo índice hacia el pasillo, con gesto perentorio—. Ahora sal de mi casa de una puta vez antes de que busque algo puntiagudo en la cocina para convencerte.

Pasaron varios minutos hasta que Sofía se sentó, mareada, hiperventilando, pero con una sensación de alivio y libertad que no esperaba la invadiese tras una escena tan desagradable.

—Bebe un poco de agua —le ofreció Vicente con un gesto entre asustado y levemente admirado.

—Gracias —acertó a decir, sofocada, y se bebió de un trago el vaso que le alcanzaba.

—No te reconozco, Sofía.

—Siento que hayas tenido que ver todo esto.

—Debo decir que Borja se lo merece todo. Incluso más de lo que tú crees.

Vicente, ¿hay algo que me quieras decir sobre Borja y lo que ocurrió en Venezuela?

El anciano dudó, nervioso, pero al final se puso en pie

alegando que estaba muy cansado y que ya hablarían con calma al día siguiente. Sofía le dejó ir, demasiado agotada emocionalmente para seguirle.

* * *

Cuando Vicente llegó al primer piso, Borja le estaba esperando en la puerta.

—No me queda más remedio que quedarme en tu casa, supongo. Hoy es 25 de julio y no debe quedar una maldita cama libre en los hoteles de Santiago.

Vicente no contestó. Simplemente abrió la puerta y no la cerró a su espalda. Incapaz de soportar un minuto más la presencia del abogado, se metió en su dormitorio y cerró por dentro.

Por desgracia, hacía muchos años que apenas dormía durante la noche. La edad juega esas malas pasadas, y a él se le agravaba el insomnio por culpa del jet-lag. Hasta la madrugada estuvo escuchando la televisión que Borja mantenía encendida en la sala, a un volumen no muy bajo para las horas que eran. Tuvo tiempo de plantearse si le había valido la pena dejarse envolver en aquella red para conseguir algo de dinero extra. Ciertamente que al principio parecía muy sencillo. Simplemente aquella gente preparaba un paquete discreto que camuflaba en su maleta, y él la pasaba por la aduana, entregándola a su llegada a Santiago. No sabía cuándo ni por qué le cegó la ambición, y empezó a quedarse con alguna ciclas piedrecitas que transportaba. Nunca lo hubiera hecho de haber sabido el lío en el que iban a meterse todos por su culpa.

Claro que nadie podría quitarle nunca lo bien que se lo había pasado en sus viajes, las gentes que había conocido, los paisajes tropicales, las playas y los hoteles lujosos. Casi

amanecía cuando se quedó dormido por fin, con una sonrisa satisfecha en la cara. Tan inocente y falto de remordimientos como un niño de pecho.

La autopista al infierno tiene muchos carriles

Santiago de Compostela. 26/07/10. 8 horas.

Sofía estaba bebiéndose su primera taza de café de la mañana cuando sonó el timbre de la puerta.

Apenas había dormido. Después de la horrible discusión con Borja trató de relajarse con una ducha, seguida de una hora viendo estúpidos programas sin sentido en la televisión. Cuando el ansia por verle logró superarla, subió a llamar de nuevo a la puerta de Sergio, como una colegiala desesperada por su primer amor. Si estaba dentro, no se dignó a abrirle.

A las doce de la noche probó a llamarle por teléfono. En el ático, justo sobre su cabeza sonaron insistentes las notas de Highway to Hell. Colgó intrigada y volvió a marcar. Sí, sin duda era el tono del móvil de Sergio. No sabía si era su timbre por defecto o si se lo tenía especialmente asignado a ella. Esperaba que su enfado no hubiera llegado a tanto. Una cosa es que no quisiera abrirle ni hablarle, otra que considerase que ella lo estaba arrastrando por el camino del infierno.

Decidió no ser demasiado pesimista. Seguramente había salido a tomar algo y se había dejado el teléfono en casa.

Sí, había salido. Domingo por la noche, día grande de las fiestas de Santiago. La ciudad llena de turistas dispuestos a divertirse. Y Sergio, solo.

Pasó otra hora zapeando antes de irse a la cama.

Con los ojos abiertos como platos en la oscuridad, escuchó cada crujido de las escaleras de madera, cada soplido de viento que se colaba por puertas o ventanas, cada rumor de voces en la calle. No supo cuándo logró dormirse, pero seguro que lo único que no había oído eran los pasos de Sergio de vuelta a su piso.

El timbre sonó de nuevo, persistente, haciendo que a Sofía le temblase la taza en la mano.

¿Y si era Sergio? Tal vez había visto sus llamadas perdidas y ahora estaba dispuesto a hablar. ¡Pues vaya que iba a escucharla! Se estaba portando como un niño pequeño y por lo tanto debía recibir el castigo correspondiente. Quizá le dejara sin postre, pensó con una sonrisa traviesa.

Pero no era Sergio. Era Vicente.

—Lo siento, Sofía —dijo el anciano, parado en el vano de la puerta.

—No te preocupes, Vicente, ya estaba levantada.

—No, si no lo digo por eso.

Borja apareció detrás de él, empujándole con poca consideración para obligarle a entrar. Sofía no pudo evitar que le siguiera.

—Creía que ya habíamos hablado suficiente anoche.

—Hoy no tengo tiempo para chorradas, Sofía. —Borja tiró de la puerta que Sofía aún sostenía abierta, y la cerró a su espalda—. Mi avión sale dentro de dos horas y no me voy a ir sin lo que he venido a buscar.

—No sé de qué me estás hablando.

—Quiere el collar, Sofía —aclaró Vicente, retorciéndose las manos consternado—. Dice que si se lo das, se marchará y nos dejará en paz para siempre.

—¿El collar?

Sofía no creía lo que estaba oyendo. O quizá, simplemente, no quería creerlo.

—¿Lo tienes tú o tu nuevo novio? —preguntó Borja, con un aire amenazador que nunca antes le había notado. Su ex podía ser muchas cosas y ninguna muy bonita, pero jamás le había infundido miedo—. Me da igual. Dámelo y me largaré sin causar más problemas.

—¿Estamos hablando del collar del gato?

—Del auténtico, no de la baratija que nos colasteis ayer.

—Entonces es cierto... —Sofía dio dos pasos hacia atrás, tan desconcertada que chocó contra la pared—. Eres uno de ellos.

—No me confundas con esos muertos de hambre que han estado rondado por aquí...

—¡Da igual! ¡No quiero saber nada! —Sofía se tapó los oídos, negando con la cabeza. Ya sabía demasiado sobre aquel asunto, suficiente para acabar entre rejas para una buena temporada.

—No seas estúpida. Dame el collar de una vez y esto se acabará para todos.

Sofía miró a Vicente, que parecía rogarle con los ojos. Su orgullo le exigía resistirse al chantaje. Su sentido común le recordaba cuánto tenía que perder con ello.

Derrotada, levantó una mano pidiendo una tregua y caminó hasta su habitación. Sobre una silla estaba el bolso que había usado el día anterior. Rebuscó en su interior, entre paquetes de pañuelos, cosméticos, la cartera y las consabidas mil cosas más que siempre llevaba encima. En el fondo estaba el pesado collar de cuero.

Lo miró al trasluz, aunque era imposible adivinar su contenido, y volvió a palparlo, encontrando en su interior las piedrecitas que habían provocado todo aquel caos.

Salió de nuevo al pasillo y mostró el collar a Borja, que extendió una mano para recibirlo con una sonrisa satisfecha. Sofía bajó el brazo y escondió el collar a su espalda.

—Júrame que esto es el fin y que no habrá ningún tipo de represalia. —Miró a Vicente, que parecía querer fundirse con la pared.

—Desde luego que es el fin del trabajo con el viejo. Después de la metedura de pata que tuvo en la aduana ya no es un correo de fiar.

Sofía le dio el collar y le obsequió además con una mirada de intenso asco.

—Eres despreciable.

El sonrió, como si le hubiera dedicado un halago, pero el enfado por la pelea de la noche anterior seguía patente en su mirada fría.

—No tengo tiempo para despedidas sentimentales, cariño. Y no pierdas el tiempo enfadándote si no te llamo tanto como quisieras.

El collar de Tesoro desapareció dentro del maletín de Borja, que abrió la puerta para marcharse, muy contento consigo mismo.

—Que te vaya muy bien con tus negocios y tus mulatas —se despidió Sofía, siguiéndole hasta la entrada—. Te deseo una bonita enfermedad venérea que consiga que se te caiga a trozos.

—No seas rencorosa, Sofía, he sido más que generoso contigo y con el viejo. —Borja le dedicó una mirada tan si bilina que le hizo pensar si su lengua se habría vuelto bífida en los últimos meses—. Podía haber dejado que Vicente se pudriera en una cárcel caribeña, y en cuanto a ti, seguro que a mis amigos rumanos se les hubiera ocurrido algo para di-vertiros juntos.

La sonrisa se le congeló en los labios cuando sintió unas manos que lo sujetaban por las solapas de su siempre impe-cable americana, obligándole a ponerse de puntillas para mirar a los ojos a un inesperado visitante.

—Parece que te has quitado la careta, Borja Mari, ayer sólo eras un capullo, y hoy por fin descubrimos que eres un capullo con pretensiones de mafioso.

—Quítame las manos de encima.

—Sólo cuando Sofía me diga que ella y Vicente están bien, y que no hay motivos para que te arranque tu blanca dentadura pieza a pieza.

—Estamos bien los dos —aseguró Sofía, resistiéndose a la tentación de animarle para que cumpliera su amenaza—. Deja que se vaya. Cuanto más pronto y más lejos, mejor.

—Le acompaño al portal, para asegurarme que no se pierde por el camino.

Soltó a Borja sólo para darle un empujón que a punto es-tuvo de hacerle caer rodando escaleras abajo. El abogado apuró el paso, seguido de cerca por Sergio, y bajó los tres pisos en menos de un minuto.

—No te conviene pasarte conmigo, recuerda que aún tengo amigos en la ciudad a los que puedo recurrir.

—¿Los dos colegas del canijo? A estas alturas seguro que la Interpol ya los ha pillado, y a ti también si no te das prisa en desaparecer de mi vista. —Sergio cerró el puño derecho, preguntándose si se sentiría mejor dejándole un recuerdo al abogado en su bonito ojo derecho. ¿O quizá el izquierdo?

No pudo evitar reírse al notar que Borja parecía saber exac-tamente en qué estaba pensando.

—Dime una cosa... Sergio, te llamabas, ¿no?

—Me llamo.

—Sí, eso, Sergio, tú que eres así tan alto y tienes ese as-pecto entre intelectual y rockero, seguro que triunfas bastante con las tías, ¿no? —Sergio frunció el ceño, temiéndose que aquello no iba por buen camino—. ¿Qué necesidad tienes de ir robándole la novia a otros? ¿Es que te gustan los platos de segunda mesa?

Ni lo vio venir. El puño se estampó directo en su ojo de-recho y lo lanzó con tal fuerza que acabó haciendo un ate-rrizaje forzoso sobre su flaco culo. Desde el suelo, lanzó un rosario de maldiciones e insultos.

—¿Quieres que te ponga el otro ojo a juego? —preguntó Sergio, mostrándole sus puños cerrados.

Borja se puso en pie a trompicones, agarró su maletín y corrió calle arriba, en dirección a la Praza do Obradoiro. Sergio le vio alejarse mientras el malhumor que le había llevado a deambular toda la noche por la ciudad iba en aumento.

* * *

Sofía le estaba esperando cuando subió las escaleras camino de su piso.

—Tenías razón —dijo, avergonzada y pesarosa.

—No tengo tiempo ahora, Sofía.

—Pero tenemos que hablar...

—Me voy a Madrid.

Pasó de largo sin tocarla y siguió subiendo las escaleras. Sofía se quedó parada en el descansillo, intentando asimilar sus palabras. ¿Qué significaba aquello? ¿Se iba a Madrid un día, una semana, para siempre? Corrió tras él escaleras arriba.

—¿Te vas así, de repente?

—Me ha llamado el editor para el que suelo trabajar, hay un problema con un libro muy importante del que han ad-quirido los derechos. —Sergio abrió la puerta del piso y entró, dejando que Sofía le siguiera hasta el dormitorio. De un armario sacó un trolley que empezó a llenar con prendas de ropa—. Tengo un billete para el avión de las 9,40.

—Pero si son las 8,30 —exclamó Sofía, mirando su reloj. Por toda respuesta, él puso los

ojos en blanco, luego cerró la maleta y salió en dirección a su estudio.

—No creo que Borja y sus amigos rumanos vuelvan a dar problemas, pero si algo ocurriera —Sergio se detuvo en la tarea de guardar su portátil—, vais a tener que pedir ayuda.

—¿Pero a quién? —preguntó, aunque en aquel momento le preocupaba más la marcha de Sergio que todos los mafiosos rumanos del mundo.

—A quien sea. A Hernández y Fernández o a los agentes de la Interpol.

—Nos meterán a todos en la cárcel.

—Al menos ahí estaréis a salvo.

Se preocupaba por ella, se lo veía cada vez que le hurtaba la mirada para ocuparse de terminar su equipaje. A pesar de que estaba enfadado, y sus razones tenía, no podía evitar se-guir intentando protegerla incluso a distancia.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé.

—¿Me llamarás?

Sergio bajó la cabeza para esconder una sonrisa. Así era imposible seguir cabreado. En el fondo podía comprender que ella no creyera su desconfianza hacia Borja desde el momento en que se encontraron en el aeropuerto. Aunque le amargara reconocerlo, el tipo aquel había sido su novio durante bastante tiempo, y nunca antes le había dado razones para pensar que anduviera en asuntos turbios.

—¿Qué hay de tu novio?

—No seas cruel. —Sofía hizo un gesto con el labio infe-rior, casi un puchero, que provocó en Sergio unas ganas irre-frenables de devorarle la boca.

—Qué mal gusto tienes para los hombres, Sofía.

—A lo mejor estoy aprendiendo.

Se acercó a él, mimosa, poniéndole las palmas de las manos abiertas sobre el pecho, elevando el rostro para mirarle a los ojos, tan seductora como seducida.

Sergio pensó que nunca cogería aquel avión, pero le salvó el claxon insistente del taxi que había llamado para llevarle al aeropuerto, sonando justo bajo su ventana abierta.

—Me tengo que ir.

Sofía bajó con él hasta el portal y, antes de que saliera a la calle, se colgó de su cuello, dándole un beso con el que se aseguró que pensara en ella los días que estuviera en la capital. Y todas las noches.

* * *

En la agencia aquel lunes, por fin, parecía que no había de-masiado trabajo. Agotadas por un fin de semana intenso, Carmela, Anabel y Mar se tomaban el primer café de la ma-ñana, mirado de reojo a la puerta con desgana cuando parecía que alguien se animaba a entrar.

—A Sofía se le han pegado las sábanas —dijo la recepcionista, incapaz de pasar por alto que su jefa llegaba tarde por primera vez en los dos meses que llevaba con ellas. Aunque Sofía estaba oficialmente de vacaciones, había llamado poco antes para decirles que se pasaría a tomar un café con ellas.

—No me extraña —respondió Carmela, ganándose una mirada incisiva de Anabel.

—¿Tú qué sabes?

—Estuve en tu piso ayer por la mañana.

—¿Ayer?

—¿Recuerdas que me guardaste el regalo de mi hijo Iago?

—Sí, aquella toalla del bicho esponja repelente.

—Pues al final tuve que comprarle otra cosa, porque cierta parejita la utilizó para dormir sobre tu alfombra.

—¿Sofía se llevó un tío a tu apartamento y durmieron sobre la alfombra? —quiso saber Mar, interpretando a la per-fección lo que las otras dejaban caer entre líneas—. Joder, con lo modosita que parece.

—A ver, niña, es cierto que Sofía no fuma, no bebe y no dice palabrotas. —Carmela se bebió el último trago de su café y apuntó con la taza a la recepcionista—. Y hay otra cosa que Sofía no hacía últimamente, que no voy a decir porque soy una señora, pero que ya te imaginas porque sabes que tenía a su novio al otro lado del océano desde hace meses. Y no lo hacía porque Sofía es de las antiguas y aún cree en ciertas cosas. Se trata de un concepto que la gente muy joven habéis olvidado, se llama fidelidad.

—¡Cómo te pasas conmigo! —rió Mar, en absoluto ofendida por las palabras de la otra—. Entonces, ¿Sofía ha dejado de ser fiel a su novio abogado? A mí es que eso de la fidelidad me suena a perro salchicha. —Vació también su taza y se puso en pie, alisándose la falda del uniforme modelo azafata de tierra que tanto odiaba—. Ya sabes, esos chuchos feos de orejas largas, que siguen a sus amos babeando y meneando el rabo.

—¿Esos animales inútiles que sólo saben comer y rascarse la barriga? —preguntó una voz a su espalda, que hizo perder

a Mar por un momento su sonrisa descarada y atragantarse con la galleta que se estaba metiendo en la boca.

—Ah, hola, Sofía, no te oímos entrar.

—No me extraña, con lo ocupadas que estabais todas.

La mirada que le lanzó a la recepcionista fue suficiente para hacerla dirigirse a su mesa y ponerse a trabajar, sin levantar la vista de sus papeles.

—Tú no eres un perro salchicha, Sofía, tú eres un pitbull —bromeó Carmela, incapaz de contenerse a pesar de la mirada fulminante de su amiga.

—¿Es que no hay nada que hacer hoy aquí? Me tomo unos días de vacaciones, y las que lo disfrutáis sois vosotras.

—Relájate un poco y cuéntame qué tal ayer con el chico del tatuaje.

—¿Tatuaje? —Anabel se sentó sobre la mesa de Carmela, devorando una galleta y rociando migas a su alrededor—. ¿Quién tiene un tatuaje? ¿Sergio tiene un tatuaje?

—Tú ya lo debes saber —escupió Sofía, pagando su mal-humor con la rubia, que abrió los ojos desconcertada.

—¿Yo?

—¿Acaso te has olvidado de aquella vez que te invitó a salir?

—Sólo fue una vez, Sofía, ni siquiera tonteamos. ¿Crees que me acuesto con cualquier tío en la primera cita?

—No era cualquier tío. —Sofía sabía que se estaba pasando, pero era incapaz de frenar su lengua—. Llevabas colada por Sergio desde que volvió a Santiago, y después de aquella noche no hacías más que suspirar por él.

—Suspirar por lo que pudo ser y no fue, guapa, nada más.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —pregunto Carmela, poniéndose en pie y mirando a Sofía ya un poco cabreada—. Por lo que vi ayer en casa de Anabel, tú no tienes queja de la noche pasada con Sergio, ¿cuál es el problema ahora?

Sofía se sentó en su silla y escondió la cara entre las manos. Los problemas eran tantos y tan complicados que no sabía ni por donde empezar a contárselos a sus amigas. Decidió que no nombraría para nada el tema del contrabando de diamantes, ya había demasiada gente

involucrada en aquello, encubridores que podían acabar con sus huesos en la cárcel al menor error. Suspiró intentando descargar su frustración.

—Sergio ha tenido que irse a Madrid. Un asunto de trabajo.

—Pues ya volverá, ¿no? —Carmela se sentó en el borde de su mesa, encogiéndose de hombros.

—Es que tuvimos una discusión tonta antes de irse y no sé...

—Que la cosa está muy fresca aún, Sofía —opinó Anabel, ofreciéndole una taza de café.

—Pues sí.

—Sergio es un buen tío, no te preocupes más, no parece del tipo rencoroso. Seguro que cuando vuelva lo arregláis, tonta. —Carmela le acercó también la bandeja de galletas, y Sofía cogió una, con una sonrisa tibia.

—¿Tú crees?

Carmela asintió con convicción y lanzó un puntapié por debajo de la mesa a Anabel, para que se uniera a ella. Por un momento, las dos parecieron esos perros que se llevaban en los coches, meneando la cabeza con cada bache.

—Siempre he dicho que estabais hechos el uno para el otro -aseguró Anabel, jugando con un mechón de su cabello platino—. Y lo digo con todo el dolor de mi corazón, porque ahora que mis dos superpolis se vuelven a Rumania;

con Sergio fuera de la circulación, ya no quedan hombres in-teresantes en Compostela.

—¡Qué exagerada! —bromeó Carmela, volviendo a su mesa en el momento en que dos clientes entraban por la puerta y eran recibidos por Mar con la mejor de sus sonrisas.

—¿Cuándo se vuelven tus amigos a Rumania?

—Se han ido en el vuelo de las 9,40 a Madrid. Parece que su misión eran atrapar a aquel tipo bajito, y ahora ya no tienen nada más que hacer en España.

Sofía miró su reloj. Las 10,10. El avión que llevaba a Sergio y a los agentes de la Interpol ya estaría aproximándose a Barajas. Si Borja y los dos compinches seguían libres, a Sofía y a Vicente sólo les quedaban los policías nacionales para defenderlos. Y no es que Hernández y Fernández le suscitaran mucha confianza.

Durante toda la mañana, aprovechando todos sus contactos y relaciones en empresas de turismo, líneas aéreas, y aeropuertos cercanos, Sofía rastreó a su ex novio hasta dar con su pista y comprobar, aliviada, que volaba ya camino de la capital de Venezuela, en compañía de sus dos compinches rumanos.

Mientras Anabel y Carmela atendían a los clientes, recordó que la mejor defensa era un buen ataque. Sin ningún tipo de escrúpulo, marcó el número de su contacto en la mayorista de viajes.

—¿Esteban? Soy Sofía, sí, jaja, ya sé que me has reconocido. —Se rio un rato con las bromas de su colega, antes de lanzar el bombazo—. Oye, ¿tú no tenías un pariente en la aduana del aeropuerto de Caracas? No puedo decirte cómo me he enterado, un amigo de un amigo, ya sabes, ¿puedo contar con tu total discreción? Se trata de un tema de con trabando de diamantes, como lo oyes, para alucinar. Sé que están implicados un abogado de Santiago, Borja no-sé-qué, y dos rumanos grandes como armarios y con cara de idiotas. Alguno de ellos lleva encima una fortuna en piedras, ocultas en un collar de un gato. Que sí, que hablo en serio, que ya sé que hoy no es el Día de los Inocentes. ¿Avisarás a la aduana? Pero oye, mucho cuidado, son gente peligrosa.

Cuando colgó el teléfono sintió como si se hubiera quitado un gran, grandísimo peso de encima. No sintió ni el menor remordimiento. Borja se lo había buscado y esperaba que se pudriera en alguna oscura cárcel venezolana por muchos años.

De compromisos, pendientes perdidos y mitos de carne y hueso

Santiago de Compostela. 26/07/10. 13,30 horas.

—Tierra llamando a Sofía... —Mar asomaba la cabeza por encima de la mampara que ocultaba a Sofía de la entrada de la agencia, con su sonrisa imperturbable y unas ganas de bromear que no encontraban eco en su jefa.

—¿Qué ocurre ahora?

—Tienes visita.

Visita, no clientes. Sofía no tenía la cabeza ni para lo uno ni para lo otro. Además estaba de vacaciones, debería irse ya a casa antes de que la rutina laboral la atrapara de nuevo.

Se levantó con desgana y se asomó a la recepción, donde vio de espaldas a una mujer muy elegante, con una chaqueta de Chanel y unos vaqueros de Zara. Cuando se dio la vuelta y le sonrió, quitándose sus carísimas gafas de sol, Sofía la observó boquiabierta.

Ya sé que tienes mucho trabajo y que debimos avisarte antes de venir -dijo Fifa, cruzando los pocos pasos que la

separaban de su hija para plantarle un par de besos—. Pero se nos ocurrió mientras desayunábamos.

Extendió una mano con gesto elegante, animando a Eros, que se había quedado parado en la entrada, para que se acer-cara. Sofía les ofreció asiento.

—Sofía, mi amor, deberías dormir más horas. O comprarte un buen corrector para tapar esas ojeras.

No podía enfadarse con el cubano por aquellas palabras, había sincera preocupación en su mirada mientras le hablaba. Desde las mesas cercanas, Carmela y Anabel observaban a la pareja con poco disimulo.

—¿Ya has encontrado tu pendiente? —preguntó Fifa, re-cordándole a su hija la excusa que había puesto para no pasar el fin de semana con ella en la playa.

Sofía se llevó la mano a la oreja, avergonzada. Lo había olvidado por completo.

—Es una historia muy larga...

—Cuéntanosla mientras comemos, yo invito.

La transformación de Fifa no era tan radical como Sofía imaginaba, y al fin la vencieron las costumbres y acabaron sentados a la mesa en el Hostal de los Reyes Católicos, uno de los mejores restaurantes de Santiago, en plena Praza do Obradoiro.

Recordaba perfectamente sus comidas familiares de do-mingo en aquel mismo sitio, su madre regañándola si no uti-lizaba bien los cubiertos, o no se estaba quieta en la silla, su padre apremiándola para que se terminase todo el plato. No eran recuerdos felices, pero decidió ser generosa, tanto con el difunto como con sus acompañantes. Era hora de ir olvidando los agravios del pasado y disfrutar del presente.

Mientras tomaban el primer plato, les contó una versión muy aligerada del incidente del viernes pasado. Se limitó a decir que habían entrado ladrones en el piso de Vicente, y que como ella había perdido su pendiente en el portal de la casa, la policía se lo mantenía retenido entre otras pruebas del delito.

—Qué susto, Sofía, podían haber entrado en tu casa. —Eros le cogió una mano,

apretándosela con cariño—. Tienes que hablar con tu casero, que ponga una puerta más segura, o una alarma o algo.

—O venirte a vivir con nosotros a la playa. —Fifa dejó sus cubiertos con delicadeza sobre el plato, y al momento el camarero se acercó a recogerlo—. Siempre te ha gustado esa casa.

—Demasiados kilómetros para hacerlos a diario. Hablaré con Vicente, a ver qué medidas de seguridad podemos tomar.

Claro que hablaría con Vicente, de eso y de muchas otras cosas. Seguía sintiendo el mismo cariño y respeto por el anciano, pero tenía que responder por el lío en el que les había metido.

—¿Y cómo dices que se llama ese antipático policía que tiene tu pendiente?

Sofía se mordió la lengua antes de decir que eran los agentes Hernández y Fernández. Por suerte el camarero apareció con los segundos platos, y le dio tiempo para poner a prueba su memoria.

—García. Inspector García.

—Tu padre conocía a un García...

—Es un apellido muy común.

—De todos modos, te acompañaremos a Comisaría a recogerlo. No pueden retener una joya de tu propiedad como si fueras una vulgar delincuente.

Aceptó en silencio. Cuando su madre hablaba con aquel tono, no admitía réplica. Sin más que añadir, disfrutó de su comida, reconociendo que la cocina del Hostal era exquisita, ahora que podía saborearla sin escuchar los sermones de su padre.

—Dile ya a la niña lo que tenías que decirle —pidió Eros, comiendo con poco apetito.

—Ah, sí, claro. Que nada, que no te preocupes, que ya no nos casamos.

Sofía estuvo a punto de escupir el trozo de carne que acababa de meterse en la boca. Para evitarlo, se lo tragó sin mastigar y de repente se encontró sin aire.

—¡Mira qué susto le has dado a la pobre! —protestó Eros, golpeándola en la espalda.

—Tampoco hay que exagerar. —Fifa siguió comiendo su filete, cortado en trozos pequeños y perfectos, sin hacer caso de su hija que bebía un vaso de agua como si acabara de cruzar el desierto.

—Casi se ahoga.

—No es para tanto. —Con un solo gesto de su dedo índice llamó al camarero y le pidió más agua—. ¿Ya se te ha pasado? ¿Es que no te he enseñado a masticar correctamente? Sofía, que ya eres mayorcita.

—¿Qué es eso de que os ibais a casar? —logró preguntar, a pesar del dolor de garganta y la falta de aliento.

—Ya sabes, lo hablamos el sábado. ¿O no? Ay, no sé, como os marchasteis tan de repente, ya no estoy muy segura de si te lo dije.

—No hablamos nada de eso.

—Yo ya lo sabía. —Eros le ofreció a Sofía la copa de agua que el camarero le había vuelto a llenar—. Se lo dije, pero tu mamá a veces es muy cabezota.

—Bueno, pues ahora ya da igual, total no hay boda. —Fifa dio un sorbo pequeño a su copa y sonrió sibilina— A Eros le han hecho una proposición mucho mejor.

—¿Ah, sí? —Aquello no tenía sentido, ¿o sí? Desde hacía unas cuarenta y ocho horas, a su alrededor pasaban las cosas más extrañas y ya le costaba sorprenderse por nada. Si ahora el jardinero-cocinero-mejor amigo de su madre, salía con que le habían ofrecido ser director general de Inditex, Sofía estaba dispuesta a creérselo.

—A mi novio no le gustaba la idea de que me casara con la señora para conseguir los

papeles. Así que me ha pedido matrimonio.

—¿Tu novio?

El cubano asintió con las mejillas arreboladas como una quinceañera. Sofía dejó su copa de agua y tomó la de vino.

—Hagamos un brindis —decidió Fifa, levantando su copa junto a la de su hija—. Por Eros y su Rosendo.

—¿Rosendo es el novio?

—Ya ves, niña, yo me llamo como un cantante de baladas italiano, y él como un rockero español. Pero no te confundas, no es tan feo como el original.

—¿Y se dedica a la música? —Sofía hablaba con fingida serenidad, sin saber si el vino se le estaba subiendo a la cabeza o era toda aquella absurda conversación.

—Nooo. Rosendo es patrón de un barco de pesca. De bajura, ya sabes, fanecas, sardinas, pulpos...

—Claro, un marinero de la Ría de Arousa, de nombre Ro-sendo. Es lo menos gay que he oído en mi vida.

—La verdad es que es un machote y no tiene nada de pluma. Pero para eso ya estoy yo que soy como un ave del paraíso.

Derrotada, Sofía soltó una carcajada, dejándose caer contra el respaldo de la silla. ¿Cómo había pensado ni por un momento que el cubano y su madre eran amantes? Ahora todo lo que le contaba Eros tenía por fin algo de lógica.

* * *

Después, con el estómago bien lleno de buena comida y buen vino, en alegre armonía se dirigieron los tres a la Comisaría de Policía.

Sin quitarse sus enormes gafas de sol modelo Jackie Kennedy, Fifa se dirigió al mostrador y solicitó una entrevista con el Comisario Jefe. La funcionaría observó hipnotizada las pulseras y sortijas que relumbraban en su mano derecha, mientras hacía tamborilear sus dedos con impaciencia sobre la mesa. Entre la fortuna que lucía con despreocupación, su elegancia y sus modales de gran dama, no le quedó duda de que aquella era una señora importante, así que le contestó lo más amablemente posible, informándole que el Comisario no estaba en aquel momento.

—Pues entonces quiero hablar con el Inspector García —insistió Fifa, con displicencia, como si no estuviera acostumbrada a rebajarse hablando con alguien que no fuera el superior absoluto del organismo.

La funcionaría asintió, con gesto un tanto alelado que le hizo pensar a Sofía si aquella pobre también había pasado un fin de semana movidito. Hizo una breve llamada telefónica, y al poco apareció García, que miró asombrado la mano que Fifa le extendía con desgana.

—Supongo que me recuerda, soy la viuda de Carlos Torres.

El Inspector asintió, añadiendo unas palabras de condolencia un poco tardías por la muerte del padre de Sofía.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó, tras un breve intercambio de cortesías.

—Parece ser que tiene usted retenida cierta joya de mi hija. En realidad, una herencia familiar a la que tenemos un gran aprecio.

Sólo entonces García miró a los dos que acompañaban a Fifa, descartando a Eros y reconociendo a Sofía al primer vistazo.

—No sabía que fuera su hija.

—Pues ahora ya lo sabe. Y por cierto, deberían poner una patrulla o algo así en su barrio,

hace unos días entraron a robar en su edificio.

—Lo sabemos, señora.

—¿Y ya han encontrado a los culpables? —Fifa se llevó la mano enojada al pecho, haciendo una profunda inspiración—. No se imagina lo preocupada que estoy con esta niña; vive sola y no tiene a nadie que la cuide.

—A mí me parece que sabe cuidarse sola —aseguró García, lanzando una mirada torva a Sofía, que se limitó a componer su mejor cara de niña buena y dejar que su madre se ocupara del asunto.

—Entonces, nos devolverá el pendiente, ¿verdad? Es una herencia de la abuela de mi hija, y no se los quita nunca. Imagínese el disgusto que tiene.

A García no le quedó más remedio que darle gusto a Fifa. Apenas media hora después, salieron los tres de la Comisaría, muy agradecidos por la atención prestada, y Sofía en especial muy aliviada al pensar que por fin, con un poco de suerte, perdería de vista para siempre al inspector.

—¿Y qué tal con Sergio? —preguntó su madre a traición, cuando ya se despedían.

—¿Qué tal de qué?

—No seas arisca, hija, bien sabes de qué te hablo. Eros y yo comentábamos lo felices que se os veía juntos el sábado.

Eros sonrió cómplice, manteniendo abierta la puerta del coche para Fifa.

—Sólo somos amigos.

Fue una ilusa al pensar que su madre dejaría pasar el tono de desaliento que imprimió a aquella frase. Se metió en el coche y, cuando Eros cerró la puerta, ella abrió la ventanilla.

—Tú no eres esa clase de chica, Sofía. No, no hagas como que no me entiendes. A ti no te van las relaciones esporádicas, y sé que no estropearías tu amistad con Sergio por una noche loca.

Sofía sintió que las mejillas le ardían ante aquel comentario. No sabía qué la avergonzaba más, que su madre imaginara su noche loca con Sergio, o que la conociera tanto a pesar de lo poco que hablaban sobre temas íntimos.

—No hay muchos Sergios por ahí, niña —dijo Eros, despidiéndose de ella con dos besos y una risita ante su sonrojo—. Por lo poco que he visto, me parece que es de los que no se puede dejar escapar.

El cubano se subió al coche y puso el motor en marcha. Sofía levantó una mano para despedirse, y a Fifa aún le dio tiempo a decir que los esperaba, a los dos, a comer en su casa de la playa el próximo domingo.

* * *

—Te ha llamado Esteban —anunció Mar a la mañana siguiente, en cuanto Sofía cruzó la puerta de la agencia—. Qué voz tiene ese hombre, es como hablar con una línea erótica.

Sofía cogió al vuelo el papel que la recepcionista le extendía, aguantándose las ganas de darle una respuesta cortante. Esa chica estaba empeñada en encapricharse de todos los hombres de su vida.

Mientras marcaba el número de Esteban, Sofía reflexionó sobre sus propios pensamientos. ¿Los hombres de su vida? ¿En serio?

—Hola, Sofía, solucionado lo de tu “soplo”.

—¿Les han pillado?

—Eso parece. No me han podido dar muchos detalles, pero creo que a estas horas esos tres están en algún oscuro calabozo venezolano. Supongo que no me querrás explicar un poco

más cómo te enteraste del asunto y qué tienes tú que ver con ellos.

—Me temo que es confidencial.

—¿Tienes mucho trabajo hoy?

—En realidad estoy de vacaciones, solo he venido a la oficina para hablar contigo.

—¿Y si te invito a comer?

—¿A comer?

Tres horas después Sofía salía de su casa en dirección a la zona de tapeo, contenta como una colegiala al pensar que por fin iba a ponerle cara a la voz que la había hecho fantasear durante años.

Se había puesto un vestido nuevo, comprado semanas atrás y que nunca encontraba el momento de estrenar. Mientras caminaba, la tela fresca y ligera, se frotaba contra sus piernas desnudas provocándole un agradable cosquilleo. Se tocó la melena perfectamente alisada, acomodándola detrás de los hombros, y se paró por un momento ante una puerta de cristal, dando un último vistazo a su imagen, bastante más sexy y desenfadada de lo habitual. Bien, era una mujer libre y tenía una cita con un hombre de lo más interesante. Libre. Definitivamente sin novio. Y entonces recordó su noche con Sergio. El sábado, tan solo tres días atrás, y parecía que había pasado una eternidad.

Gracias a la inesperada visita de Esteban a la ciudad, aquella mañana casi no había pensado en él, ni en que no la había llamado, ni en que su trabajo parecía mucho más importante para él que su... ¿Su qué? ¿Su relación? ¿Podía pensar en eso?

No. Hoy no. Hoy iba a conocer a Esteban. Se sacudió el pesimismo de la cabeza, con un gesto coqueto que capturó la mirada de más de un turista, y encendidos piropos por parte de un grupo de italianos, y continuó su camino, pisando firme sobre sus sandalias de altísimos tacones.

Tenía una sonrisa tan agradable como su voz. Y ahí residía todo su atractivo. Por demás, Esteban era un cuarentón con todos los agravantes. El pelo escaso en las sienes, la barriga cervecera amenazando por encima del cinturón y la cara surcada de finas arrugas, en especial alrededor de los ojos y de la boca, señales dejadas por su perenne buen humor.

Le acompañaba su mujer, una atractiva rubia mejor conservada que él, y sus dos horribles hijos de doce y diez años, que no querían comer nada de lo que les ponían en el plato, hasta que el camarero, harto de escucharles protestar, les puso delante una fuente de croquetas de marisco a la que fueron incapaces de resistirse, y que les mantuvo callados un buen rato.

Sofía se divirtió mucho con el matrimonio, hablaron sin parar sobre temas de viajes, la mujer de Esteban también trabajaba en el mismo ramo, y sobre lo mucho que les estaba gustando Santiago, en donde sólo podían quedarse un par de días. Les aconsejó lo más imprescindible para su vista y se despidió de ellos, a media tarde, con muy buen sabor de boca a pesar de que se le había caído un mito.

Sólo quedaba un hombre por el que Sofía podía seguir suspirando.

—Y ya no soy la bella durmiente —aseguró en voz alta para sí misma.

Las palomas de la plaza revolotearon a su alrededor, alteradas por su paso firme y decidido. Un japonés le hizo una foto y Sofía le miró sorprendida. En cualquier otra ocasión quizá le hubiera molestado. Ahora no. La nueva Sofía le miró, le sonrió y le lanzó un beso. El japonés le hizo una reverencia con las mejillas rojas, y a punto estuvo de dejar caer la cámara al suelo.

* * *

De vuelta a la agencia, le pidió a Carmela que reservara un asiento en el primer vuelo a

Madrid.

—Mañana, a las 9,40, ya sabes, y sólo queda en business.

—Vale.

—¿A qué nombre?

—Al mío.

—Pero, ¿quién va a volar?

—Pues yo.

Carmela miró a Anabel. Anabel miró a Mar, que se había asomado a cotillear. Carmela volvió a mirar a Sofía, que estaba concentrada en la pantalla de su ordenador.

—Sofía... Tú no vuelas.

—No, Carmela, pues claro que no vuelo, ni que fuera una paloma.

—Ya me entiendes.

—Sí, te entiendo. ¿Tienes mi billete?

Carmela oprimió unas cuentas teclas y confirmó la reserva. Luego se puso en pie y se acercó a la mesa de su amiga, seguida de cerca por Anabel y Mar.

—En serio, ¿está segura de que mañana, a las 9,40 de la mañana, te vas a subir a un avión y vas a volar a Madrid?

—Tendré que subirme un poco antes, no se vayan a ir sin mí.

Sofía dejó de mirar su ordenador y se volvió a sus tres compañeras, risueña como una colegiala.

—Vas a ver a Sergio, ¿verdad? —preguntó Anabel, que mordisqueaba la punta de su bolígrafo.

—Si la montaña no va a Mahoma...

—¿Y si tienes un ataque de pánico en el avión? —preguntó Carmela.

—Yo tengo en casa unas pastillas para la ansiedad... —ofreció Anabel.

—Mejor algo de alcohol, aprovechando que va en pri-mera... —aconsejó Mar.

—Genial, entonces llegaré a Madrid drogada y borracha.

Puso los ojos en blanco antes de dedicarles una mirada burlona a las tres, que daban consejos y ofrecían remedios, como tres gallinas alrededor de un polluelo. Al menos, mientras alborotaban, casi conseguían hacerle olvidar el temblor de sus rodillas.

Sorpresas y promesas

Aeropuerto de Labacolla. Santiago de Compostela. 27/07/10. 9,40 horas.

Sofía no necesitaba ir a un especialista para saber por qué tenía tanto miedo a volar.

A los cinco años había subido por primera vez a un avión, con la ilusión y el desconocimiento de una edad tan temprana. Aún recordaba el olor de la cabina de pasajeros, los lápices de colores que le había dado una guapísima azafata y la sensación de vértigo en la boca del estómago cuando el avión despegaba. Iban a pasar sus primeras vacaciones con sus padres fuera de casa, en un hotel de la isla de Tenerife. Todo parecía una gran aventura, hasta que su avión se cruzó con una tormenta a la altura de Lisboa que hizo bailar al pasaje como en una atracción de feria. Sofía lloró y gritó, y su padre exigió a su madre que hiciera callar a la criatura de una bendita vez. Al final dejó de gritar, porque le tenía más miedo a la furia de su padre que a la de los elementos. Pero se pasó todo el resto del vuelo llorando en silencio.

No recordaba los días pasados en la isla, más que en fugaces visiones de baños en la playa y unos manguitos azules con cangrejos risueños. El problema surgió cuando le dijeron que para volver a casa tenía que volver a subirse a un avión. Sofía lloró desde que su madre empezó a hacer la maleta, lloró cruzando los pasillos del hotel, en recepción mientras esperaban el transporte que les llevaría al aeropuerto, y en la cola para facturar sus maletas. Lloró tanto que la congoja le hacía respirar a golpes, y en el momento de embarcar, su madre tuvo que cogerla en brazos y ejercer no poca fuerza para evitar que se le escabullera. Su padre estaba tan furioso que su rostro se había vuelto lívido, desaparecido el moreno de las vacaciones. Al final, el agotamiento la venció y se quedó dormida. El vuelo era corto y muchas veces su madre le había dicho que rezó para que durmiera todo el trayecto y no se enterase hasta llegar a casa. Pero no, algún hado maligno había decidido perseguir a la pobre niña, y de nuevo, a la altura de Lisboa, las turbulencias hicieron presa del avión, despertándola de su sueño directamente a una pesadilla.

Mientras caminaba aquella mañana por el aeropuerto de Labacolla, Sofía trataba de no conjurar aquellos lejanos re-cuerdos. Se concentró en ideas más felices. No había vuelto a viajar con sus padres, que no por ello se habían privado de conocer toda Europa, parte de África, Asia y América. Sofía se quedaba al cuidado de su abuela, que la consentía y la mimaba terriblemente, le hacía sólo sus comidas favoritas y le compraba toda clase de chucherías. Cuando sus padres vol-vían, la encontraban feliz, repleta de energía gracias al cariño de su abuela, que la compensaba por el trato frío y deferente de sus progenitores.

Lo único que le gustaba de aquellos viajes, eran las postales que su madre siempre recordaba comprarle. Tenía un

álbum lleno de ellas: postales de Holanda con campos de tulipanes, de la Torre de Londres, de barcos cruzando el río Sena, o de los canales de Venecia. Para ella eran lugares má-gicos, a los que sólo podía viajar con su imaginación, y quizá fue eso lo que la decidió, muchos años después, a dedicarse a procurar que los demás disfrutaran viajando.

Cuando por fin estuvo sentada en su butaca de primera clase, Sofía miró por la ventanilla al transporte que se alejaba, después de cargar las maletas en la bodega del avión. Ahora se arrepentía de no haber aceptado las pastillas de Anabel. Bueno, si la cosa se ponía fea, siempre podía pedirle algo de alcohol a la azafata.

Con las manos temblorosas, cogió la revista de publicidad de la compañía aérea y empezó a

pasar páginas sin saber lo que había en ellas. Cuando el avión comenzó a desplazarse por la pista, soltó la revista y se agarró de los brazos del asiento, clavando las uñas en el tapizado.

Y encima tener que escuchar las explicaciones de las aza-fatas. Que si mascarillas de oxígeno, que si chalecos que hay que inflar si falla el automático... ¿Inflar? ¿Si el avión caía en picado, alguien iba a tener la sangre fría de buscar el maldito chaleco, ponérselo, ajustarlo, y ponerse a soplar por aquel tubito para inflarlo? ¿Y total para qué? Volaban de Santiago a Madrid. ¿De qué demonios le iba a servir un chaleco salva-vidas si se estrellaban en medio de la estepa castellana? Ay, Dios. Ay, Dios. Quizá había una palanca de emergencia, como esas de los trenes, y aún podía detener el avión. Iban despacio, camino de la pista, supuso que no causaría un gran perjuicio a la línea aérea. Volver a la terminal, desembarcarla, y al momento ya podían despegar. Sí, ningún problema, ¿no?

Tarde. Las azafatas ya habían desaparecido en sus cubí-culos, y cerrado las cortinas para que nadie las viera. ¿Por qué? ¿Qué hacían allí dentro que no quería que vieran los pasajeros? Tranquila, Sofía, respira hondo, eso es, pero más despacio, no te vayas a marear. Ya está, mejor. Ahora a leer un poco más esa revista. Mejor ir comprobando el suministro de alcohol que llevaban a bordo.

El avión estaba detenido. ¿Por qué? Algún problema de última hora. Quizá se habían olvidado de ponerle combustible, y tendrían que regresar a la terminal. Si lo hacían, tendría que bajarse. No llevaba ni veinte minutos dentro y ya había pasado más miedo que cuando los rumanos los perseguían por las calles de Santiago. O cuando el canijo de cara de ratón le apuntó con una pistola. De repente, se le antojó que todo aquella era absurdo. Se había visto metida en un enredo digno de una comedia de cine, con mafiosos, diamantes y personajes que no eran lo que parecían. Y ahora que todo había pasado, en vez de quedarse quietecita y tranquilita, recuperando su monótona y querida vida de siempre, sólo a ella se le ocurría subirse a un avión. ¿Dónde demonios estaba esa palanca para detener el aparato?

Y de repente estaban corriendo por la pista. Aquel mons-truo que pesaría miles de toneladas, corría como un Fórmula Uno. Sofía se sintió impulsada hacia atrás y de nuevo clavó las uñas en los reposabrazos, cerró los ojos y se mordió el labio inferior.

¿Volaban? Sí, volaban. Qué sensación tan extraña. El vértigo la mantenía paralizada contra el asiento, y a la vez le parecía que volvía a ser una niña subida a un columpio que volaba alto, alto, haciendo que las rodillas le temblaran de excitación.

—¿Se encuentra bien?

La azafata, con su sonrisa aséptica y profesional, se había acercado y se inclinaba sobre su asiento.

—Hace mucho tiempo que no vuelo —logró farfullar.

—¿Quiere que le traiga algo?

—¿Un anestésico? —Hasta consiguió sonreír—. Sí, por favor, me vendría bien beber algo, y mejor si es algo fuerte y que suba rápido.

La azafata se alejó, caminando tan segura sobre tus taco-nes, mientras el mundo de Sofía giraba y giraba a su alrededor.

Pero lo había conseguido. Ya estaba. Volaba hacia Madrid. Qué sorpresa se iba a llevar Sergio al verla.

Mientras cruzaba la inmensa T4, la terminal más nueva del aeropuerto de Barajas, rodeada de turistas, personal aéreo y personas en viaje de negocio procedentes de todo el mundo, se le ocurrió pensar que un aeropuerto internacional no se diferenciaba mucho de las calles de Santiago en año santo. Se encontraba en su propio ambiente, cruzándose con grupos de asiáticos, ingleses ruidosos, o nórdicos blancos y rubios como dioses del Olimpo.

Lo había conseguido. Por primera vez en su vida, había subido a un avión por iniciativa propia, y había soportado, casi con absoluta serenidad, una hora de vuelo hasta su destino. Estaba muy orgullosa de sí misma. Y ahora ya sonreía, fantaseando de nuevo con la sorpresa que le iba a dar a Sergio.

Entonces sonó su móvil.

—¿Sergio?

—Llevo un rato intentado llamarte, en la agencia no me han querido decir donde estabas.

—Ya.

—¿Dónde estás?

—¿Y tú?

—No te lo vas a creer.

—Dime que estás en Madrid.

—En realidad, estoy en Roma.

Sofía detuvo su paso, miró a su alrededor, casi mareada, y localizó un asiento libre. Se dejó caer sobre él, antes de volver a hablar.

—¿En Roma, Italia?

—¿Hay otra Roma?

—No sé.

—¿Sabes lo que te dije de un libro muy importante?

—Ajá.

—El autor es un príncipe veneciano, un carcamal que ha escrito un libro que en italiano consideran lo mejor desde “El Gatopardo”, con cierta mezcla del Marqués de Sade. La editorial está dispuesta a pagar cifras de escándalo por hacerse con los derechos, pero el autor no firmará hasta estar seguro de que puede supervisar la traducción y de que se respetará su original.

Sofía recordaba que ya le había hablado de aquel dichoso libro.

—Y entonces quiere conocer al traductor.

—Exacto. Estoy citado con él para comer.

—¿Y cuándo volverás? ¿Volarás a Madrid o a Santiago?

—No puedo decírtelo hasta saber cómo va la entrevista. Es una persona muy mayor, y este es el “libro de su vida”, el asunto puede ser complicado.

—Te echo de menos. —Sofía habló sin pensar. Se había hecho la ilusión de que le vería aquel mismo día, de que podían compartir hotel. Y ahora todo se había estropeado.

—Y yo a ti, no sabes cuánto.

—Llámame cuando esté solucionado.

—Te lo prometo.

Colgó el teléfono con un suspiro. Se sentía como un globo que se deshinchaba lentamente. Allí parada, en medio de la terminal, tuvo ganas por un momento de golpearse la cabeza contra algo. Qué ridículo cuando regresase a Santiago y se lo contara a sus amigas. Tanto tiempo y esfuerzo perdidos para nada.

Un pie tropezó con su maleta, tumbándola de costado, y al momento un joven de ojos enormes y sonrisa arrebatadora, se inclinó para recogerla.

—Scusi.

Sofía hizo uso de sus nociones básicas de italiano para quitarle importancia al incidente. El chico se alejó, en compañía de otros tres tan guapos como él, haciendo carreras con sus maletas de ruedas entre risas y bromas, en dirección al control de pasajeros.

Y entonces vio el letrero que indicaba las puertas de embarque para vuelos internacionales.

Aquello era una señal.

Sofía buscó en los paneles luminosos información sobre las próximas salidas. Allí estaba. Como imaginaba. Un vuelo dirección Roma que salía dentro de cuarenta minutos.

Corrió como en su vida. Primero a los mostradores donde consiguió un billete de última hora por el que pagó un ojo de la cara y parte del otro. Después al control, donde de nuevo pasó por el molesto trámite de descalzarse, deshacerse de todo el metal que llevaba encima, pasar el arco detector de metales y, por fin, seguir corriendo en dirección a la puerta de embarque.

Puerta que la azafata estaba cerrando cuando ella llegaba.

Sin aliento, con su pequeña maleta volando detrás de ella, y los tacones empeñados en resbalarse por las relucientes baldosas de la terminal, Sofía logró frenar su carrera apenas a unos centímetros de la cara de la sorprendida azafata, que la miró de arriba abajo, calibrando si se trataba de algún peligro o simplemente una loca.

—Por favor, tengo mi billete, tengo que volar a Italia hoy sin falta. Se trata de una cuestión de vida o muerte.

—Llega tarde...

—Tengo que ver a mi novio... —dijo, recuperando el aliento y componiendo su mejor cara de pena—. Me he gastado casi todos mis ahorros en este viaje. Si no me deja subir, no sé cuándo podré volver a verle y...

La puerta se abrió en ese momento desde dentro. Una de las azafatas de vuelo se dirigió a la otra, preguntándole qué ocurría. Cuchichearon las dos en voz baja, y por fin le sonrieron comprensivas.

—Déjeme ver su billete.

Pocos minutos después Sofía estaba de nuevo sentada en un asiento de primera, tratando aún de normalizar su respiración y los latidos de su corazón. Le dio apenas tiempo de escribir un SMS a Carmela antes del aviso para desconectar todos los dispositivos electrónicos.

Aún no era mediodía y estaba a punto de volar por segunda vez en aquel día.

Decidió que se merecía algo más de alcohol para tratar de calmar sus nervios hiperexcitados. Le quedaban por delante tres largas horas hasta Roma.

* * *

Lo primero que le sorprendió al bajar del avión, del que no salieron por un tubo directos a la terminal, sino que descendieron por la escalerilla a tierra, fue el aire caliente que la envolvía, como en la salida de un conducto de aireación.

—¿Qué es esto? —preguntó a la señora que había hecho el viaje a su lado, una asturiana que viajaba para pasar una temporada con un familiar que vivía en Roma.

—Esto es Roma en verano, querida. Los del norte no estamos acostumbrados a este aire tan cálido y seco.

No, desde luego que Sofía no lo estaba. En Santiago necesitaba una chaqueta cuando salía de la agencia a última hora, incluso en agosto. Decidió disfrutar de aquel ambiente cálido, pensando que su cuerpo, con los huesos doloridos y los músculos agarrotados tras tantas horas de viaje, lo agradecería. Cruzó con paso ligero el aeropuerto de Fiumicino, que no le pareció nada en especial, ni por su tamaño ni por sus instalaciones, directa a la salida, deseosa de empezar a ver una de las ciudades con las que siempre había soñado.

Su acompañante le confirmó que la forma más rápida y barata de viajar al centro de la ciudad era en autobús, como ella ya sabía, información que manejaban en la agencia para asesorar a sus clientes cuando viajaban a la capital italiana. Sofía ya se había dejado una pequeña fortuna en billetes de avión, así que optó por aquella opción.

Por la ventanilla del vehículo fue descubriendo la ciudad, uno de los destinos europeos más solicitados y que nunca defraudaba a sus visitantes. Las zonas de extrarradio no decían mucho, pero era Roma, y ella estaba allí, y muy pronto sus sandalias pisarían las mismas losas que siglos atrás pisaran Julio César y Augusto.

El autobús llegó a su destino, Estación Termini, donde Sofía se introdujo para pasear por el vestíbulo de un lugar mítico para todo turista, observando las tiendas y los bares, y el bullicio que amenazaba con envolverla y arrastrarla hacia algún tren con destino desconocido. Se asomó a ver los andenes, y saludó con la mano a un grupo de niños que iban de excursión, o probablemente a algún campamento de verano, y que le gritaron arrivederci con sus voces cantarinas. Después desanduvo sus pasos, consultando su teléfono móvil. Tenía un SMS de Carmela, ella siempre tan competente.

Tal y como le pedía en su mensaje antes de despegar, su amiga se había puesto en contacto con la editorial de Sergio, y contándoles una historia sobre que era un familiar y que necesitaba contactar con él, y que no cogía el teléfono cuando le llamaba, logró averiguar en qué hotel se alojaba en Roma. Sofía tomó nota de la dirección que le indicaba en el mensaje y se subió a un taxi, indicándosela.

El hotel estaba en pleno centro, cerca de la Plaza Navona y a pocos minutos andando del resto de plazas y monumentos más conocidos de la ciudad. En menos de media hora Sofía estaba alojada, y tras comprobar que Sergio no estaba en el hotel, se dio una ducha y se puso su nuevo vestido, el que había estrenado para conocer a Esteban y su familia, y unas bonitas sandalias con poco tacón. Estaba dispuesta a conocer la ciudad de punta a punta, caminando, y no era cuestión de destrozarse los pies en el intento.

Sergio no respondía a sus llamadas, pero decidió no preocuparse ni enfadarse por ello. Seguro que estaba con su escritor y tenía el teléfono apagado. Dejó un mensaje para él en recepción y salió del nuevo al tórrido calor romano. Lo primero es lo primero. Y lo primero era visitar lo más antiguo y lo más clásico. Directa al Foro y al Coliseo.

* * *

El restaurante estaba cerca de la Plaza del Popolo, y cuando salieron a media tarde, tras una larguísima comida, con sus postres y sus cafés, al amparo del potente aire acondicionado,

Sergio se sorprendió de que fuera siguiera haciendo tanto calor. Por costumbre, sacó del bolsillo el móvil que tenía sin sonido, y vio las llamadas perdidas de Sofía. Frunció el ceño, preocupado ante tanta insistencia.

—Si es una chica, deberías llamarla —le dijo el escritor, con una media sonrisa de conquistador que empezaba a co-nocer bien.

—Ella ya sabe que hoy tengo un día muy ocupado.

El conde Righetti levantó las manos, mostrándole las pal-mas, como indicándole que hiciera lo que quisiera, pero a la vez negaba con la cabeza, haciéndole saber que se equivocaba. No se podía ser más expresivo que un italiano. Y más este ita-liano, con sus casi ochenta años y su inquietante parecido con Marcello Mastroianni. Si no fuera porque Sergio sabía que el famoso actor había muerto varios años atrás, juraría que lo tenía ante sus ojos, reconvertido en aristócrata veneciano.

—Uno nunca debería estar demasiado ocupado para la mujer que ama.

No le quedó otra que volver a encender el aparato y tocar el botón para devolver la llamada.

* * *

—¿Sofía? He visto tus llamadas, perdona que no te contestara, estaba comiendo con el

autor y apagué el móvil.

—No importa.

—¿Dónde estás? Se oye mucho bullicio.

—En el Coliseo.

—¿Qué Coliseo? —Sergio detuvo sus pasos, intrigado—. Ah, ya sé, estás en Coruña.

—¿Por qué crees que estoy en Coruña?

—Por el auditorio ese de los grandes conciertos, ¿no se llama Coliseo?

—Sergio, no estoy en Coruña.

—Entonces, ¿en qué Coliseo estás?

Sofía calló, mordiéndose el labio para no soltar una car-cajada. El efecto del alcohol y de las horas de vuelo acumuladas, se dijo. Dos soldados romanos se le acercaron, ofreciéndose para una foto, y ella les rechazó amablemente en un dudoso italiano.

—¿Y tú dónde estás?

—Acabamos de salir del restaurante, en la Plaza Popolo, ha sido una comida larguísima.

—Pues espero que te haya quedado apetito para la cena. Creo que hay un buen restaurante cerca del Panteón, ¿me invitas?

Le estaba tomando el pelo. Seguro. Sofía tenía terror a los aviones, y no podía haber llegado a Roma desde Compostela por ningún otro medio en tan poco tiempo.

—¿Alguien te está molestando? —preguntó al escucharla negar en italiano por segunda vez.

—Son los falsos soldados del Coliseo. Quieren que me haga una foto con ellos, pero sé que después tendré que pagarles por el “favor”.

—Estás hablando en serio, ¿verdad?

—Ya sabes lo aburrida que soy, pocas veces bromeo.

—No te muevas de ahí, voy a buscarte.

Sofía recordaba haber visto de niña “Vacaciones en Roma”. Audrey Hepburn y Cary Grant pasaban en moto por delante del Coliseo. Sentada bajo la luz del atardecer, contemplaba la antiquísima fachada, parcialmente desmoronada, mientras hacía recuento mental de todas las películas que se habían rodado en aquella bella ciudad. Desde “La dolcevita” a “Gladiator”, Sofía creía haberlas visto todas. Siempre le había fascinado la capital italiana, la ciudad de César y Augusto, de la Bocca della Verità y la Fontana di Trevi. Se sentía como alguna intrépida turista americana, a punto de encontrar al amor de su vida. Tal vez se llamaría Guido, o Fredo, o... ¿Sergio?

Era él, sí. Se había bajado de un taxi a pocos metros de ella y caminaba con su paso largo, dedicándole una sonrisa tan sexy que estuvo a punto de derretirla como un helado al sol.

—¿De verdad eres tú?

—Bésame y compruébalo.

No tuvo que repetírselo dos veces. La enlazó por la cintura, obligándola a ponerse sobre las puntas de las sandalias, y la besó como si hubieran transcurrido años desde la última vez, como si las horas pasadas desde su noche loca sólo hubiera soñado con volver a hacerlo; como si fuera la última vez, o la primera, o la definitiva.

—¿Has conseguido una máquina que teletransporta a la gente como en esas viejas películas de ciencia-ficción?

—Exacto. —Sofía se demoraba aún saboreando sus labios con besos pequeños, con mordiscos y caricias juguetonas—. Se llama avión, y a veces incluso es puntual.

—Dime que te has subido a un avión por mí y me harás el hombre más feliz del mundo.

—En realidad me he subido a dos.

El taxista esperaba por ellos, asomado a la ventanilla con una sonrisa de lo más

comprehensiva. A su alrededor, turistas y soldados romanos de pega les miraban sin ningún disimulo. Alguno incluso les hacía fotos.

—Y ahora que estás aquí, ¿qué quieres hacer?

—Pues... Quiero hacer de turista. —Ante la sonrisa dubitativa de Sergio, añadió—: Nunca he estado antes en una ciudad tan mítica, y no quiero ser como esos viajeros que solo visitan lugares raros y sórdidos, apartados de las zonas más turísticas. Yo quiero ver todos los lugares típicos, comer un helado, tomar un expreso. ¡Bañarme en la Fontana di Trevi!

—Cariño, por mucho que me gustaría jugar contigo a La Dolce Vita, me temo que tendremos que dejar el baño para un sitio más privado.

Sofía fingió un puchero que desapareció bajo los besos de Sergio, que parecía no cansarse de saborear su boca una y otra vez.

Corrieron hacia el vehículo cogidos de la cintura, sin dejar de mirarse y reír como bobos. En el camino hasta la plaza de la famosa fuente, Sofía le contó a Sergio su pequeña odisea personal, y de nuevo rieron como niños y se besaron hasta que el taxista comenzó a cantar la dorna é mobile, como respuesta a tanta pasión.

Se bajaron del vehículo en una calle cercana, y Sergio la condujo de la mano por una calle estrecha y llena de gente. Sin previo aviso, a la vuelta de una esquina, Sofía se encontró de repente con la fachada de la fuente que, a pesar de las veces que podía haberlo visto en televisión y cine, la dejó sin palabras. Se sorprendió de lo pequeña que era la plaza, completamente dominada por el monumento, cuya piedra blanca refulgía bajo el sol. Dioses, caballos y tritones ocupaban toda la fachada, y el agua salía por varios chorros, remansándose, pura y cristalina, en la gran piscina delantera.

—¡Necesito una moneda!

Aún no terminaba de decir la frase y ya Sergio le había puesto cincuenta céntimos en la mano.

—De espaldas a la fuente, y la tiras por encima de tu hombro, sin mirar.

—¿Pido un deseo?

—No, esta fuente solo concede un deseo, no hace falta pedirlo.

—Volver a Roma.

Sergio le sonrió, asintiendo, se sentó en la escalinata que bajaba a la fuente, y sacó su móvil para inmortalizarla con su cámara mientras lanzaba su moneda.

Estaba preciosa con aquel vestido blanco y rojo. La falda le llegaba apenas a las rodillas, mostrando sus piernas esbeltas y con un suave tono dorado, recuerdo del sábado que habían pasado en la playa. Parecía que hacía una eternidad.

La verdad es que ella siempre estaba así de preciosa. Con su ropa seria de oficina, o sus vaqueros de fin de semana. Con las camisetas largas que usaba para dormir, algo que Sergio había descubierto cuando le fue a pedir un poco de café una mañana. Y ella era tan ingenua que ni se había dado cuenta de que llevaba semanas olvidándose de comprar café, o azúcar, o galletas para el desayuno. Cualquiera excusa le servía para llamar a su puerta, para ver sus ojos adormilados y sus curvas suaves bajo la escasa tela con la que solía dormir. Y con aquel biquini rojo que se había puesto en casa de su madre. Aquello había sido a la vez el paraíso y el infierno. Tenerla a su lado, tan sexy que quemaba solo con mirarla, y estar en una playa rodeados de familias con niños y abuelos, fue toda una prueba de fuego para su resistencia.

Un silbato estridente le sacó de su ensueño y de la con-templación de las piernas de Sofía, que se inclinaba hacia la fuente, mostrándole más y más piel, hasta que se dio cuenta de lo que hacía y el por qué de aquel horrible sonido.

Desde la parte más alta de la fuente, un guardia le gritaba toda clase de advertencias en

italiano. Sofía le miraba desconcertada, con las dos manos metidas hasta las muñecas en el agua.

—Ya te dije que no te podías bañar en la fuente.

Sergio se acercó y le tomó las manos, sacándoselas del agua, luego miró al guardia con gesto conciliador, haciéndole gestos de disculpa. El tipo, de largos bigotes negros, les lanzó cuatro palabras más y continuó su ronda. Las decenas de turistas que abarrotaban el monumento rieron por la tensión causada y siguieron con sus fotos y sus lanzamientos de monedas más o menos acertados.

—No me estaba bañando.

—Siempre están vigilando. Saben que la tentación de todo turista es meterse en la fuente, y está prohibido.

Sofía se encogió de hombros y se pasó las manos mojadas por el cuello, con un suspiro.

—Está muy fresquita. ¿Quieres?

Sergio quería, claro que quería, cualquier cosa que ella quisiera ofrecerle. Sofía se colgó de su cuello, refrescándole las ideas con sus manos heladas. Mejor, una vez más ella le estaba tentando en un sitio demasiado lleno de gente.

* * *

—Tenías toda la razón en lo de Borja, me comporté como una estúpida.

Sofía reconocía su ceguera, una vez sentados a la mesa en una de las plazas más bonitas del mundo, la Plaza de la Rotonda, que lucía su fuente de piedra en el centro. El incomparable marco del Panteón al fondo, con su fachada de columnas corintias, imponía respeto desde sus veinte siglos de antigüedad.

Había necesitado un buen rato para acostumbrarse al impresionante entorno, antes de empezar a narrarle lo sucedido. Pero ahora, ayudada por el vino que un sonriente camarero les acababa de servir, hablaba sin parar, desmenuzando los últimos acontecimientos. Ya le había contado a Sergio todo lo ocurrido mientras él no estaba, e incluso su soplo a la aduana de Caracas.

—Has sido muy valiente. Se merece que lo encierren y tiren la llave al mar.

Sergio la seguía mirando con cierta incredulidad, extendiendo de vez en cuando la mano por encima del mantel para capturar la suya, como si quisiera asegurarse que estaba allí de verdad, que no era una imaginación producto de la calurosa noche romana.

Comprender lo importante que era para él que hubiera dado aquel paso, que le hubiera seguido con tanto afán a través de ciudades y aeropuertos, sólo para confesar su error y hacer definitivamente las paces, le provocaba una sensación cálida en el corazón, que se extendía por todo su cuerpo, relajando sus miembros cansados por el viaje y el estrés.

—No quiero hablar más de él. —Sofía levantó su copa y el tinto italiano reflejó la luz de las velas encendidas sobre la mesa—. Hagamos un brindis. Por esta hermosa noche...

—Y por nosotros.

—Por nosotros.

Bebieron de sus copas y comieron con apetito los sabrosos platos que les iban sirviendo, hasta llegar al postre, un succulento panna cotta con mermelada de fresas que hizo suspirar a Sofía.

Sergio sonrió al oír su suspiro, y la miró embobado mientras ellas saboreaba lentamente la deliciosa crema que se deshacía en su boca. Con las mejillas coloradas al darse cuenta de su atención, ella juró que, solo por comer aquel manjar, valía la pena subirse a dos aviones.

Estaba allí de verdad. No era un sueño, ni una imaginación producida por el buen vino

italiano. Su Sofía, la que tenía pánico a volar desde niña, la que se había negado a seguir a su novio al Caribe, la que hasta aquel día sólo había viajado con la imaginación. Y lo había hecho por él. Había tomado dos aviones para verle, sin decirle nada, para darle la sorpresa de su vida.

Cuando meses atrás había tomado la decisión de volver a vivir en Santiago, había fantaseado cómo sería volver a encontrarla. Pero ni en sus más locos sueños Sofía era tan bonita, tan adorable y tan perfecta como en aquel momento.

No se dio cuenta de que aquellas palabras salían de su boca hasta que flotaron en el aire entre ellos.

—No sé qué es lo que esperáis las chicas, pero si se trata de ponerse de rodillas, como en las películas, y ofrecerte un tremendo anillo y jurar amor eterno, podría hacerlo. Por ti, Sofía. Solo por ti.

Sofía dejó la cuchara sobre el plato. Hipnotizada, miró su mano izquierda, que Sergio acariciaba sobre el mantel. La luna brillaba sobre el Panteón. En la fuente, un saxofonista tocaba *Strangers in the night*. A su alrededor, todo parecía detenido. Los camareros les miraban y el resto de los clientes parecían contener el aliento.

—Yo tampoco sé lo que esperan las otras chicas, pero a mí lo que siempre me han gustado son los cuentos clásicos, en los que el príncipe besa a la bella durmiente y, cuando ella despierta y le mira, comprende todo lo que se estaba perdiendo mientras soñaba.

—Entonces, ¿sólo quieres un beso?

—Uno, para empezar.

Sergio se puso en pie, dispuesto a complacerla, para alegría de la audiencia que rio encantada, ofreciéndoles incluso algún breve aplauso cuando la envolvió entre sus brazos, besándola sin ningún recato a la vista de todos.

Camino del hotel se sucedieron los besos, las caricias, las promesas susurradas al oído. Ninguno de los dos supo cuándo cruzaron recepción, ni cómo lograron acertar con el ascensor y pulsar el botón que les llevaba al piso donde estaba la habitación de Sofía. Al poco, el suelo quedó sembrado con sus ropas desordenadas, que se arrancaban mutuamente entre risas y gemidos. Sergio envolvió a Sofía entre sus brazos y la levantó del suelo como si no pesara más que una almohada de plumas. Ella lo rodeó con sus piernas y él se dejó caer sobre la cama, sentado, sosteniéndola en su regazo.

—Me vuelves loco, Sofía, y me haces olvidar todas las precauciones —gruñó contra su boca, mientras sus manos grandes recoman toda su espalda desde los omóplatos hasta las redondeadas curvas de sus nalgas—. ¿Tendremos que confiar de nuevo en el doctor Ogino?

Sofía negó con la cabeza y se zafó apenas de su abrazo para abrir el cajón de la mesilla, donde tenía una caja de pre-servativos sin estrenar.

—En los aeropuertos venden de todo, ya sabes —explicó con las mejillas rojas.

—Lo tenías todo previsto, bruja seductora —bromeó Sergio—. Incluso cómo acabaría la noche.

—Bueno... —Sofía le puso una mano abierta sobre el pecho y bajó despacio, acariciando su piel, hasta detenerse sobre el tatuaje—. Tenía mis esperanzas.

Mordiéndose un labio con la misma mirada golosa que le había dedicado a su postre, Sofía contempló la unión de sus cuerpos desnudos, el vello oscuro de sus sexos mezclándose sin distinción, y asomando entre ellos la espléndida erección contra la que se apretaba su carne más sensible. Lo imaginó en su interior, tan duro y caliente, y al momento notó la humedad que brotaba entre sus labios, empapándoles a ambos.

—Haré todo lo que esté en mi mano para no defraudarte —murmuró Sergio,

mordisqueándole el cuello, gimiendo cuando ella se acomodó sobre sus piernas, apretándose aún más contra él, envolviéndole en su calor.

Deseó que ese momento no terminara nunca. Quería poseerla así como la tenía, sentada sobre su regazo, y después tumbarla sobre la cama para tomarla otra vez, de frente, de espaldas, de pie contra una pared. Nunca se cansaría de ella, lo sabía. Su cuerpo era la droga más potente que existía para él, y la necesitaba como al aire que respiraba.

—Tú nunca me defraudas.

Sofía echó atrás la cabeza con un gemido cuando Sergio atrapó uno de sus pezones con la boca, acariciándolo con la punta de la lengua. Con una mano la mantenía sujeta por las nalgas, empujándola adelante y atrás contra su cuerpo, la otra se introdujo entre sus rizos húmedos, acariciando su clítoris con un movimiento circular que la hacía temblar de placer. Ella se sujetó fuerte a su cuello con la mano izquierda y tomó su pene con la derecha, envolviéndolo con sus dedos y fro-tándolo, arriba y abajo, arrancándole un gruñido gozoso.

—Si sigues por ese camino, no vamos a estrenar la caja —se quejó, hundiendo la cara sudorosa en su cuello.

—Tenemos... toda... la... noche...

Apenas podía hablar. La mano que tentaba su carne más sensible la elevaba poco a poco en una espiral imparable de placer, donde lo único sólido y firme era el sexo de Sergio al que se agarraba, como un náufrago a una balsa. Él la besó y ella gritó contra sus labios, mientras todo su cuerpo se convulsionaba en un febril orgasmo que llevaba aguardando desde el primer beso en el restaurante.

—Me vuelves loco.

Sergio le susurró al oído, inclinado sobre ella, absorbiendo sus últimos estremecimientos. Cuando la vio abrir los ojos, se giró sobre su costado y con un movimiento rápido se enfundó el preservativo. Sofía le puso las manos sobre el pecho y se subió sobre él, a horcajadas.

—Me toca a mí —dijo con cierto tono amenazante, y al momento unió sus ingles.

Se hundió dentro de ella, deslizándose con facilidad gracias al látex y a su propia humedad. La garganta de Sofía emitía un ronroneo propio de un felino, mientras se estiraba y se contoneaba sobre él, que le acariciaba los pechos con las dos manos, como un niño goloso disfrutando con un festín. Sofía marcaba el ritmo, y él la acompañaba, con suaves empujes de sus caderas. No quería apresurar aquel momento, era el paraíso y tenía que disfrutarlo a fondo, pero la vio cerrar los ojos, morderse el labio inferior y empezar a gemir, más y más alto, mientras de nuevo la espiral del placer la atrapaba. Cuando dobló la espalda y se inclinó hacia él, ocultando la cara en el hueco de su cuello entre gritos, se dejó ir en una placentera explosión que le recorrió de arriba a abajo, dejándole por un momento prácticamente ciego, sordo y mudo.

Cuando consiguió recuperar la respiración, ella estaba tan relajada sobre su pecho que parecía dormida.

—Demasiado rápido —protestó para sí mismo.

—Solo ha sido el primer plato —dijo Sofía, riendo bajito, con la boca contra su clavícula.

—Y parece que estás muy hambrienta.

Sergio la tenía envuelta entre sus largos brazos, y de nuevo comenzó a acariciarle la espalda, lentamente, trazando dibujos desconocidos sobre su piel.

—Recuerda que llevo cien años durmiendo, esperando un príncipe que me despierte.

—Entonces habrá que recuperar todo ese tiempo perdido.

Sofía se retorció sobre la cama, ahogando una risita contra la almohada.

—Ay, Dios, llevo todo el día sin parar y creo que me due-len músculos que ni sabía que

tenía. —Le miró de reojo, asomando apenas la cara entre los pliegues de la sábana—. Me prometiste que jugaríamos a la Dolce Vita en privado.

—Y siempre cumplo mis promesas.

Se puso en pie, completamente desnudo, y cruzó la habitación hacia el baño, acompañado de un halagador suspiro de Sofía. Por suerte la bañera era enorme, y el chorro de agua potente. Vacío en su interior los frasquitos de gel que había sobre una repisa, y al momento se formó una montaña de espuma fragante. Con solo imaginar a Sofía jugueteando entre las burbujas, su cuerpo recién satisfecho, recobró una notable excitación.

—Vamos, bella durmiente.

La llamó desde la puerta, pero ella se hacía la dormida. Se acercó a la cama, le quitó la sábana y la levantó entre sus brazos, con lo que se ganó una mirada de rendida admiración y un beso en el cuello, donde Sofía apoyaba la cara.

—No soy la bella durmiente —protestó ella, recordando que estaba en el camino de dejar atrás para siempre a aquella Sofía aburrida, seria y formal. Y, desde luego, ya no esperaba que su príncipe azul volviera del Caribe para despertarla con un beso.

Sergio la introdujo, despacio, en la bañera. Ella estiró la espalda, retorciéndose de placer, y sus pechos, salpicados de espuma, se elevaron sobre el nivel del agua, ofreciendo una visión deliciosamente erótica.

—Desde luego no pareces una princesita Disney en este momento.

—¿Tú no vienes?

No tuvo que proponérselo dos veces. Sergio se introdujo en la bañera, detrás de ella, que se sentó en su regazo, recostándose contra su pecho.

Tenerla entre sus brazos, húmeda y cálida, con la piel resbaladiza por el jabón, era una de las sensaciones más deliciosas que había tenido en su vida. Disfrutó despacio de cada centímetro de su cuerpo. De sus piernas fuertes y sus nalgas firmes, de su espalda que se arqueaba bajo sus caricias, y sus pechos que se adaptaban a sus manos como si siempre les hubieran pertenecido.

Sofía se giró apenas, para poder tocarle también, deslizando una mano lentamente desde su hombro, por su pecho, hasta pararse a la altura de su ombligo.

—¿De verdad es tu inicial?

Acariciaba la letra sigma de su vientre, siguiendo el dibujo de tinta negra. Era difícil pensar en una respuesta ingeniosa cuando todos sus sentidos estaban sobreexcitados por el contacto de sus cuerpos.

—Es una larga historia, no creo que te interese.

—Cuéntamela.

Sofía estiró el cuello en un ángulo casi imposible, para poder besarle en la boca. Él apretó los labios, pero ella le introdujo la punta de la lengua, hasta que le obligó a rendirse. Le dio un largo beso antes de separarse un poco de su cuerpo y volver a poner la mano sobre el tatuaje, expectante.

—Yo tenía una novia en el instituto, ¿sabes? Era la chica más bonita de Compostela, todos estaban locos por ella. —Sofía rio, negando con la cabeza ante tal exageración—. Pensaba que estaríamos juntos para siempre, pero no pudo ser. —Ahora se había puesto serio, sus ojos oscuros se clavaron en los de ella, dejándola sin aliento—. Una noche, en Madrid, salí con mis primos a emborracharnos, y acabamos en un tugurio de tatuajes dispuestos a grabarnos el nombre de nuestras chicas en la piel. Pero yo ya no tenía chica... Ya sabes lo que es el alcohol, un rato te sube a la cima y al poco te baja a los infiernos. Así que en ese momento de bajón, decidí tatuarme la inicial de aquella novia que me había roto el corazón, y me juré a mí

mismo que nunca permitiría que una mujer volviera a hacerme daño.

A pesar del agua caliente, Sofía sintió que su piel se helaba, o quizá su corazón. Extendió las manos temblorosas para tomar la cara de Sergio, que le rehuía la mirada, y obligarle a enfrentarse a ella.

—Todo eso es el pasado —susurró—. Entonces ni tú ni yo mandábamos en nuestras vidas. Pero ahora sí, ahora podemos decidir nuestro destino.

Y él vio en su mirada que hablaba completamente en serio. La Sofía sexy y juguetona había desaparecido, y estaba de regreso la seria, la formal, aquella en la que podía confiar. Y descubrió que no le daba miedo hacerlo. Los años de diversión sin ataduras se habían terminado, pero no los echaría de menos.

—Te quiero, Sofía —le dijo al oído, envolviéndola entre sus brazos—. Nunca he querido a nadie como te quise y como te sigo queriendo. Eres la mujer de mi vida.

—Te quiero, Sergio —contestó Sofía, en un susurro—. Nada ni nadie me hace tan feliz como tú.

Poco después, Sofía estaba envuelta en una toalla cálida y mullida, y sentada en la cama, mientras Sergio rebuscaba entre sus ropas esparcidas por el suelo.

—Tengo algo para ti —le dijo, sentándose a su lado.

Extendió su mano derecha, con la palma hacia arriba, para que ella pudiera ver aquel pedazo de azucarillo aplastado que conocía demasiado bien.

—Vicente te lo regaló a ti. —Sofía quiso rechazarlo, poniendo su mano sobre la de él para cubrir el diamante.

—Me dijo que encargara un anillo para una chica que me-reciera la pena. Estoy convencido de que aprobara mi elección.

—Es demasiado valioso, no sé si debo aceptarlo.

—Cariño, mañana te contaré lo bien que ha ido la entre-vista con el conde Righetti. El contrato del libro está cerrado y con esto me he convertido en el traductor estrella de la editorial. —Le ofreció una copa con el champán que había cogido del minibar, y tomó él otra, que levantaron para brindar por la buena noticia. Después, Sergio cambió el semblante, poniéndose serio por un momento—. Sofía, no puedo ofrecerte el lujo al que te acostumbraron tus padres, permíteme al menos regalarte el anillo de compromiso que te mereces.

Ella dejó la copa sobre la mesita y miró fascinada la piedra que le había puesto en la mano. Lo de menos era lo fea que parecía ahora, o su auténtico valor material. Lo que importaba era su significado.

—Es cierto que mis padres me dieron toda clase de lujos —pensó en voz alta—. Pero nunca me dieron un verdadero calor de hogar ni el amor que tanto necesitaba.

—Sofía, amor es lo que tengo para darte a raudales. Te prometo que te compensaré por tus cien años de pesadillas, princesa.

Las toallas de ducha terminaron en el suelo, junto con el resto de su ropa, mientras Sergio comenzaba a compensarla con todo el amor y la pasión que Sofía tanto tiempo había soñado.

Aquella noche apenas durmieron, recuperando el tiempo perdido, lejos de exnovios rencorosos, ligues de una noche, mafias contrabandistas, madres manipuladoras y amigas más o menos bienintencionadas.

Solos los dos: la bella y su príncipe azul.

Y de propina, un epílogo

Era una mañana tranquila, aburrida en realidad, en la agencia. Entrado el mes de agosto, la ciudad reducía lentamente el bullicio tras las fiestas del Apóstol; no había estudiantes alborotando por las calles, y los más afortunados de sus habitantes habían huido a sus casas de playa, o viajaban a algún destino que les garantizara el sol, siempre tan tacaño en Galicia.

Sofía revisaba facturas con la mente en otra parte. En varias partes en realidad. Su madre la había llamado a primera hora para recordarle que les esperaba el sábado, a ella y a Sergio, a comer en su casa de Cabio. También estaba invitado Rosendo, el novio de Eros, y solo por eso podía asegurarle a su madre, sin exagerar lo más mínimo, que no se olvidaría de la comida y que llegarían puntuales. No podía esperar para conocer a aquel marinero que estaba decidido a casarse con el cubano y ser la comidilla de las Cofradías de Pescadores de punta a punta de la Ría de Arousa.

La otra cuestión que le impedía concentrarse era una foto de Sergio, que tenía de fondo de escritorio en su pantalla. Sentado en una terraza de la Plaza Navona, comiéndose un helado de cucurucho, con la Fuente de los Cuatro Ríos a su espalda. Tenía la largas piernas, enfundadas en un vaquero oscuro, estiradas y cruzadas sobre los tobillos. Y por una vez no llevaba ninguna camiseta de Rei Zentolo, ni de algún grupo heavy de los ochenta. Lucía una impecable camisa blanca italiana, abierta en el cuello mostrando su piel morena. Recordó cómo entrecerraba los ojos cada vez que le daba un bocado a la crema de chocolate helada, y el momento en que se dio cuenta de que ella lo enfocaba con su móvil para hacerle aquella foto. La sonrisa que le dedicó ser-viría de portada para una novela erótica. Por suerte, no tenía que compartirlo con toda clase de lectoras en busca de emociones fuertes.

—Estás llenando el teclado de babas.

Sofía miró el teclado sobresaltada al escuchar la voz de Carmela a su espalda, y al momento resopló mientras la otra se reía a carcajadas.

—¿No tienes nada mejor que hacer que andar espiándome?

—Pues no. —Carmela se acercó para mirar la foto con todo descaro—. Está mejor sin camisa, ese tatuaje de la cadera...

—Carmela...

—¿Qué tatuaje? —preguntó Mar, asomando la cabeza desde el mostrador de recepción.

—¿Te has hecho un tatuaje? —Anabel se puso en pie, para mirarla por encima de su mamparo.

—¡¿Es que nadie tiene nada que hacer hoy?!

—Pues no —respondió Mar, mirándose las uñas con gesto aburrido.

—Yo estaba pensando en salir a tomar un café —dijo Anabel.

—¿Tenemos la cafetera estropeada?

Carmela caminó hasta el pequeño cuarto donde tenían la cafetera, un microondas y un surtido de cafés, infusiones y algunas galletitas para matar el gusanillo entre horas.

—A la cafetera no le pasa nada —aseguró Mar, que se limaba las uñas dando la espalda a la puerta—. Pero el café no está tan bueno como el que prepara el nuevo camarero de enfrente. ¿O es el camarero el que está bueno y el café es normalito? ¿Tú que crees, Anabel?

—Que me olvides, Mar.

Anabel volvió a sentarse en su escritorio, desapareciendo tras el mamparo, y por un rato solo se escuchó el rápido movimiento de sus dedos sobre el teclado.

—No te enfades, Anabel —dijo Carmela, conciliadora, volviendo a su mesa—. Solo te quedan unas horas para per-dernos de vista por una temporada.

Mar dejó de limarse las uñas al escuchar que se abría la puerta. Un tío que parecía medir dos metros, rubio y pálido, con aspecto de ruso recién salido de una película de espías, se acercó sonriendo al mostrador. La recepcionista se pasó la lengua por los labios y se inclinó hacia él, ofreciéndole una visión poco profesional de su escote.

—¿Anabel?

Tema un acento horrible. Ante el desconcierto de Mar lo intentó dos veces más, hasta que ella decidió dejar de hacerle sufrir y se levantó, con una sonrisa, meneando las caderas para ajustarse su minúscula falda vaquera. Se asomó al pasillo y comprobó que Anabel estaba sentada a su mesa, absorta en la pantalla de su ordenador.

—A la derecha.

El rubio frunció el ceño con gesto de no enterarse. Mar le guió con su dedo pulgar y le siguió con la vista, descubriendo que tenía un tatuaje que le cubría por completo el bíceps derecho. Parecía una enredadera llena de espinas. Tal vez si le mostraba la rosa que llevaba en su cadera, y que hacía juego con aquellas espinas, tendría una oportunidad...

—¿Andrei?

Anabel ya lo había visto. Cómo para no verlo, si ocupaba todo el espacio libre entre las mesas de la agencia. Carmela se asomó por encima de su mamparo, haciéndole una rápida radiografía de pies a cabeza al enorme rumano. Sofía estiró el cuello desde su mesa y sonrió sorprendida.

—Anabel...

La rubia se levantó de la silla para apoyarse en la mesa. Parecía a punto de desmayarse de la impresión.

—Has vuelto —dijo, y cada sílaba iba acompañada de un suspiro.

—Yo... vacaciones.

—¿Ahora hablas español?

Andrei murmuró algo ininteligible en su idioma.

—Yo... vacaciones.

—¡Vale! Son dos palabras. Ya aprenderás el resto, solo son unos pocos de miles.

El gigante pareció decidir que aquella conversación ya había durado mucho tiempo. De un solo paso se plantó delante de Anabel, la envolvió por la cintura con sus manazas, y la levantó del suelo para darle un beso que dejó sin respiración a las tres mujeres que no les quitaban ojo.

—¿Tú... vacaciones? —preguntó Andrei, demostrando que sabía una tercera palabra en español: "tú".

—Yo vacaciones esta tarde, a las ocho en punto.

Colgada de su cuello, Anabel parecía incapaz de reaccionar.

Pero solo lo parecía.

De repente sus ojos se abrieron como platos, y dirigió una mirada soberbia a sus compañeras.

—Bueno, y qué más da a las ocho que a las ... —Miró su reloj de pulsera—. ¿Dos menos diez?

Carmela y Sofía asintieron, con los ojos desorbitados por las risas contenidas.

—Vale, ya lo sabía yo. Andrei, cariño, si me sueltas, recojo mi bolso, apago el ordenador y nos vamos.

—¿Anabel?

—Sí, querido, yo Anabel y tú Andrei. Yo vacaciones, ¿vale?

—¡Vacaciones!

Con una gran sonrisa y un pequeño empujón, logró hacerle entender que la soltara y corrió a buscar sus cosas.

—Anabel, cariño —Sofía se le acercó y la obligó a para-petarse detrás del ordenador—, no te vayas a ir de la lengua con aquel asuntito de nuestros amigos contrabandistas.

—Sofía, querida, pienso utilizar la lengua para muchas cosas estas vacaciones, pero no será en hablar donde más la emplee.

Anabel estiró el cuello para sonreír a Andrei, que esperaba en medio del pasillo, con los brazos cruzados, llenándolo todo con su presencia.

—Podías enseñarle a hablar algo más de español.

—No es lo que más me urge en este momento.

—Anabel...

—¿Ahora vas a darme la charla? Te recuerdo que es un agente de la Interpol. Nunca estaré más segura con un tío. —Anabel se abanicó con la mano abierta—. Joder, cómo suena lo de agente de la Interpol, es como una peli americana y a mi me ha tocado ligarme al tío buenorro.

—Anda, vete ya, antes de que te derritas de tanto mirarlo.

La rubia corrió a colgarse del brazo de su gigante. A pesar de sus tacones de quince centímetros, apenas le llegaba al hombro, y tenía que estirar el cuello para mirarle a los ojos. Sofía y Carmela les siguieron con la vista mientras salían, dirigiéndose una sonrisa cómplice.

—Qué bueno está el agente rumano.

Sofía se giró de vuelta a su mesa, dando la espalda a la recepción.

—Quita, parece sacado de una revista de culturistas.

—Ay, Sofía, ya estás tú poniéndole pegas a todos.

—A todos no, Carmela.

—Claro, mírala ella que contenta que está desde que tiene un novio perfecto.

Sabía que su amiga disfrutaba pinchándola, pero le daba igual, todo le daba igual últimamente. Supuso que ese era el estado de felicidad perfecto, cuando los buenos momentos superan en tanto a los pequeños contratiempos diarios que nada logra hacerte perder la sonrisa.

—Pues sí, qué se le va a hacer, mi novio está más bueno que el cachas de Anabel, que el camarero nuevo de enfrente, y que...

Uy, aquella sonrisa en la cara de Carmela no auguraba nada bueno.

—Sigue, no te cortes.

—Y está detrás de mí oyendo toda esta sarta de tonterías. ¿Verdad?

Las manos de Sergio, grandes y cálidas, la envolvieron por la cintura. Cerró los ojos, notando el rubor que coloreaba sus mejillas, y dejó que él la atrajera contra su pecho. Oyó los pasos de Carmela alejándose de ellos.

—¿Tonterías? —le susurró al oído—. A mí me gustaba lo que estaba oyendo. Puedes seguir.

—¿Qué haces aquí? —intentó regañarle, pero sus labios le recorrían el cuello y la dejaban sin respiración—. Creía que te había prohibido venir a la agencia. Siempre ocurre algún desastre cuando apareces.

—Bueno, por Anabel ya no tienes que preocuparte. Ni me ha mirado cuando nos hemos cruzado en la puerta. Y por cierto, ¿qué hace aquí nuestro amigo de la Interpol?

—Está de vacaciones.

Sofía se giró entre sus brazos, colgándose de sus hombros.

—¿Ha comentado algo sobre... aquel asunto?

—Solo tenía ojos para Anabel. No creo que piense en temas profesionales por una temporada.

—Estupendo.

Sergio inclinó la cara, acercándose a sus labios lentamente, tentándola con besos suaves, como caricias hechas con una pluma.

—¿Me vas a decir para qué has venido?

—¿Cuándo vuelve Vicente?

Sofía tuvo una intensa sensación de déjà vu. Así había co-menzado todo aquel enredo, con Sergio entrando en la agencia para preguntar por su casero. Pero ahora no tenía de qué preocuparse: el pobre Vicente, disgustado y aún bastante asustado por todo lo ocurrido, estaba en Valencia, dejándose mimar por su hermana y sus sobrinos.

—Tesoro está haciendo de las tuyas otra vez, imagino.

—Se ha apoderado de mi cama, aprovechando que yo últimamente ni la deshago.

—Pues déjale que disfrute, al pobre. —Frotó suavemente su cadera contra la de él, tentadora—. La mía es más grande y estamos más cómodos.

La puerta se abrió de nuevo y Sofía estuvo a punto de soltar una maldición. No había entrado un cliente en toda la mañana, y tenían que aparecer ahora que estaba en su paraíso particular.

—Hola, perdona, pero es que estoy completamente perdido, ¿podías indicarme cómo llegar a la Catedral? Si tienes un callejero o una guía...

Sofía estiró el cuello y vio a un chico parado ante el mos-trador, vestido con chaqueta de cuero y con un casco de moto colgado del brazo. Llevaba el pelo rapado con maquinilla, casi al cero, su piel estaba tan morena que era difícil saber si era blanco o tenía alguna mezcla de razas, y lucía un aro de plata en la oreja derecha.

Y, por una vez, Mar parecía haber perdido el uso del habla. Estaba literalmente a punto de derretirse ante aquella visión.

—No... No tenemos guías... Lo siento... En la Catedral venden planos y...

—Ya. —El chico sonrió y se pasó una mano por la cabeza rapada—. Pero no sé llegar a la Catedral...

—Bueno... Saliendo a la derecha...

—¡Mar! —Sofía le hizo un gesto a Sergio para que no se moviera y dio dos pasos hacia el mostrador—. ¿No te ibas ya? Ya cerramos Carmela y yo, no te preocupes. Y de paso que sales, puedes acompañarle un rato para indicarle el camino.

La recepcionista, recuperadas ya sus funciones cerebrales, miró a Sofía intentando asegurarse de lo que le insinuaba. Ella le hizo un breve gesto afirmativo, y al momento estaba cogiendo su bolso e indicándole el camino al chico del casco. Con un extraño gesto de anticuada amabilidad, él le abrió la puerta y la invitó a salir primero. Sofía pudo comprobar que aprovechaba el momento para mirarle las piernas sin mucho disimulo.

—¿Ahora tenemos una agencia de citas? —preguntó Carmela con un bufido, dirigiéndose al cuartito del café.

—Solo falta que aparezca tu marido.

—Ni de coña, su compañero también está de vacaciones y le toca hacer un montón de horas para compensar. Aunque, ahora que lo pienso, me parece que ya volvía hoy. —Carmela sacó su pequeño móvil del bolsillo y pulsó un número de llamada abreviada—. Paco, cariño, ¿recuerdas que me debes una cena?

Desapareció en el interior del cuarto de descanso, cerrando la puerta con un estudiado golpe

de cadera.

Sofía se volvió hacia Sergio, que se había sentado en el borde de su mesa, y la miraba con aquel gesto suyo, como si estuviera a punto de lanzarse sobre ella y devorarla.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu excusa?

—¿Necesito una excusa para venir a ver a mi novia?

—Estoy trabajando...

—Sí, ya veo, un montón de trabajo.

—¡Tonto!

—Ven aquí.

Sergio la agarró de la muñeca derecha y al momento le estaba poniendo un anillo que se ajustó perfectamente a su dedo anular. De oro blanco, muy sencillo, a ella no le gustaba ni el oro amarillo ni las filigranas, así que el padre de Carmela lo había hecho exactamente a su gusto. El diamante, de talla princesa, era tan hermoso que cortaba la respiración.

—Mi madre se va a desmayar cuando lo vea.

Extendió la mano abierta delante de su cara, moviéndola para que la luz de los fluorescentes incidiese desde distintos ángulos.

—Hipnotiza, ¿verdad?

Sofía asintió con la cabeza.

—Gracias —susurró, acercándose más para besarle en la mejilla—. Nunca había tenido nada tan bonito.

—Solo podía ser tuyo, Sofía, era el destino.

—¿Sabes qué lamento? —Apoyó la cara en el hueco de su hombro, suspirando cuando él la envolvió con sus brazos—. El tiempo perdido desde que volviste a Santiago.

—Y yo. —Sergio rio bajito, con el pecho reverberando bajo la mejilla de Sofía—. Pero vamos a recuperarlo, te lo aseguro.

—¿Qué tal si empezamos a la hora de la comida?

—Pues venía a invitarte a tomar unas tapas, pero se me ha quitado el apetito de repente.

—¿Del todo?

Sofía se removió entre sus brazos, y él sintió cada una de sus curvas amoldándose a su cuerpo, sus pechos suaves, sus caderas y sus muslos deliciosamente torneados, que tanto placer le daban cuando le rodeaban estrechándolo contra su...

—En realidad, creo que estoy muerto de hambre. Pero no es algo que se sirva en plato lo que pienso devorar.

Sofía se puso de puntillas para darle un beso que provocó un incendio desde sus labios hasta los dedos de los pies, y luego le soltó para ir corriendo a apagar su ordenador y coger el bolso.

Esa era su chica. Siempre supo que sería así. Solo necesitaba un poco de paciencia, algo de encanto y concentrarse en el objetivo. Había hecho un buen trabajo y por eso ahora disfrutaba la recompensa.

—¿Nos vamos?

Aquella sonrisa merecía todos los diamantes del mundo.

—¿Te he dicho hoy cuanto te quiero?

—Esta mañana. Al despertar.

—Ah, sí, ya recuerdo. Me contestaste con un gruñido para que te dejara dormir un poco más.

—No es verdad.

—Sí lo es.

—¡No!

—Pues entonces estoy perdiendo la memoria, porque no recuerdo en absoluto lo que dijiste.

Sofía dejó el bolso sobre la mesa y de nuevo se acercó a Sergio, poniéndole las dos manos sobre el pecho.

—Te dije que yo también.

—¿Tú también? ¿Tú también qué?

—Que yo también te quiero, tonto.

Al momento la levantó del suelo, girando con ella una vuelta completa, hasta que Sofía gritó que se estaba mareando y la dejó bajar.

—Lo que me cuesta hacer que lo confieses. Así no podemos seguir Sofía, si no te portas como una novia cariñosa y dulce y...

Sofía abrió la puerta del cuartito del café. Carmela seguía hablando con su marido. Le hizo señas para avisarla de que ya se iba y de que le tocaba cerrar la agencia. Luego salió y caminó con desparpajo hacia la puerta, sin esperar a Sergio, que la seguía, echándole en cara toda una sarta de exageradas ofensas.

—Pero te quiero más cuando estás callado.

Cerró la boca al instante. La envolvió por la cintura y caminaron juntos, riéndose como crios, en dirección a la Alameda.

Había sido complicado, sí, pero los dos volverían a enfrentarse a mafiosos contrabandistas, policías, agentes secretos, abogados corruptos y hasta a gatos enfurruñados, cualquier cosa les parecía poco, sabiendo que su destino era y siempre había sido estar juntos.

Y fueron felices por siempre jamás. Por supuesto.

FIN

Nota final

Esta novela tan “diferente” a todo lo que he publicado, nació de las dudas. Comencé a escribirla en torno al año 2010, inspirada por todo lo que un Año Santo supone en Galicia, con los caminos llenos de peregrinos, aumento de la oferta cultural y de ocio, y el jolgorio habitual de Santiago de Compostela en su máxima intensidad. Para mi familia y amigos ha sido “la novela contemporánea de Santiago”, durante todo este tiempo, o también la “novela de mafiosos y contrabandistas”. Los títulos de mis novelas, desde hace tiempo, los guardo en el mayor de los secretos. Sufro de una especie de absurdo pánico a que alguien decida copiármelo antes de que la novela sea publicada.

¿Por qué una novela contemporánea? No me canso de decir que en mis dos facetas, lectora y autora, soy y seré siempre fan rendida del género histórico, en especial de las historias que transcurren en mi querido fin de siglo XIX, cuando el mundo estaba a punto de sufrir las mayores transformaciones de la historia de la Humanidad. Pero ya he dicho antes que esta novela nace de las dudas. En el momento en que me decidí a escribirla, el género contemporáneo parecía llamado a ser el que dominaría el panorama romántico. Era el que más premios acaparaba, surgían nuevas autoras con gran éxito entre los lectores, y en los foros del género parecía ser sobre el que más se hablaba. Además, la verdad, todas las que nos dedicamos al género histórico tenemos el convencimiento de que la contemporánea es más fácil, precisa de menos documentación y exige un esfuerzo menor.

Por aquel entonces ya llevaba años peleándome literalmente con “El mapa de tus sueños”, la novela a la que más años de mi vida he dedicado, así que la idea de “No soy la bella durmiente” se me presentó como una especie de vacaciones literarias. Podía seguir haciendo lo que me gustaba sin tanta autoexigencia. El hecho de que haya tardado unos tres años en

dar por terminada esta historia es prueba de que ni era tan fácil, ni tan sencillo.

En estos años, también debo decir, este manuscrito fue sucesivamente abandonado para terminar la saga “No todo fue mentira”, para escribir “Falsas ilusiones” y concluir “El mapa de tus sueños”. En la última etapa, además, compartió espacio en mi mente con el nacimiento de “Q”, mi última novela, en fase final de escritura.

Fue en esta última etapa, desde verano de 2012 cuando lo di por finalizado, hasta principios de 2013, cuando decidí darle un último repaso y añadir escenas que me parecieron importantes, cuando empecé a creer en un proyecto que nació como un divertimento y que creció hasta hacerse una novela adulta y, con todo lo diferente que es, digna hermana de mis otras novelas publicadas.

Si estás leyendo esta nota, querido lector, es porque probablemente te habrás leído antes la novela, o no, ya sé que algunos empezáis los libros por el final. En todo caso, espero que la hayas disfrutado, que este humor gallego mío, tan pro

pió de la tierra y tan diferente de lo que se estila en el resto del país, te haya atrapado e implicado, hasta el punto de que, sí, lo he hecho a propósito, no te quede más remedio que visitar Santiago de Compostela muy pronto, no esperes al próximo Año Santo porque es el 2020.

Y si quieres comentarme lo que te ha parecido, puedes hacerlo en :

www.teresacameselle.com teresacameselle@gmail.com Facebook: Teresa Cameselle
Twitter: @TeresaCameselle